

ROMULO F. ROSSI



Ilustración de H. Frangella

RECUERDOS Y CRONICAS DE ANTAÑO

PUBLICADOS

la Mañana

Peña Hnos.—Imp.

R O M U L O F. R O S S I

RECUERDOS
Y
CRONICAS
DE
ANTAÑO

III

PUBLICADO EN
"LA MAÑANA"

FENSA Hnos. Imp.
MONTevideo
1976.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

RECUERDOS Y CRÓNICAS DE ANTAÑO

Tomo I

EPISODIOS HISTÓRICOS (Cruzada Libertadora— Bombardeo y Toma
de Paysandú)

Un Tomo

RECUERDOS Y CRÓNICAS DE ANTAÑO

Tomo II

DE LOS TIEMPOS HERÓICOS

Publicado en «La Mañana»

EPISODIOS TROYANOS—(En los días de la Guerra Grande)

Publicado en folletín en «El Diario»



ROMULO F. ROSSI

¡AURA SI, ALCANCE NMEN UNA DIVISA!

Varias han sido las personas que, al leer lo que escribiéramos en el penúltimo número bajo el epígrafe de "Los pardos no tienen palabra de honor", nos pidieran que refiriésemos la segunda etapa del viaje de regreso a la capital, realizado por el coronel don Bernabé Rivera y su pequeña escolta, trayendo prisionero al pardo Luna.

Defiriendo a tal exhortación, trataremos a renglón seguido, de hacer partícipes a los lectores, del fruto de nuestras investigaciones.

Los viajeros, hicieron noche al abrigo de los montes del Santa Lucía Chico; y mucho antes de que las barras del nuevo día mostraran sus trazos sobre el firmamento, la columna precedida por Rivera, el viejo teniente y el pardo Luna, que marchaba ahora libre de toda traba, había dejado ya a su espalda, un tendal de leguas.

—Con la fresca dá gusto viajar, mi coronel. ¿No encuentra?

—Así es, Luna; — pero hay veces que las necesidades nos imponen la obligación de tener que marchar, como ayer, bajo los ardores de un sol rayante...

—Mesmo, — asintió el teniente.

—Pero hoy, prosiguió diciendo Rivera, el viaje lo haremos en forma más descansada. El Santa Lucía Grande, nos ofrece un buen lugar para almorzar y hacer una siestita. Y de allí a Montevideo, nos queda un paso. Esta misma noche podremos hablar con Fructuoso.

—Estoy deseoso de estar frente a don Frutos, pa saber que es lo que me acumulan...

No vamos a relatar aquí la conversación que sostuvieron en tal ocasión el general Rivera y el pardo Luna, por cuanto la amenaza del estallido de la revolución había

desaparecido, dado que, el Presidente, al tanto de los trabajos, hizo que aquella se aplazara para mejor oportunidad; pero si debemos decir que aunque Luna no negó sus simpatías por Lavalleja, dió su "palabra de honor" de que él era ajeno al movimiento subversivo que se había tramado.

—Y a tí hay que creerte, añadió Rivera riendo, a la vez que se restregaba nerviosamente una contra otra las palmas de las manos,—señal inequívoca de que estaba contento,—cuando empeñas tu palabra de honor.

Ahora solo falta que me prometas que no has de salir de Montevideo sin que yo lo sepa. Y mientras estés aquí, nada te habrá de faltar.

—Acetao, Presidente.

Cuatro o cinco meses después de los sucesos que dejamos esbozados, el 15 de Junio de 1832, caía para siempre en los campos regados por el Cuareim, en Yacaré Cururú (palabra indígena que quiere decir: cocodrilo sapo), víctima de la saña de los últimos charrúas y de su impetuoso arrojo, el coronel Rivera. Y un mes más tarde, o sea en Julio estallaba la revolución que también había olfateado la perspicacia del primer magistrado. Luna, fiel a su palabra, permaneció desde ese día al lado del Presidente, que le llevó a campaña, sin que aquél, cifiera sobre su sombrero, la divisa de los servidores del gobierno, — por cuanto como él mismo se lo dijera al general, era partidario de Lavalleja.

Y aquí viene la anécdota:

A raíz del pronunciamiento del general Garzón, cayó en manos de las fuerzas revolucionarias un oficial riverista, que don Frutos tenía especial interés en rescatar; — y

de acuerdo con tales anhelos, hizo proponer a los contrarios, un canje de prisioneros dando en cambio a Luna, que había prestado su asentimiento para ello.

El emisario encargado de hacer la proposición al jefe revolucionario volvió al campamento gubernista, con la noticia de que aquél no aceptaba el canje.

Y fué entonces que el pardo Lu-

na a quien Rivera dispensaba el trato que daba a sus oficiales y que se encontraba presente cuando se trajo la noticia de su rechazo, exclamó indignado:

—¡Aura sí, alcancenmen una divisa!

Y desde ese día, otro Luna, aumentó el número de los oficiales del conquistador de las Misiones.

CEMENTERIOS, VELORIOS Y LUTOS

LOS PRIMITIVOS CAMPOS SANTOS Y CEMENTERIOS. — HISTORIA DE LOS MISMOS. — REGLAMENTACION DE LUTOS. — VELORIOS Y ENTIERROS DE "NOTA". — SE ALQUILA UN ATAUD. — LA CAMILLA DE SAN FRANCISCO. — LA HISTORIA DEL CENTRAL. — EL BRITANICO. — LA LUZ MALA. — EPITAFIOS

Por Real Cédula

Por Real Cédula de Octubre de 1752, se ordenó que en los entierros de adultos, el féretro estuviera "forrado exteriormente de bayeta, paño, ú holandilla negra, con clavos pavonados y galón negro, también"; — y que, en cuanto a los cajones para párvulos o "angelitos" se forraran de tafetán doble" y del color que más agradara a los deudos... o al cajonero fúnebre.

En lo que se refiere al "velorio", sólo podían colocarse en el túmulo, doce hachas o cirios. Y en las tumbas, donde se solían colocar velas en la noche del entierro o en los aniversarios de la muerte, se consentían hasta cuatro velas encendidas.

Cuando la dominación portuguesa....

La dominación portuguesa modificó las ordenanzas sobre los velorios y entierros, pues desde esa época se consintió que los ataúdes se forraran con géneros de mejor calidad, como así también que el claveteado de aquellos se hiciera

con tachuelas amarillas y que el galon fuera plateado o dorado.

Por entonces, el velorio que más impresionó a la población, por lo rumboso, fué el de la señora del general Maggé, que se velo en el "Fuerte", enlutándose totalmente el piso, paredes y techo de la capilla ardiente.

El entierro, como podrá imaginarse el lector, guardó relación con el velorio, puesto que con gran pompa, el cadáver de la señora Maggé fué trasladado hasta la Matriz, —siendo inhumado junto al altar de Santa Catalina; y dos años después se exhumaron sus restos con el fin de trasladarlos a Portugal.

El entierro de doña Dolores Oribe, que había casado con el brigadier Calhao; — como así también el del brigadier Marquez realizados en 1824, revistieron igualmente proporciones de verdaderos acontecimientos.

Y a poco de regir el gobierno patrio, otro deceso que dejó recuerdo imborrable en todos los habitantes de Montevideo, fué el del señor Bustamante, cuya casa de la calle

San Joaquín, se enlutó extraordinariamente, regalándose después a los pobres el género empleado en esta operación y que por cierto sumaba un buen número de metros.

Mortajas y entierros

Como ya lo hemos dicho en el tomo I de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", fué costumbre hasta 1840, amortajar los cadáveres de la gente pudiente, con hábitos de los frailes del Convento de San Francisco, — hábitos que mayor precio tenían cuanto más viejos eran.

Antes de procederse a la inhumación de un cuerpo, éste era llevado hasta el interior del templo, (Matriz o San Francisco) en donde se decía la "misa de cuerpo presente", ceremonia que se realizaba de noche, — generalmente, — con una procesión en la que los asistentes portaban faroles y cirios encendidos.

Cumplido el piadoso deber del entierro, que exigía una erogación por derechos de sepultura, de "cuatro reales", los deudos eran acompañados hasta sus casas, de donde despedían a los acompañantes después de haberlos obsequiado con un pocillo de chocolate y bizcochuelos.

¿Cuánto enterratorio!

Entre los cementerios o "campo santos" que ha tenido Montevideo en épocas lejanas figuran los de la "Matriz Vieja" y el del primitivo "Convento de San Francisco", ubicados ambos en las manzanas que forman las calles Ituzaingó, Rincón, 25 de Mayo y Treinta y Tres; — el de la "Matriz Nueva", calles Sarandí e Ituzaingó, el de "San Francisco", en su segunda etapa, Zabala y Piedras; — el del Hospital de Caridad, el del Fuerte; el del Reducto; el de Andes entre Durazno e Isla de Flores; el del "Peñarol Viejo", fundado allá por 1790 en campos conocidos por de Piedra Cueva que contaba con un oratorio y algunos nichos que, aunque maltrechos se conservaron hasta no hace muchos años; — el de la Unión, que con el correr del tiempo habría de quedar anexado al del Buceo, fundado por Oribe cuando la Guerra Grande; y el Británico, en 18 de Julio, Ejido,

Santiago de Chile y Soriano, conocido comúnmente por Cementerio Inglés.

En lo que se refiere al Cementerio del "Peñarol Viejo", debemos agregar que en 1888 la Junta E. Administrativa dispuso que se juntaran todos los restos, para que se depositaran en un osario común, operación que se realizó en 1913, bajo el contralor del actual Director de Cementerios señor Alfredo D. Rodríguez, distinguido funcionario que nos ha proporcionado un buen caudal de datos para esta crónica.

En la remoción de tales restos se encontraron botones de casaquinas militares y retazos de géneros de colores vivos que sirvieron de franjas a pantalones, detalles que, al decir de vecinos, probaban que esos muertos correspondían a algunos oficiales y soldados españoles que sucumbieron en la Batalla de Las Piedras y que fueron inhumados durante la retirada, en dicho enterratorio; o bien, a algunos oficiales de Artigas, que poco tiempo después tuvo también allí su campamento. En cambio, otros afirmaban que esos restos humanos correspondían a oficiales y soldados de las fuerzas sitiadoras de Oribe, cuando la Guerra Grande, ya que hasta por allí dominaban sus huestes.

San Francisco, "El Fuerte" y "Juan Soldado"

Los franciscanos habían habilitado una parte del corralón para sepultar a sus compañeros de comunidad y a los menesterosos; como asimismo el interior de la iglesia, el corredor del Norte y el atrio, para la gente de posición.

Los militares eran inhumados dentro del Fuerte, (lo que es hoy Plaza Zabala); y los que fallecían en el Hospital de Caridad, no exigían tampoco mayores molestias para encontrarles el descanso eterno, puesto que sus restos hallaban fácil acomodo en un terreno baldío contiguo, que había cedido a tales efectos, don Juan Fernández, conocido también por "Juan Soldado".

Conviene decir igualmente, que

dentro del reducido recinto de la Matriz Vieja, cuyas características referimos en el primer tomo de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", se siguió sepultando a personas de distinción social, hasta 1791, en cuya fecha el cura de dicho templo, muy afinadamente, hizo construir un "campo santo" contiguo y hacia el Sud, resguardado por un cerco de piedra, no permitiendo "más enterratorios dentro de la iglesia", lo que dió lugar a que su conducta fuera injustamente censurada por los feligreses.

La invasión inglesa

Nunca se imaginaron nuestros mayores que pudieran ver tantos muertos juntos, como cuando acaeció el asalto y toma de Montevideo por los ingleses.

En tal ocasión, hubo la necesidad de utilizarse todo el corralón de San Francisco; y dado que el tiempo apremiaba y como quienes mandaban eran los británicos, se abrían fosas con capacidad para dos personas, siendo algunas de aquellas ocupadas por un protestante y un católico, con no pocos santiguados de las beatas, que vieron en ello una herejía y una profanación de parte de los invasores.

El "Campo santo" de extramuros

El aumento de la población trajo como consecuencia lógica el aumento de la mortalidad; y por ello, un buen día del mes de Diciembre de 1807, el Cabildo dispuso muy cuerdamente: que en consideración a la corta extensión de los terrenos en donde se enterraban los cadáveres dentro de la ciudad, se construyera un "campo santo" en extramuros, librándose para el efecto mil pesos, con calidad de reintegro por el ramo de fábrica de la Iglesia."

Y así fué cómo surgió en 1808 un cementerio en lo que es hoy calle Andes entre Durazno e Isla de Flores, y antes "extramuros" con frente al Sud y "sobre la costa del mar", en terreno que había sido propiedad de un señor apellidado Aguiar y cuya área, a ojos de Luen cubero, podríamos decir que era

de media cuadra de frente por una de fondo.

En la reglamentación de ese cementerio se establecía que las fosas debían tener siete cuartas de largo por cuatro de ancho y otras cuatro de profundidad. Y de ésto es, precisamente, que nació el refrán que tanto empleaban nuestros mayores, cuando decían que siete cuartas de tierra a nadie faltaban.

Don Pablo A. Dugrós, nos ha afirmado que en 1850 vió allí a raíz de un gran aguacero, restos humanos que quedaban al descubierto con el arrastre de las aguas.

Este Cementerio contó con un sepulturero presupuestado que artes denominaban "camposanteo", cuya asignación mensual era de 8 pesos.

Sepulcros y epitafios

Los sepulcros que más llamaron la atención en la necrópolis que nos ocupa, fueron los de doña Bárbara Menéndez de Barreiro y el de don Antonio Gurméndez; y la gente antigua, muy aficionada a los epitafios rimbombantes, habrá encontrado sin duda muy puesto en razón, el que llevaba el primero y que decía así: "Aquí yacen los restos de la reina madre doña Bárbara Menéndez de Barreiro".

Podrá imaginarse el lector el martirio que constituiría para los que concurrían a los entierros en el nuevo "campo santo", la entonces larga "pateada" que tenían que dar para llegar a Andes y Durazno, después de tener que cruzar, luego de franquear el portón de la Ciudadela, numerosos zanjones y de andar a campo traviesa por el despoblado cubierto de molestos abrojaes, ortigas y altos cicutales; y muchas veces, en invierno, chapuceando barro, ya que por entonces los vehículos eran escasísimos. Los ataúdes se transportaban sobre los hombros, y no habrá sido difícil que en más de una ocasión hayan llegado hasta su último destino sobre una modesta rastra de madera o de cuero.

Alquiler de ataúdes

Antiguamente, a un pobre diablo que no tuvo en vida "en que caerse muerto", se le llevaba a la fosa sobre una camilla del convento francisca-

no, en "cuerpo gentil", vale decir, sin ataúd; y como siempre ha habido gente que le gustara "figurarla", aunque fuera a medias nada más, también por entonces habían deudos que alquilaban por un peso un féretro en el Hospital, para el transporte del difunto hasta el cementerio, en donde se le inhumaba sin el cajón, el que volvía al Hospital hasta que se presentaba otro cliente que reuniera idénticas condiciones.

El "campo santo" que nos ocupa, y que pasó a la posteridad con la denominación de "Cementerio Viejo", prestó sus importantes servicios durante veintisiete años, hasta que en 1835 se inauguró el "Cementerio Nuevo", hoy conocido por "Central", al lado de los Mataderos o Corrales de Abasto que proveían de carne a la ciudad

Cementerio Central

El 10 de Octubre de 1835, el entonces Presidente de la República, General don Manuel Oribe, dictó un largo decreto, cuyo introito decía así: "Montevideo, Octubre 10 de 1835. Instalado de nuevo el cementerio de esta capital y siendo necesario un reglamento que metódice su servicio, conservación y cuidado, el Gobierno ha acordado y decreta se observen provisoriamente los artículos siguientes:" (Siguen más de treinta artículos).

Entre otras cosas, se establecía que al Jefe P. y de Policía incumbía intervenir en todo lo relativo a cementerios, disposición que rigió hasta Junio de 1858, en que tales cometidos pasaron a depender de la Junta Eco. Administrativa, o sea de la autoridad municipal.

Que la Jefatura de Policía quedaba facultada para construir nichos, con el fin de enajenarlos después por la suma de cuarenta pesos.

Que se percibiera por concepto de derechos de sepultura la suma de dos pesos, haciéndose, naturalmente, sus excepciones para los pobres, clase militar, etc., etc.

Que se prohibía desde esa fecha el enterramiento en iglesias y camposantos.

Y finalmente: Que se construyeran tres carros fúnebres, de 1.ª, 2.ª y 3.ª categoría, para la conducción de los cadáveres, estableciéndose para los de primera la su-

ma de \$ 16.00. Los pobres, cuando no lo eran de solemnidad, sólo abonaban \$ 4.00.

El primer nicho fué adquirido por el general Oribe, mediante la suma estipulada por el decreto que comentamos, y el primer cadáver que fué a nicho correspondió a doña Josefa Oribe de Contucci.

El Cementerio Inglés

La necrópolis conocida por "Cementerio Inglés", y cuya verdadera denominación era la de "Cementerio Británico", y que ocupaba el área comprendida entre las calles 18 de Julio, Santiago de Chile, Eljido y Soriano, data de 1837.

El terreno fué vendido al ministro británico, "representante de los residentes ingleses", por el señor Juan Hall, el 14 de Abril de 1828.

Y se explica la actitud de los ingleses porque, como ya lo hemos dicho en el transcurso de esta crónica, los "camposantos" eran de pertenencia de los católicos, que se resistían a brindar la "última hospitalidad" dentro de sus enterratorios a los protestantes, a quienes consideraban como herejes.

Este cementerio subsistió dentro de la ciudad hasta 1887, y todos los que en aquella época tenían ya discernimiento, habrán de recordar que sobre sus cuatro frentes estaba cercado de verjas; que en el interior habían jardines y árboles, y que tres o cuatro avestruces, en los últimos años, recorrían también el amplio perímetro del cercado.

Durante el gobierno del general Santos y previo acuerdo con el gobierno británico, el Parlamento Nacional, por ley del 1.º de Octubre de 1884, autorizaba la expropiación de esta necrópolis, con el fin de que en ese mismo terreno se levantara edificios para los poderes públicos, cosa que todavía está por verse; y en ese mismo día se dictaba otra ley por la cual se expropiaba en el Buceo el terreno en el cual se levanta hoy el Cementerio Británico. Y en cumplimiento de las expresadas leyes se iniciaron el 13 de Octubre de 1887 las exhumaciones en grande escala, correspondiendo la primera de aquéllas a los restos de doña Rosa Monteux, de nacionalidad francesa, y las últimas, según acta, a "los restos de un adulto cuya sepultura estaba cubierta por una "piedra

sin nombre" y lleva en la urna para la traslación de "piedra sin nombre".

"Así mismo, — prosigue diciendo el acta final que hemos tenido a la vista, — se han exhumado los restos de tres personas cuyas tumbas no contenían datos de ninguna especie."

Los cadáveres en las iglesias

La costumbre de llevar los cadáveres a las iglesias para oficiarles la "misa cuerpo presente", subsistió hasta el 18 de Abril de 1861, en cuya fecha el entonces presidente don Bernardo P. Berro y su ministro doctor don Eduardo Acevedo, argumentando que porque tal hábito era contrario a la higiene, se prohibía esa norma de conducta, estableciéndose que los cadáveres debían ser llevados directamente de la casa mortuoria al cementerio

Otras prácticas suprimidas

Hasta hace unos treinta años

aproximadamente, era costumbre también que la conducción de los ataúdes se hiciera a pulso hasta el cementerio, y que, en muchos casos, cuando se trataba de párvulos o de señoritas el cajón fuera completamente destapado.

El que estas líneas escribe, recuerda haber visto en el cortejo de una señorita, que el encargado de llevar la blanca tapa del ataúd, durante todo el recorrido que se hizo a pie, fuera el novio o festejante de la infortunada joven.

Otro detalle ingrato, doloroso y antihigiénico, que también se ha suprimido, es el que se refería a las despedidas que daban los deudos al cadáver en el cementerio, con besos y abrazos antes de que el sepulturero, con una lata conteniendo un par de kilos de cal viva, la volcara sobre el pecho del difunto.

DEL NAUFRAGIO DEL « AMERICA »

COMO SE IDENTIFICARON

28 CADAVERES

No entraremos a relatar aquí, por ser demasiado conocidos, los detalles del terrible siniestro marítimo ocurrido en las aguas del Río de la Plata en la noche del 24 al 25 de Diciembre de 1870, en que después de un incendio estallado a bordo, naufragó, próximo a la costa uruguaya, el vapor de la carrera "América", que con numeroso pasaje de Buenos Aires, se dirigía al puerto de Montevideo.

Pasemos por alto pues, los detalles del siniestro, tantas veces publicados por la prensa de ambas capitales del Plata, para referir solamente los datos que se refieren a la identificación de veinte y ocho cadáveres que se trajeron al puerto de Montevideo en la noche del 27 del mismo mes y que por estar en completo estado de descomposición, no era posible reconocerlos, por rasgos fisonómicos o vestimentas.

Un documento oficial de la época establece lo siguiente:

"Del cadáver del cajón N.º 1, se sacó un reloj pulsera de oro con brillantes, una cadena de oro con broche, un par de cuentas negras y una carabana.

Del id. id. N.º 2, se sacó un reloj de oro con cadena de lo mismo, un lente, un botón de puño y dos llaves.

Del id. id. N.º 3, se sacó un reloj con cadena y broche, todo de oro, un anillo con tres brillantes, uno idem con una esmeralda y dos brillantes, uno idem de oro, una carabana de oro con amatistas y perlas, un arco de la otra carabana.

Del idem idem número 4 se sacó una pistola de dos tiros, un pañuelo con marcas J. V., un portamonedas conteniendo veinte piezas de oro, seis idem de plata y tres de cobre y una cartera con varios papeles.

Del idem idem número 5 se sacó dos aros con piedras y un anillo de oro.

Del idem idem núm. 6 se sacó un botoncito y un collar de cuentas negras.

Del idem idem núm. 7, se sacó un anillo de oro, se observó ser el cadaver de un hombre.

Del idem idem núm. 8, se sacó un reloj plata dorada, un medallón de idem y un par botones de puño de monedas norteamericanas.

Del idem idem núm. 9, se sacó una carabana y el aro de la otra.

Del idem idem núm. 10, nada pudo sacársele: se reconoció ser mujer.

Del idem idem núm. 11, idem idem: se reconoció ser hombre.

Del idem idem núm. 12, idem idem: se reconoció ser mujer.

Del idem idem núm. 13, se sacó un gorro de crochet.

Del idem idem núm. 14, se sacó dos anillos y pedazo de vestido y se le cortó un poco el pelo.

Del idem idem núm. 15, se sacó un anillo: se reconoció ser hombre.

Del idem idem núm. 16, se le sacó un reloj con cadena y un cordoncito negro: se reconoció ser hombre.

Del idem idem núm. 17, se sacó un anillo con brillante, uno idem de oro que le faltaba la piedra y otro de oro: se reconoció ser mujer.

Del idem idem núm. 18, nada pudo sacársele: se reconoció ser mujer.

Del idem idem núm. 19, se sacó un anillo paraguayo de oro.

Del idem idem núm. 20, se sacó un par de aros de coral, un anillo de mostacilla: se reconoció ser mujer.

Del idem idem núm. 21, nada pudo sacársele: se reconoció ser hombre.

Del idem idem núm. 22, se sacó un botón de azabache para puño.

Del idem idem núm. 23, nada pudo sacársele: se reconoció ser hombre.

Del idem idem núm. 24, se sacó un par botones de puño de moneditas chilenas, dos botoncitos de pechera, de nácar.

Del idem idem núm. 25, se sacó 547 pesos moneda de Buenos Aires.

Del idem idem núm. 26 se sacó un anillo con una chapa grabada con el nombre de Juana; un par carabanas con rubíes, dos anillos mostacilla.

Del idem idem núm. 27, se sacó una carabana negra, un prendedor de oro con piedra negra.

Del cajón núm. 28, nada dice el documento que comentamos.

La identificación se hizo en el Cementerio del Buceo gracias a los deudos o amigos de las víctimas de la catástrofe, con el siguiente resultado:

El cadaver del cajón núm. 1 resultó ser el de la señora Josefa Villar Larrazabal. Sus alhajas fueron entregadas a los señores Acevedo y Fauvety.

Núm. 2, Juan M. Larrazabal. Sus alhajas y demás objetos fueron entregados a los expresados señores Acevedo y Fauvety.

Núm. 3, María Celina Delarrue.

Núm. 4, por las cartas y cédulas de empadronamiento que se le encontraron resultó ser el del señor José Villardell, español de 32 años de edad, sin que nadie se hubiera presentado a reclamar sus objetos.

Núm. 5, niña María Onetto. Los objetos fueron entregados a don Leonoldo Pisano.

Núm. 6, niña Carolina M. Beccar. Los objetos fueron entregados a don Lorenzo Fiorini.

Núm. 8, don Gabriel Delarrue. Las alhajas fueron entregadas al señor L. G. Chevalier.

Núm. 9, morena sirvienta del señor Beccar. Los objetos fueron entregados al señor Fiorini.

Núm. 13, don José Causi. El gorro de croche que se le sacó, fué entregado al señor Dasori.

Núm. 14, señorita Carmen Pisano. Las alhajas y pelo fueron entregados al señor Leopoldo Pisano.

Núm. 19, maquinista don Enrique Freari. El anillo se le entregó al señor Jorge West, quien pidió el cadaver para darle sepultura en el Cementerio Inglés.

Núm. 22, Julián Arocena. Los botones para los puños, le fueron entregados al señor Artagaveytia.

Núm. 24, don Domingo Ortiz. Los objetos fueron entregados al señor J. Guanes.

Núm. 25, ingeniero don Pedro Beare. El dinero fué entregado al señor Juan F. Thompson. Se inhumó en el Cementerio Inglés.

Núm. 27, señorita Ana Mackey. Sus alhajas se entregaron al señor Fulrron.

En la humanitaria, cuán poco agradable misión a que nos hemos referido, intervinieron en una forma

digna de todo elogio, el entonces director de Cementerios, señor Alfredo L'Elgeré, el receptor señor César

Dupont y señores Martín Almeno, Pablo Bonavía, Eliseo Navajas, José Martinotti y Carlos S. Viana.

LAS BOVEDAS

SU CONSTRUCCION — CARACTERISTICAS — DESTINO DE LA MISMA — UNA CATASTROFE — NOS QUEDA EL RECUERDO.

El macizo de edificación que pasó a la historia con la denominación de "Las Bóvedas" ocupaba la manzana que comprenden las calles 25 de Agosto, Juan Carlos Gómez e Ituzaingó, — y como fondo, el mar.

Su construcción se remonta a los años 1789-90; y ella se debió a una decisión del gobierno español, que la destinó a polvorín, depósito de viveres y cárcel militar.

Era aquel, un edificio abovedado, con paredes de piedra, ladrillos y cal, — a macho-martillo, como decían los antiguos; — cuyos últimos vestigios, hubo que hacernos saltar a fuerza de barrenos, dada la solidez de sus materiales. Cada bóveda medía diez y seis varas de largo, por seis y pico de ancho y cuatro de altura. Las paredes eran de piedra, macizas y de tres varas de espesor, hasta una altura de dos varas, en donde se iniciaba la bóveda formada con ladrillos sin revocar.

Las puertas que respondían en su estética y solidez a la obra de albañilería, estaban dotadas del imprescindible ventanillo y de un gran cerrojo, que se cerraba por el lado de afuera. En cuanto al piso, lo constituían grandes planchas de piedra.

En el centro de la construcción, sobre lo que es hoy calle 25 de Agosto y formando martillo, se levantaba el local destinado al Cuerpo de Guardia y la escalera de piedra que daba acceso al terraplén que cubría las bóvedas; — y al fondo, éstas que constituían la pri-

sión, con sus dobles rejas de gruesos barrotes de hierro. Allí estuvieron presos en 1811, cuando el primer pronunciamiento, por conspirar contra la tutela de España, el cura párroco de Paysandú, don Silverio Antonio Martínez, su teniente don Ignacio Mestre y otros patriotas, que fueron sorprendidos con las armas en la mano, en "Casa Blanca" de aquel departamento, por el capitán de navío español Michelena, quien los aprehendió después de larga resistencia. El patriota Francisco Bicudo que era también de los conjurados y que más tarde muriera en acción de guerra defendiendo a Paysandú contra los portugueses, fué el único que pudo escapar a la acción de Michelena.

"Las Bóvedas" cuya construcción se llevó a término bajo el contralor y vigilancia de los sobrestantes don Vicente Garzón y don Joaquín Correa, — a quienes el gobierno colonial adjudicó como recompensa a sus trabajos, un solar a cada uno de ellos por esas inmediaciones, sirvieron además como cuartel cuando había exceso de tropas, como hospital transitorio y como refugio para las familias, cuando la plaza era bombardeada por los portugueses o por los ingleses, que tanto la codiciaban.

Y allí mismo también, se reunió en la víspera del combate del Cardal (Enero de 1807), el "Cuerpo del Comercio", en sus preparativos para salir a oponerse a la invasión inglesa en cuya acción de guerra sucumbió el oficial de tal unidad—

constituida por soldados ciudadanos, don Francisco Antonio Maciel.

25 de Febrero de 1815 y en circunstancias en que se arrojaban precipitadamente al mar y a pailas, por los argentinos, la pólvora y municiones allí depositadas, que no podían llevarse por falta de tiempo cuando Soler evacuaba esta plaza con las tropas de Buenos Aires para que la ocupara Otorgués, — parece que el roce del acero de una de las palas contra las piedras del piso, produjo chispas que, comunicando con el material inflamable, dió lugar a tan formidable explosión, que vola-

ron tres dependencias de "Las Bóvedas", con un buen número de víctimas.

El correr de los años dividió aquella construcción, que nació a ser de propiedad de particulares, en varias partes, que se destinaron a barracas, una de las cuales, que conservaba todavía las mismas características que le dieron su nombre, se le conocía con la denominación de "Barraca de las Bóvedas", cuyo dueño, si mal no recordamos, era el señor Francisco Sienna.

Hoy no queda de todo aquello, nada más que el recuerdo.

"LA LAGUNA"

SU UBICACION. — COMO ERA EL BARRIO. — FAMILIAS CONOCIDAS. — LLEGAN FUERZAS FRANCESES. — SE LEVANTA "EL TERREMOTO". — DURANTE UNA SUSPENSION DE ARMAS. — LOS CORONELES DU CHATEAU Y CESAR DIAZ. — EN CASEROS.

La ubicación del barrio

Con la denominación de "La Laguna" existía allá, a mediados del siglo pasado, un barrio en los entonces suburbios de la ciudad, que debió su nombre a una laguna que formaban las aguas pluviales que corrían hasta embalsarla, por zanjones y barrancos, en el perímetro de terreno que hoy encierran las manzanas comprendidas dentro de las calles Soriano, entre Convención y Río Branco y San José y Canelones.

Familias conocidas

Vivían entonces por aquellas inmediaciones varias familias cuyos apellidos son bien conocidos. En primer término citaremos a la de Bergerós, cuyo jefe, el valiente capitán de la Legión Francesa durante la Guerra Grande, era abuelo del actual Presidente de la República don José Serrato. Las de Herrán y Nicola entre cuyos descendientes se encuen-

tran los médicos que llevan esos nombres; y las de Lausug, Treitivo, Boucau y Laugarou, esta última de la que descende el conocido martillero don José L. Laugarou y de cuya madre, doña Margarita, vasca de pura cepa, buena y servicial, nos hablan con cariño quienes la conocieron y trataron. La quinta de Pitaluga, cercada de pitas y cuyos fondos llegaban más o menos hasta la calle Durazno. El conventillo de don Angel, el viejo almacén de Recayte con su poste para que se ataran a él los caballos de los parroquianos y otras pocas fincas más, completaban la edificación del barrio de "La Laguna".

Formando polígono

Los trabajos que se llevaron a término para aplanar el perímetro que hoy forman las calles San José y Soriano, desde Cuareim y Río Negro, que como ya lo hemos dicho, estaba lleno de zanjones y barrancas, estuvieron a cargo de unas

fuerzas francesas que mandaba el coronel Du Chateau, para la formación de un polígono destinado a ejercicios militares de las mismas fuerzas.

Este pequeño ejército extranjero que sumaba mil quinientos hombres, llegó a Montevideo en el mes de Agosto de 1850 y no en Abril como lo dicen algunos historiadores, en virtud de una decisión de la Asamblea Nacional de Francia que, gracias a las gestiones del coronel Melchor Pacheco y Obes y ante los sucesos que asolaban a ambos países del Plata y partidaria como era de una acción armada contra las fuerzas de Rosas y de Oribe que sitiaban esa capital, determinó esa actitud.

Estas fuerzas que procedían del Africa, en donde la próxima Francia imperial tenía pendientes también sus asuntos bélicos, fueron transportadas hasta este puerto en tres fragatas de tres palos y alojadas en los cuarteles que existían en las calles Andes entre Soriano y San José, y Daymán entre 18 y Colonia.

"El Terremoto"

Esos mismos soldados europeos, levantaron también un baluarte en la Playa Santa Ana y un parapeto de tierra que servía de espaldar para los ejercicios de tiro y que, cual promontorio, se levantaba en uno de los extremos de la ensenada que está frente a la Escuela de Artes y Oficios, (calles San Salvador, Minas y Gonzalo Ramírez), parapeto que fué bautizado desde entonces, con el sugestivo nombre de "El Terremoto" y así fué conocido hasta treinta años atrás.

Una prevención de Oribe

En plena Guerra Grande y duran-

te un armisticio a cuya tregua se llamaba criollamente por aquellos buenos tiempos "suspensión de armas", el coronel Du Chateau ofreció a la población de Montevideo el espectáculo de un simulacro de combate entre las fuerzas de su comando que, a tales efectos fueron divididas en dos partes: una que partía del saladero de Ramírez (Barrio Rêus del Sur), y la otra de "Los Sauces", monte de esos árboles que se levantaba en el área que ocupa el "Parque Hotel".

El general Oribe que al igual de Rosas miraba con no poca ojeriza a los franceses y conocedor del programa a desarrollarse envió a la plaza sitiada a un emisario para prevenir que las fuerzas en operaciones no fueran a irse sobre la línea (zona neutral que en esa latitud ocupaba el área que hoy forma el espacio comprendido entre las calles Patria y Paullier, aproximadamente), porque él, abriría el fuego contra las mismas.

Felizmente, para los habitantes de Montevideo, el programa pudo desenvolverse sin ninguna incidencia enojosa.

César Díaz y Du Chateau

Du Chateau se hizo, durante su estada en ésta, gran amigo del entonces coronel César Díaz; y tan íntima fué aquella relación, que, cuando el jefe uruguayo fué a cubrirse de gloria en los campos de Caseros, contribuyendo con el esfuerzo de dos mil cien orientales al derrocamiento de la tiranía de Rosas, el coronel francés, como simple acompañante, quiso compartir con el bizarro jefe del ejército oriental, aquella campaña que dió por tierra con el poder omnímodo del funesto mandatarío argentino.

COMO SURGIO EL HOSPITAL MACIEL

LO QUE NOS DIJO UN NIETO DEL FILANTROPO. — ALGUNOS DATOS DESCONOCIDOS. — EL PRIMITIVO Y ACTUAL HOSPITAL.

Don Julio Maciel, viejo jubilado de Aduana y nieto del "Padre de los Pobres" don Francisco Antonio Maciel, nos ha relatado el origen del Hospital de Caridad, cuyas referencias recogió de labios de sus padres y tíos, hijos que fueron de aquel filántropo, del cual nos hemos ocupado ya, en los dos tomos anteriores de "Recuerdo y Crónicas de Antaño".

Nuestro informante que ya ha cumplido sus 74 años de edad, largo tirón de vida, que no ha abastido en los más mínimo la gallardía del cuerpo y del espíritu de quien tan bien los lleva, es hijo de don Vicente Maciel, el hijo póstumo de don Francisco Antonio, de los veinte y tres que hubo el filántropo en su matrimonio. Y don Julio, a su vez y por no ir muy a la zaga de su ilustre abuelo, puede vanagloriarse con el nada despreciable número de diez y ocho descendientes.

—¿Podría decirnos, don Julio, cómo nació en sus antepasados la idea de establecer un hospital?

—Va usted a saberlo. Mis abuelos vivían en la calle Sarandí entre las de Misiones y Zabala, en el área en donde hoy ejerce su comercio una papelería; — y ellos tenían por costumbre, dar de comer a los pobres, de mañana y de tarde. Al toque de una campana colocada junto a la puerta de calle, los indigentes que por allí merodeaban a la espera del llamado, penetraban al local en donde se les servía por los esclavos, la comida, mientras que don Francisco Antonio y misia Josefa, su digna esposa, vigilaban que nada faltase a los desvalidos, entre los cuales figuraba un anciano, que había despertado hondas simpatías a los dueños de casa. Un día

faltó el huésped preferido; y tal circunstancia movió a misia Josefa a que preguntara:

—¿Has notado, Francisco Antonio, que desde hace tres días falta el viejito?

—Es verdad.

—¿No estará enfermo?

—Tal vez...

—¿Y si indagásemos respecto a su suerte?...

—¡Naturalmente que lo indagaremos!...

Y como de la investigación resultara que efectivamente el pobre desvalido se encontrara enfermo, los esposos Maciel resolvieron llevarlo a su casa, en donde le dispensaron los más solícitos cuidados.

El primer paso ya estaba dado. La casa de Maciel no era únicamente el hogar en donde los abandonados de la suerte podrían saciar el hambre. Los enfermos encontrarían también allí, el albergue protector y las rudimentarias medicinas de la época, proporcionadas por una dama llena de virtudes, que los colmaría de bondades.

Después, fueron llegando más enfermos, tantos, que entonces don Francisco Antonio Maciel, se decidió a levantar, con el auxilio del Cabildo, el primer Hospital de Caridad, en humilde rancho que se levantó dentro del área que hoy ocupa el que todos conocemos, con la denominación de Hospital Maciel.

El establecimiento de caridad que hemos descripto, funcionó durante treinta y siete años; y la piedra fundamental del actual fué colocada en Abril de 1825, pocos días después del desembarco de los Treinta y Tres Orientales, en las playas de la Agraciada.

UN GUAYAQUI DE RIVERA

DON ZENON LARRAÑAGA.— SU VIDA. — SU INICIACION EN EL
SERVICIO DE LAS ARMAS. LAS CAMPAÑAS REALIZADAS. —
GENTE CONOCIDA.— LO QUE LE QUEDA

Una dama filantrópica cuyo único pensamiento es hacer el bien a sus semejantes y en manera muy especial a la niñez desvalida, ya recogiendo en su albergue o ya sosteniendo a su exclusiva cuenta, una escuela modelo en la sección de Santa Rosa del Departamento de Canelones,—en una palabra, la señora Bernabela Cedrés, viuda del extinto general don Melitón Muñoz, nos comunicó días atrás, que en su casa se encontraba un anciano que había sido “guayaquí” de los ejércitos del general Rivera y que talvez fuera el único sobreviviente de aquellos valientes niños que formaron como soldados en las filas de las huestes del fundador del Partido Colorado.

Don Zenón Larrañaga

Zenón Larrañaga, que es nuestro hombre de hoy, criollo habitante de San Ramón, ha cumplido con toda gallardía, sus noventa y cuatro años de edad y es hijo de orientales.

Criollo de ley, fuerte, de excelente memoria, con casi toda la dentadura, no obstante churrasquear todavía de mañana y de noche, descien- de de vascos españoles. Su abuelo,— militar de los ejércitos reales, — fué de los primeros habitantes que tuvo Montevideo; — y como recompensa a sus servicios, el “reino de las Españas”, le donó en lo que es hoy San Ramón, un hermoso lote de campo comprendido desde la Barra del Tala, al Santa Lucía, — de costa a costa, terminó diciéndonos el viejito Larrañaga.

—¿Y que le ha quedado de todo eso?....¿

—Nada, m' amigo. Nadita mas que el recuerdo y mis 94 años. Ya voy pa 95¡¡

!Que se crea? Y lo apruebo con mi fé de bautismo, que la saqué pa escrebirme! Y no obstante tantos años, creame,—entoavía no estoy como pata al horno...

—¿Cómo, como pata al horno...?

—¿No colije? Meta una pata de carnero al horno y vá a ver como le queda. Arrollada. Yo creo que hasta que me muera voy a ser como el junco. Derechito.

—¿Que Dios lo oiga, viejo, y que nosotros lo veamos.

—Gracias, m' amigo.

Guayaquí

—Nos han dicho que Vd. fué guayaquí de Rivera.

—Supe serlo.

—¿Empezó a servir??

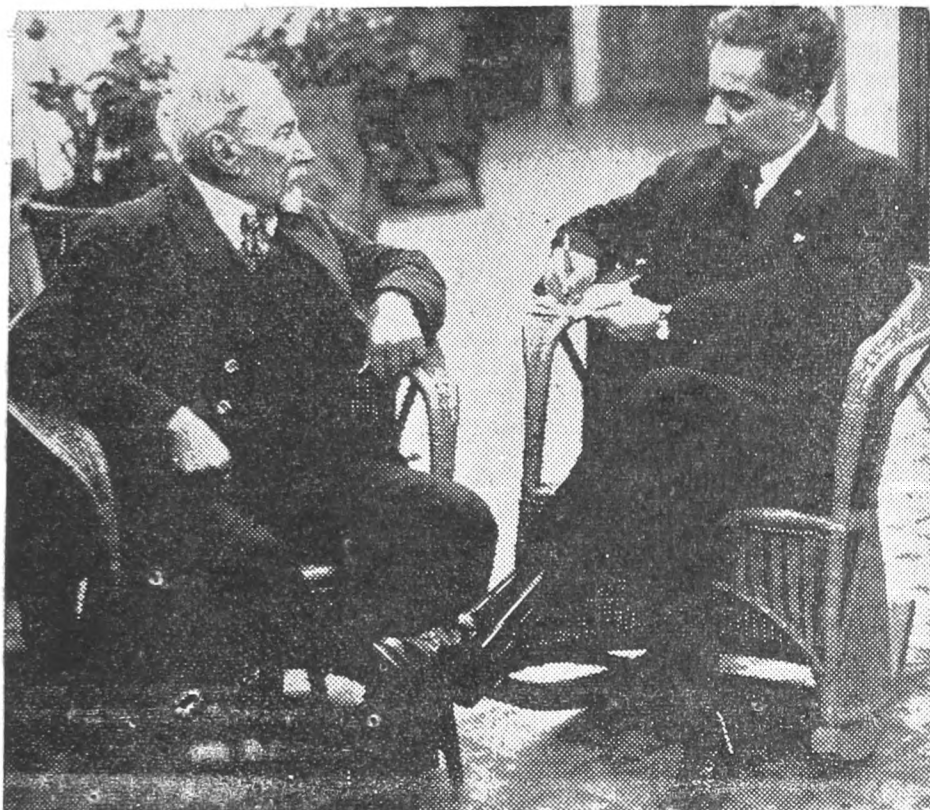
—A los once años, como guayaquí, en el escuadrón que mandaba el canario Nicasio Borges, que por entonces era alférez teniente. Esa unidad del ejército era formada por chiquilines de diez años para arriba, hasta de diez y seis, mas o menos. Cuando el “guayaquí” había endurecido el músculo, cuando el brazo del niño soldado podía hacer estremecer la tacuara de la lanza en forma vibrante, y lancear, — cuando era considerado como un hombre de empuje, se le sacaba del escuadrón, para integrar los regimientos que formaban los gauchos de pelo en pecho.

—Y eran todos muchachos blancos de color?

—De toda laya ¡ ¡ ¡ Lo que mas había eran indios y cruzados. Algunos negros también, y los menos, blancos....

—Cómo fué que empezó a servir tan muchacho?

—Vea, amigo. Toda mi familia era



El autor de estas crónicas recogiendo de labios del señor Valdenegros, su interesante información

blanca oribista: — y a mí, desde muy gurí, me dió por decir que era colorado.

—¿Y porqué.

—Yo que sé. Me dió por ahí. Talvez porque me gustara el color... Talvez por las mentas que oía del general don Frutos... Yo no sé; ¡Juí colorado dende que gatié... De antes, en una revolución, se arriaba con todo. Chicos y grandes. Todos servían. Y yo, pa servir, quería hacerlo con los míos. Y aprovechando que Borjes era del pago y amigo de mi familia, me juí con él, antes que me arriaran los contrarios.

Servicios que prestaban

—¿Que servicios prestaban en el ejército los guayaquises?

Cuidar las caballadas; concurrir a las carneadas para ayudar a atajar el ganado, cuerear, matar a veces y llevar la carne a los fogones.. En fin: de todo un poco. Las batallas las presenciábamos desde lejís-

tos, ande no llegaran los chumbos, que antes no alcanzaban muy lejos; — y cuando el enemigo después de un encuentro daba grupas, cuando volvía la espalda en plena retirada, nos mesturaban con los grandes y asina, entreverados, los gauchos nos chumbaban como a perros y dando alaridos como indios, blandiendo también las chuzas con nuestros brazos de niños, y a fuerza de ver todos los días correr tanta sangre, con el corazón endurecido, nos entreverábamos con los que huían y metíamos fierro que daba miedo,...

¡Que se cree!....

Con los cuentos que oíamos a los grandes, en los fogones, de hazañas de otros guayaquises, tratábamos en estas carnicerías de superarnos los unos a los otros, con actos de audacia.

—¿Y en esos momentos nunca sintieron miedo?

—¿Miedo de que?

—De que los chucearan también

a ustedes, o que después, durante las horas del sueño, se les presentara el "finao"....

—¡Pero, no le he dicho, mi amigo, que nos soltaban mesmo, como si fuésemos perros, cuando el enemigo juía?

El cristiano es bicho muy ruin cuando juye. No atina mas que a disparar, sin tino y cada vez mas ligero...

Y pa mayor garantía, marchábamos entoavía apareados con los milicos viejos. Aumentábamos el bulto y metíamos más bulla, llevando con ello mayor confusión a las filas enemigas. Y de paso aprendíamos a lanzear sin jugarnos mayormente el pellejo, que era lo que realmente se quería de nosotros...

—¿Y después de una acción así, no sentían escrúpulos, remordimientos?.....

—Mire, mocito. Antes no habían escuelas, no habían maestros que nos enseñasen lo bueno y lo malo. No había nada. La escuela era la Naturaleza. Y en todos los pagos no se hablaba mas que de guerras, de matanzas. La vida era facil, pero perra. En donde quiera se carneaba un animal pa comer; — y nosotros, dende los primeros años, dende que gateábamos, humedecíamos nuestros plenes en la tibieza de la sangre que escapaba a borbollones de la res recientemente sacrificada pa sacarle unas achuras pa comer...

—De modo que iban a la guerra ya hechos....

—Así es, señor ¡Era el Destino!!!

Profecía de Rivera

—¿Cómo trataban a los guayaquises?...

—Como a milicos; y cuando había que castigar nos daban leña con sables o con varas. Es natural; éramos todos muchachos; y como a veces hacíamos alguna judiada, nos castigaban en la forma que ya le he dicho, o bien metiéndonos en el cepo de lazo....

Rivera nos trataba siempre con cariño; pero él no estaba mas que un ratito con nosotros. El canario Borges, también era muy bueno. Pero, en cambio, había un oficial indio,

Izquierdo de apelativo, que era muy corsario, muy apaleador...

Y créame. En la pelea, era maulazo, el muy indino!!!

—¿A que hombres de figuración conoció Vd. en el ejército?

—A todos. A Flores lo conocí de capitán si mal no recuerdo; y Rivera tenía por él grandes simpatías. Recuerdo que una tardecita, estando el general hablando con unos jefes, pasó Flores a caballo muy cerca del grupo, circunstancia que dió lugar a que don Frutos dijera a sus oyentes, sentenciosamente.

—Ese indiecito vale y vá a dar trabajo...

Con olor a pólvora

—Recuerda usted algunas acciones de guerra en las cuales le haya tocado actuar?

—Cuando la Guerra Grande, contra gente de Oribe, en la costa de Pando. Nos tuvimos que retirar, porque nos doblaban los blancos. En Maldonado tuvimos sitiado al coronel don Gervasio Burgueño, pero como no teníamos mas que lanzas de "palometa" no pudimos hacer nada. Nos retiramos ante los refuerzos que había mandado Oribe en socorro de la plaza.

—Y las lanzas de "media luna"?

—Esas eran de lujo; y sólo las llevaban los oficiales. Algunas tenían como complemento unas virolitas de fierro, para que metieran ruidito...

En el Paso de Mejorana, sobre el Vejiga, una fuerza oribista mandada por Juan Ramón Suarez, deshizo una nuestra como de 160 hombres, que mandaba el coronel don Francisco Tajés. Como la cosa se puso fea desde el principio, nos hicieron retirar a los guayaquises, buscando la incorporacion del grueso del ejército de Rivera, mientras el jefe colorado seguía peleando en retirada.

En Quinteros

Cuando la revolución de Cesar Díaz, ya era oficial a "dedo"; y serví con Juan José Poyo, que era vecino y a quien mi padre, no obstante ser de pelo contrario, le prestó cuarenta onzas para la patriada; — y con él me encontré en el ataque a Montevideo, llegando hasta lo que

es hoy Plaza Cagancha, en cuyo punto mataron al mayor Macedonio Farías cuando saltaba la trinchera que allí habían levantado los blancos, con baricas. En esa oportunidad dejamos escapar el triunfo, que lo teníamos en la mano; y pa purgar el mal, nos internamos en la República En Cagancha, peleamos así (y cierra el puño, entusiasmado); — y triunfamos. Y de allí, marchamos hasta Quinteros, en donde nos atajó el indio Medina que se había vendido a los blancos...

Yo formaba parte en esos momentos, de la vanguardia, de la que eran jefes Enciso y Castro, quienes, al hacerse el pacto, habían quedado separados del resto del Ejército, por el Paso de Quinteros.

Cuando Cesar Díaz les mandó aviso de que había celebrado un pacto con Medina, ellos se enojaron y yo les dije que pasaría para el otro lado, para incorporarme a las fuerzas del coronel Poyo, a lo que, se opusieron terminantemente Castro y Enciso, diciéndome:

—¡Pero, que vas a hacer muchacho!... ¿Estás loco?

Si pasás pa' otro lao te van a degollar los blancos. No creas en pactos.

Y ante ese razonamiento, senté el garrón.

Momentos después emprendíamos la marcha rumbo al Brasil, dejando al grueso del ejército revolucionario, que se había entregado confiando en el valor de un compromiso de honor tan sangrientamente violado.

—¿Marchaban apurados?

—No, señor. Tranquilamente íbamos carneando a las horas... Los gubernistas quedaron engolosinados con los pobres que se les entregaron en el Paso y que constituían la casi totalidad del ejército revolucionario.

Cruzada Libertadora

Años desonés, serví también en la Cruzada Libertadora, bajo las órdenes del coronel don Feliciano Vidal, de Canelones; y ya con el grado de teniente, pero siempre a "dedo".

Cuando nos aproximábamos a Montevideo y el mismo día que hirieron a Fausto Aguilar cerca de Las Piedras, me ligué un balazo

en la rodilla izquierda y un lanzaso que, entrándome por el brazo derecho, — arriba — me salió por la espalda. En esa campaña, me encontré en Coquimbo, toma de la Florida y Paysandú.

En la del 70

Cuando la de Timoteo Aparicio, en el 70, volví a servir con Feliciano Vidal, — hombre guapo, — encontrándome en la Batalla del Sauce. Ya nos habían redotao; — pero como los blancos en vez de perseguirnos enseguida de vencernos, empezaron a robar el parque, el general Goyo Suarez, seguido de Melitón Muñoz, que era un buen lancero, de Cayetano Montero, del célebre Pancho Chingolo, que vive en "La Rambla" (San Ramón) y de otros muchos mas que no recuerdo, nos gritaron dándonos coraje y rehaciéndonos y cargando, nos tocó vencer después de ruda brega.

En la de Tricolor

En la de Tres Colores (Tricolor) supe servir con el portugués Manduquinha Carbalal, de Minas, — un loco de guapo ese bárbaro—peleando en la Costa del Avestruz y en Cerros Colorados. En la Cañada Brava, en donde terminó la revolución, me tocó pelear fuerte, al lado de Melitón Muñoz, que recibió un feroz hachazo en la cabeza.

En la del Quebracho no la corrí, aunque me presenté a las autoridades de Canelones.

97

Con el indio Aicoba hice la del 97; pero no ganamos pa sustos. Los blancos nos llevaron de calle, por delante, en la Capilla del Sauce, de Illescas, dispersándose la gente. Y entóavía estábamos con el Jesús en la boca, — agregó riendo de buena gana el viejo Larrañaga, — cuando a los dos días nos volvieron a pegar otra felpiada bárbara. ¡Ya era mucho disparar aquello!... Nos habían agarrao cortados...

1904

Cuando la de 1904, me tocó hacer la patriada con el general Benavente, peleando en Tarariras, cuya ac-

ción me resultó un aguacero de balas. Allí nos voltearon muchos soldados...

Yo, que servía bajo las inmediatas órdenes del coronel Klinger, durante el fuego, hacía mis disparos a los blancos en compañía de un oficialito rubio de Montevideo, guarecidos los dos detrás de un peñasco.

Foguiado viejo, le reculaba el bulto a las balas pa que no me lo chumbiaran al divino botón ¿No encuentra?

—¡Claro, viejo!!

—Guapito el muchacho y falto de reflexión, se asomaba toreando al fiudo, por lo que yo le decía repetidamente.

Mire mozo; — no se asome tanto que lo van a crestiar... Mire que sabe mas el diablo por viejo, que por diablo . . .!!

Y... mesnamente, lo crestiaron... !!

Yo lo agarré de una pata y tirando, tirando, lo acomodé atrás del peñasco a mi lado y lo salvé.

Talvez ande po ay el hombre...

A falta de papeles picanazos

—Bueno amigo, le dijimos; —ya hemos hablado bastante de patriadas. Cuéntenos algo de su vida.

—¿Y que les puedo decir?

—¿Cuántas veces se ha casado?

—Dos. Del segundo matrimonio

la hija menor tiene once años. Vivo en San Ramón, trabajo con guasquitas, de trenzador, a ratos; — y otros, los dedico al cultivo de la tierra. Realizo jornadas de siete y ocho leguas a caballo holgadamente. Andar a caballo, es para mí, uno de los placeres mas grandes de la vida,, porque me recuerda mis días de juventud en que mordía el cartucho y atáscábamos la carga de pólvora golpeando la culata de la tercerola, en la cabezada del basto porque no podíamos perder el tiempo, tratando de encajar la baqueta en el caño del arma, en el rudo galopar del caballo.

—Díganos una cosa. ¿Vd. nunca gestionó que lo reconocieran su grado militar?

—Nunca. Porque nunca precisé del Gobierno para vivir. Ahora que estoy viejo, he perdido todo... Todito

—Vd. podría justificar sus servicios?

—De las últimas patriadas, estoy seguro que existen constancias en el Estado Mayor del Ejército, porque se nos apuntaba. De las más viejas, no sé, porque nunca me ocupé de esos detalles. Pero sepa, señor, que si alguno llega a poner en duda todo cuanto le he dicho, pronto estoy a mostrarle los picanazos que llevo en mi osamenta....

DOCUMENTOS DE NAVEGACION

UN DESPACHO DE 137 AÑOS. — TERMINOS DEL CONTRATO

El señor Juan M. Gorlero, prestigioso comodoro del Yacht Club del Uruguay, deseando contribuir también al esfuerzo que desde largo tiempo atrás venimos realizando por la divulgación de las cosas viejas de los pueblos del Río de la Plata y que por diversidad de

motivos han escapado a la historia escrita, nos ha obsequiado con un precioso documento, expedido en Buenos Aires, que cuenta con la friolera de ciento treinta y siete años.

Dice así:



"Conocimiento para el despacho de las naos que van a los reynos de Castilla".

Digo yo, don José Bustamante y Gayón,— Maestro que soy de la Fragata nombrada, la Menorca, que al presente está surta y anclada en este Surgidero, y proximo para con el favor de Dios, hacer viaje a los Reynos de Castilla: Otorgo, y confieso haber recibido y cargado dentro de la dicha mi Nao, debaxo de cubierta de ella de don Nicolás del Campo por su cuenta y riesgo nuebecientos veinte y seis cueros al Pelo con la marca del margen. (P. 20.—E. y otros. D. a fuego).

Y de ellos me doy por entregado a satisfacción, y me obligo, llevándome Dios N.º Sr. a salvamento con dicha mi Nao al Puerto de Cádiz, u otro donde se diere por cumplido el Registro, de entregarle a vos, y en vuestro nombre, según costumbre y estilo a don Domingo Ferry ausente a su Poder.

Y habiendo hecho mi fiel entrega, según y como debo, se me ha de pagar por su flete, lleva y conducción a diez Reales vellón cada

treinta y cinco libras sin responder por averías.

Y al cumplimiento de lo que dicho es, me obligo en toda forma de derecho: Y para que conste firmé 4 de un tenor, para cumplir el uno. Que es fecho en la ciudad de Buenos Aires en quince a Julio de mil setecientos ochenta y ocho.

José Bustamante Gayón.

(Hay una rúbrica grande y complicada).

Como podrá haberlo apreciado el lector, las faltas de ortografía en el documento que hemos transcritto "desde la cruz a la rúbrica" son escasísimas; y ello se debe a que se trata de un formulario impreso, que fuera de toda duda llevarían los capitanes de barcos, marinos que solo llenaban a pluma su nombre, el de la nave, los del cargador y consignatario, cantidad y clase del cargamento y precio del flete.

Es de suponerse, que por falta de palabrerío no habrían de producirse conflictos: y mucho menos con aquello de que el lobo de mar, para la mejor garantía del cumplimiento de sus obligaciones firmaba cuatro documentos de un mismo tenor, para cumplir el uno".

LAS ACADEMIAS

**SOLIS Y GLORIA — LA DEL PICA FLOR Y OTRAS — A DOS VIN-
TENES LA MEDIA PIEZA — POLKA EL FERRO-CARRIL —
CUADRILLAS MADAME ANGOT — EN EL "BUFFET" — SE-
RENOS Y MILICOS — LA PARDA DEOLINDA — LAS MILON-
GAS — HACIA LOS BARRIOS BAJOS.**

Escribimos esta crónica, para los "jóvenes" que hayan cumplido los 55 años por lo menos.

¿Cabaret? ¿Pigall? ¿Dancing?

¿Que es éso!!!

Digan ustedes que fueron "muchachada pierna", si hubieran oído

entonces cualquiera de esas palabras extranjeras para denominar un local de reunión destinado a baile de gente alegre, si no habrían reído de buena gana, al escuchar los nombres que se querían dar a las muy criollas "academias", en las cuales

Vds. supieron lucir sus habilidades de danzarines milongueros.

Haciendo nómina

Mas de un abuelo que nos lea, habrá de recordar con inefable placer, las academias de José Fernández, que funcionó en Treinta y Tres y Reconquista, y que "hasta alfombraténia". La célebre "Solís y Gloria", del catalán don José, hombre morrudo, con sede en el local "Piedras", frente al Mercado del Puerto, regenteada por el "compa" Higinio, bajo de estatura, pero grande en valor personal, bien probado en cuantas ocasiones se le presentaron.

La academia "Solís y Gloria", que era la más popular de todas y la preferida por cuanto marinero y milico había en Montevideo, contaba además con salas de ruleta, de blanca y negra, de "batifondo" o sea "31 al billar, bancada", etc. etc.

Uno de los varios informantes con quienes nos hemos entrevistado para escribir esta crónica nos decía con no poco entusiasmo, que en "Solís y Gloria" se estrenó la polka titulada "El Ferro Carril" del maestro Caneschi, — italiano, — cuya música, reforzada con cacharros, latas y fierros, imitaba a las maravillas, un tren en marcha, "con pito y todo"

Igual éxito alcanzaron las cuadrillas de "Madame Tante" que causaban el delirio entre los danzarines, quienes tomando en alto, los extremos de los dedos de la mano derecha de la dama cuando llegaba el momento de los giros, hacían un ademán como si fueran a producir la rotación de la compañera, que salía entonces como un remolino, hasta la fila opuesta, de la que volvía en idéntica forma y vertiginosamente hasta la suya, en interminable espiral. Y cuanto más vuelta daba la "ninfa" y cuanto más hacía inflar por la acción del aire sus enaguas almidonadas, por mejor bailarina se le reputaba.

Próxima a la de "Solís y Gloria", funcionaba la "Del Tríofo", de la popularísima vieja Sixta, madre del renombrado taita Cecilio, elemento prestigioso de los bajos fondos.

En Perez Castellanos, entre Cerri-

to y Piedras, recibía a sus contertulios la muy mentada de la "Negra Brasileira", local frecuentado por la flor y nata de la muchachada y que, aparte del baile, ofrecía también sus salones para que se despuntara el vicio del juego.

En Cerrito y Maciel, brindaba la de la vieja Rufina, su buena voluntad para entretener a sus marchaneros. La del "Pica-flor", en Mercedes y Rondeau, que era la que se llevaba la palma, al decir de otro informante, era regenteada por el portefío Valentín, hombre simpático, de gran verba y dicharachero, que sabía hacerse estimar por la clientela.

Entremos a la academia

Estos locales de baile y de juego, eran frecuentados por mujeres de vida airada; y lo constituían amplios salones con otro mobiliario y adorno que unos largos bancos de pino sin pintar, arrimados a las paredes, las cuales ostentaban de trecho en trecho, algunos de los que pendían unas bolsitas de género, propiedad de las bailarinas y que se destinaban a guardar las latitas que les entregaba el mayorengo, regente, o bastonero, — que los tres nombres se le daban — cada vez que percibía del danzarín el importe del derecho al baile, pago que se hacía siempre al iniciarse la pieza y a la mitad de la misma.

Antes de que la banda de música rompiera en una milonga, (entonces el tango no lo bailaban más que los negros en los candombes) — en una habanera, en un vals o en una cuadrilla al encerrado, con un platito, recogía de cada bailarín, la suma de dos vintenes, dando a la compañera del mismo, al igual de como se procede en las esquilas, una latita que representaba "un vintén", ficha que iba a parar a la bolsita de su dueña, quien, terminado el baile, realizaba la conversión, por dinero contante y sonante. A la mitad de la pieza, el bastonero gritaba:

"¡Páre la música", — y ejecutada la orden, volvía a pasar con su platito, para recoger otros dos vintenes, de cada bailarín.

—¿De manera, — inquirimos, — que cada pieza demandaba a un bai-

larín, un desembolso de cuatro vintenes?

—Ni más ni menos. — Pero había quien se conformaba con bailar nada mas que media pieza, por vez.

En cambio, la entrada al local era completamente gratis.

—¿Sistema de alumbrado?

—¡Oh! ¡Bastaban dos o tres lámparas a petroleo, que colgaban de alambres que; sujetos en el techo pendían en el centro del salón.

Milicos contra serenos

Aparte de los incidentes personales que se producían dentro de las academias y que en la generalidad de los casos no pasaban a mayores porque se registraba a todo el que penetrase a esos locales para retirarle las armas que portasen, — se producían también en la vía pública, grandes batallas campales entre “los serenos”, — a los que llamaban por la linterna de que iban provistos “bichitos de luz”, — y los milicos de los cuerpos de línea, que en estado de embriaguez casi siempre, promovían grandes desórdenes.

Y la situación se complicaba mayormente, porque era costumbre inveterada en aquellos tiempos, de que los jefes de las unidades militares recomendaran a sus soldados, que jamás se entregaran presos a un guardia civil o a un sereno, porque consideraban un desprestigio para el uniforme, ver a un soldado del Ejército sometido a la autoridad policial.

El milico de línea que se entregaba momentáneamente, era un maula; y en el cuartel se le ajustaban después las cuentas, aplicándole una buena paliza.

Ebrio o en estado normal, debía resistirse abiertamente, con armas o sin ellas, a todo elemento policial; y si era posible, continuar peleando en retirada, buscando la dirección del cuartel, desde donde surgiría quien lo protegiera....

—Nosotros, — decían los milicos, — hacemos la pata ancha, ande cuadre.....

Lógico es suponer también que, entre el cuerpo de serenos, — que era la policía nocturna, — hubiera gente de “peo en pecho”, pues muchos de sus componentes, ya habían

pertenecido a los cuerpos de línea. Entre estos guardianes del orden, figuraba una yunta brava, constituida por dos gallegos, que por lo guapos, resultaban dos fieras. Iglesias y Avalos, que tales eran sus apellidos, tenían sus paradas en Pérez Castellanos y Piedras; y Cerrito y Maciel, respectivamente. Grandes y buenos amigos, se prestaban mutuamente amplia y decidida protección en los casos mas peligrosos y siempre se hicieron respetar, del elemento maleante y de los milicos pendencieros.

Una vez que se armó una gresca interminable, Iglesias tuvo que matar a un cabo del temible 50. de Cazadores, recuperando a los pocos días su libertad.

—¿Y como peleaban los serenos?

—A machete, que esgrimían con la derecha, mientras que la linterna que portaban con la mano izquierda, enfocaba la cara del enemigo que, encandilado, cerraba los ojos y erraba sus golpes. Y como entonces el alumbrado público dejaba mucho que desear, los efectos de la linterna resultaban sumamente eficaces, para que los serenos, a su vez, pudieran dominar al infractor.

La parda Deolinda

Era por entonces estrella de primera magnitud, una parda blanca, arrogante y hermosa, llamada Deolinda, — quien — por su bravura, se las tenía tiezas con el más pintado, empezando por el propio comisario seccional. Muy solicitada la parda y sumamente celosa, no menos de diez y seis Tenorios que se rindieron a sus encantos, pagaron tributo a sus veleidades amorosas, con un soberano tajo en la cara.

Diestra en el manejo del cuchillo que no se le caía nunca de la liga, en el momento preciso lo esgrimía, para trazar un chirlo sobre una de las mejillas del infiel, que quedaba así marcado indeleblemente para toda la vida.

Se hizo tan peligrosa esta mujer, que el Jefe P. y de Policía de la Capital en época de Santos, Don Apolinario Gayoso, la deportó “manu militare” a Buenos Aires, en donde prosiguió su vida de hampa.

En el buffet

—Antes, — nos afirmó otro viejo de setenta y tantos años y que ostenta como trofeo de guerra la cicatriz de un soberbio hachazo que recibiera en noche Toledana, llevábamos a las mujeres al mostrador del boliche instalado dentro del local; y allí mismo, sin mesita ni ningún otro firulete, le preguntábamos:

—¿Qué tomás, china?

—Un porrón de cerveza, o una bananita en caña, o un pigulo, o un puchero... nos contestaban, y de ahí no salían, porque no habían cosas mas finas.

—Pero comían allí también?

—No, hombre. Puchero le llamábamos a duraznos enteros, en caña....

—¿Y el "pigulo" que era?

—Los cabitos de guindas en caña....

Rotisseries

Otro ex-"académico", entusiasmado con sus recuerdos y que concurría a los bailes llevando un par de alpargatas en los bolsillos para danzar con mayor comodidad, nos afirmó que entonces—sí,—se divertía la muchachada, con un pequeño desembolso de dinero. —Muchas veces, — prosiguió diciéndonos, — después del baile que terminaba de una a una y media de la noche, emprendíamos la marcha hacia Santa Teresa, hoy Recinto, en donde vivía la aristocracia de la gente de mal vivir; — y de paso tomábamos por un vintén el "aperitivo", constituido por una bananita o una naranjita, con vino blanco flojito, en lo del muy mentado "Pichín", especialista en estas manifestaciones de la química alcohólica, cuyo boliche noctámbulo, funcionaba dentro del Mercado Central.

Y cuando el estómago no daba para mas, un vaso de leche en el tambo de Marcelino, de la calle Alzaibar, nos dejaba como nuevos.

—¡Qué épocas sublimes, aquellas, mi buen amigo!! La muchachada de entonces no era de "formallines" como la de ahora....

Champán, champán. Champán!!

¡Cualquier día! ¡Ni en affiches veían las mujeres esas botellas!! Y

como el auto no se había inventado todavía, se marchaba a "patacón por cuadra".

—¿Y comidas?

—¿Comidas? Vá usted a verlo. Había un puesto por los alrededores del Mercado Central — sobre Yerbál — en donde hacían un "fryé" que era una especialidad. ¡Qué cosa mas rica era ese fryé... !!

—Y era....

—Una especie de buñuelos a base de harina, perejil picado y cebollita. Solíamos comer pescado frito, también... Y otras veces cuando queríamos nutrirnos con cosas más sólidas, íbamos al almacén del gallego Matías, un buen hombre — instalado en Santa Teresa y Misiones, que cuando andábamos "cortados", nos prestaba plata. Allí, a cambio de unos vintenes, nos servían chorizos y huevos fritos, sin otra ceremonia que un pedazo de papel de astrasa a guisa de mantel sobre la burda mesa de pino, otro papel de astraza por servilleta; y por silla, un taburete.

Como cada casa tenía su especialidad, la preferida en las noches crudas de invierno por nosotros, — para el café — era la de Mateo, ubicada en la calle Juncal y Yerbál, muy frecuentada también por payadores, que se daban allí cita para cantar milongas de contrapunto.

"Caballeros milongueros

"La milonga está formada.

"El que sea más milonguero

"Que se atreva y la deshaga.

¿Vé Vd.? nos dijo entusiasmado el informante. Ese versito que estuvo muy en boga, se tañeaba y se silbaba por las calles con una musiquita así. (Y se puso a silbarla)

¡Cualquier día iban a deshacer la milonga.... !!!! Si había un entusiasmo loco por ese baile!!...

—Bueno, interrumpimos. —Queríamos en que el café de lo de Mateo, era bueno...

—¿Bueno...? Una especialidad, crémele. Superior...!!!!

Allí retemplábamos el cuerpo y el espíritu, con un "nirñaque", para combatir el frío. En una palabra: tonificábamos el coraje.

—Alguna especie de "cañonazo", sin duda...!

—¡Que cañonazo ni que ocho cuartos!!... El "miriñaque" era un buen café con horchata y anís. Riquísimo, — ché, — delicioso. ¡Hombre!!! Ya que usted me ha hecho revivir aquellos lejanos días, siento la nostalgia del "miriñaque"

Y después de quedar durante unos segundos en honda meditación, el "ex-académico" terminó diciendo a la vez que paladeaba, como si acabara de beber el delicioso nectar.

—Ya me lo tomaré en casita...

Payadas y milongas

El célebre Juan de Nava, de muy buena familia, del que tanto se han ocupado los diarios y revistas de Buenos Aires, llamándole el último payador porque ya no quedaban mas troveros de sus condiciones y que falleció no hace mucho en aquella capital, inició en lo de Mateo, su vida de payador, cantando de contrapunto, siempre con gran éxito de su parte.

—Y bien, amigo. Hemos hablado de milongas y de payadores. ¿Recuerda usted, la letra de alguna de aquellas, la que estuviera más en boga, por ejemplo...?

—Son macanas, — ché, — son macanas. Cosas sin pies ni cabeza, que no vale la pena mentarlas...

—¡Hombre, hombre, hombre!... No se nos achique, ahora! ¿Qué es eso?

—A ver... Sí... Había una que empezaba así. Déjeme pensar un poco. ¡Ah, sí! Figuraban "damas" muy copetudas... Oiga...

"Al Paraguay va a marchar

De paicas, un batallón

Llevando su dirección

A los muros de Humaitá.

De brigadier general

Marchará Carmen Piojito.

Y Máxima Rabanito

Va de ayudante mayor

Por ser la paica mejor

Y amiga del compadrito.

A Marica Cañonazo

La nombraré de teniente

Por ser la más indecente

Y acostumbrada a estos casos.

También marcharán triunfantes...

...triunfantes...

Y se me acabó la cuerda, amigo... Non me ricordo piú... Bueno, pero para muestra, basta un botón. ¿No le parece?

—En efecto, y ¿qué más nos puede decir de las "academias"?

—¿Le parece poco lo que hemos hablado sobre el particular?

¡Qué tiempos aquellos, terminó diciéndonos el viejo amigo, después de exhalar un hondo suspiro que borbotaba reminiscencias. ¡Si daba gusto vivirlos...!

Y cuando después de haberle estrechado efusivamente la diestra, franqueábamos la puerta de su despacho, oímos que nos decía:

—Oiga!...

Dimos vuelta, y el "ex académico", sonriente, pero con cierto aire de severidad, nos hizo el gesto peculiar de indicar silencio, poniendo el índice de su diestra sobre los labios.

—Ya lo sabe, che. Mucha discreción. No me vaya a meter en un lío. Mire que ahora soy una persona respetable...

Lo miramos signitivamente; y no sabemos si habrá interpretado lo que quisieron decir nuestros ojos, — ya que, — por respeto a su reconocida y bien probada hombría de bien y por respeto igualmente a sus canas venerables, no se atrevieron a decir los labios.

—¡"Quedá" tranquilo viejo tiburón!... Te guardaremos el secreto...

Origen de las divisas partidarias

CUAL FUE LA PRIMER DIVISA ORIBISTA, COLORADA, PRIMERO Y BLANCA DESPUES. — RIVERISTAS, PRIMERO, CELESTES Y LUEGO COLORADA. — PORQUE SE CAMBIARON. — EN LA ACCION DE CARPINTERIA

El ilustre general francés Mangin, en la visita que nos hiciera no hace mucho, interesándose también por el origen de los partidos tradicionales, que tanta sangre han costado al país, preguntó a un eminente hombre público, qué quería decir eso de blancos y colorados y como habían surgido tales adjetivos para la designación de los partidos que, durante casi una centuria vienen dividiendo a la familia oriental. Y el interpe-lado, hombre de vastísima preparación, pero cuyo fuerte no es la historia, — así en sus detalles nimios, — contestó en una forma imprecisa.

El militar francés al hacer públicas, en su patria, las impresiones recogidas en Montevideo y al referirse al partido colorado, dijo que su nombre se debía al hecho de que el general Rivera montara siempre un caballo de ese pelo.

Considerando pues, de interés difundir los motivos que dieron lugar a la adopción de divisas por los bandos contendientes, llevaremos a conocimiento de nuestros lectores, los siguientes datos:

La primer divisa

En el año 1836, cuando Lavalleja auxiliado por Rosas desembarcó en las costas del Uruguay para ayudar a Oribe contra Rivera, lanzó un manifiesto estableciendo que venía al país, “no a debatir y luchar sólo por los intereses orientales, sino en nombre de las cuestiones y de la política argentina”.

Los hombres que acompañaban a

Lavalleja en esta campaña bélica, adornaban sus sombreros con divisas coloradas, — que tal era la de Rosas —, con la siguiente leyenda: “Restaurador de las leyes”.

La divisa punzó, fué, consiguiientemente, la primera en rodear la copa de los sombreros de nuestros gauchos y la sacaron a luz—precisamente—los adversarios del general Rivera.

La segunda divisa

Poco después, el general Oribe, a la sazón Presidente de la República, por decreto del Ministerio de Guerra y Marina expedido con fecha 10 de Agosto de 1836, establecía que todos los jefes, oficiales y tropa del ejército de línea, las guardias nacionales de caballería, las partidas afectas a la policía y todos los empleados públicos en los departamentos de campaña, usaran en el sombrero una cinta blanca, con el lema “Defensor de las leyes”.

Se disponía asimismo, en el mismo decreto que suscribían Oribe, Pedro Lenguas, Francisco Llambí y Juan M. Pérez, que el Estado Mayor, Guardia Nacional, empleados públicos, etc., etc., “usaran el mismo lema, que llevarían en una cinta visible en los ojales del vestido y en formación, en el sombrero”.

No quedaban tampoco exentos de la obligación, los ciudadanos no enrolados, a quienes se les imponía el uso “del mismo distintivo en los ojales del vestido, como una señal de

su adhesión a las leyes e instituciones de la República”...

La divisa blanca, que venía a sustituir a la colorada que trajo Lavalleja, fué la segunda que se vió en el país.

La tercer divisa

Así las cosas, el general Rivera no podía ser menos que Lavalleja y Oribe; y dispuso a su vez, que las tropas de su mando usaran la divisa celeste, con el fin de distinguirlas de las fuerzas legales.

La acción del sol y de las lluvias atacó muy pronto el color celeste de las cintas, que quedaron convertidas en blancas, dando ello lugar a que los soldados riveristas pudieran ser confundidos con los oribistas.

Blancos y colorados

En vísperas de la batalla de Carpintería, librada en las costas del arroyo del mismo nombre del Departamento de Durazno, el 19 de Setiembre de 1836, entre fuerzas revolucionarias mandadas por Rivera y el general argentino don Juan Lavalle, contra las del gobierno que mandaban los generales Juan Antonio Lavalleja e Ignacio Oribe, este último hermano del Presidente, — Rivera, que adivinaba que el encuentro sería sangriento, dispuso, con el fin de evitar confusiones en los entreveros que fatalmente se producían en todos los hechos de armas de la época, que sus hombres tiraran los trapos descoloridos que llevaban

como divisas y que en su lugar, se pusieron tiras de bayeta colorada, de los forros de los ponchos patrios, que fueron rasgados a tales efectos.

Y así, con divisa blanca, unos y con colorada los otros, se peleó fieramente en Carpintería, en cuya acción, Rivera completamente derrotado, dejó en el campo de batalla 200 muertos, 150 prisioneros y 4,000 caballos, buscando él y Lavalle sus salvaciones, por las Puntas del Yí, seguidos por dos de sus escuadrones de caballería que habían conservado su integridad.

Desde ese día, cuando el paisanaje tenía que nombrar a los ejércitos, lo hacía diciendo el de los “colorados” o el de los “blancos”.

Y tanto se repitió ese dicho, tanto rodó por nuestras campiñas y pueblos, que, haciéndose carne, dió lugar a que lo adoptasen como “nombre de pila”, los dos grandes partidos tradicionales de la actualidad.

Aunque parezcan paradójicas nuestras afirmaciones, — hoy, — los colores de los cintillos se han invertido, porque, la verdad de las cosas es que, la primer divisa de los “blancos”, fué la “colorada”; y la de los “colorados”, la “celeste”, camabalacheadas sin mayores ceremonias en la Batalla de Carpintería, por la imposición de un motivo de índole atmosférico.

¡Y con cuánto calor proseguimos todavía defendiendo los cintillos!..

METAMORFOSIS DEL ALUMBRADO PUBLICO

VELAS DE SEBO. — ACEITE DE POTRO. — GAS A BASE DE GRASA DE YEGUA. — MAS TARDE DE CARBON DE PIEDRA. — LA PRIMERA USINA DE GAS. — LA PRIMERA USINA ELECTRICA. — EL PRIMER RADIO SERVIDO POR LA LUZ ELECTRICA.

Hasta 1795 no tuvo Montevideo otro servicio de alumbrado público, que el de la luna, cuando la había; y creemos que la luz artificial en las calles, no habrá sido echada mayormente de menos, por cuanto los entonces no muy numerosos habitantes de la ciudad, se recogían temprano, como las gallinas.

El primer paso dado hacia esta mejora de índole edilicia, fué como lo decimos, en 1795, que don Francisco Antonio Maciel, el "Padre de los Pobres", asociado a don Juan de Molina, obtuvo la concesión en un llamado a licitación formulado por el Cabildo, para la realización del servicio de alumbrado público de Montevideo, a base de velas de sebo, de las llamadas de "baño", de dos tercios de largo y que, colocadas dentro de unos faroles adosados a las paredes por pescantes de hierro, eran prendidas en los atardeceres, por negros esclavos.

A aceite de potro

En los albores de nuestra independencia Nacional, el servicio dió "un gran paso hacia el progreso", ya que la vela fué sustituida ventajosamente por la candileja de aceite de potro.

A gas de grasa de yegua

El 18 de Julio de 1854, la ciudad inauguró el servicio con iluminación a gas, por una empresa de don Demetrio Isola, que instaló la usina, servida con materiales traídos de Europa, en la calle Cerrito, mediante una concesión para la explotación de la nueva industria, por el término de ocho años, que fué mas tarde prorrogada.

Pero lo que no saben todos nuestros lectores es que la usina en su

iniciación, generaba el gas con grasa de yegua, producto criollo que con el correr de los años, fué sustituido ventajosamente por el carbón de piedra.

La epidemia de fiebre amarilla desarrollada en 1857, dió lugar a que no pocos habitantes atribuyeran una buena parte del desarrollo de la peste a la usina;— y fué entonces que el gobierno ordenó a la empresa concesionaria, el traslado de su fábrica a otro paraje más distante;— y es precisamente desde esa fecha que la usina, que había pasado a ser propiedad del Barón de Mauá, funciona en el local que actualmente ocupa de la calle Isla de Flores, entre las de Florida y Andes.

Luz Eléctrica

En 1884, Montevideo fué la primera ciudad sud americana y de las muy pocas del mundo que gozó de los beneficios de la luz eléctrica. Don Marcelino Díaz y García, andaluz, instaló una modestísima Usina en la calle San José, entre las de Florida y Ciudadela, dentro de un viejo galpón que hasta poco tiempo antes había sido utilizado como caballeriza.

Este ensayo de servicio de alumbrado público, se hacía exclusivamente a base de lámparas de arco, instaladas en la Plaza Independencia; y desde ésta, por 18 de Julio, hasta la calle Arapey, hoy de Río Branco.

Para que se pueda apreciar la potencialidad de la Usina, diremos que ella era puesta en movimiento por un modesto motor de trilladora y por un dinamo sistema "Brus".

Dado el buen resultado obtenido, el señor Marcelino Díaz y García

la perspectiva de un buen botín, a una trataban de echar abajo, a fuerza de empujones, la puerta que con su doble tranca interior, resistía a sus desesperados esfuerzos.

Ciriaca que volvió a sentirse "hombre", trepó armada de dos trabucos al altillo; — y desde allí, por un ventanillo, apuntó en dirección a los asaltantes, sonando en la inmensidad de la noche un formidable estampido.

Los gauchos tan inopinadamente agredidos, como si lo hicieran desde el cielo, abandonaron más que ligero sus propósitos de asalto y trataron de buscar la salvación, en los lomos de sus caballos; — pero no sin que antes sonara otro disparo seguido de un grito de alegría, de dolor, o de rabia, que a todo pulmón

dejaba escapar la heroína de este relato.

— ¡No disparen esos maulas! Vengan, vengan, canejo, que les voy a abrir... el mate... ¡ ¡No disparen, sabandijas!!...

El último tiro había hecho reventar el caño del trabuco; y la explosión destrozó una buena parte de la mano derecha a aquella valerosa mujer, que ella misma se encargó momentos después de amputar con su cuchillo de trabajo.

Desde ese día, se le denominó "La manca Ciriaca", y no obstante esta tara capital para una persona de su temple, prosiguió campando por sus respetos.

Y haciendo honor a su idiosincracia, no tuvo descendencia.

Fué toda un "hombre".

De sargento a teniente

José Bonavía, que murió hace ya algunos años con el grado de mayor del ejército nacional, era hijo de un viejo marino genovés, radicado en Montevideo, y que se dedicaba al cabotaje.

Cuando estalló la revolución de Flores, que pasó a la historia con la denominación de "Cruzada Libertadora", nuestro biografiado fué citado para que formase en carácter de simple soldado, en las fuerzas del gobierno, que por entonces era regido por el Partido Blanco. Colorado decidido, no quiso en tal ocasión tampoco, escatimar el esfuerzo de su persona para el triunfo de sus convicciones partidistas; y, con ese anhelo pudo escapar de Montevideo para incorporarse a las huestes del general Flores, que merodeaban por el Departamento de Canelones.

Sumada la plaza de Paysandú, que con tanto heroísmo se defendiera bajo el mando superior de Leandro Gómez y Lucas Piriz, le tocó al sargento Bonavía actuar cierto día en calidad de artillero,

en el cantón de la boca calle de la esquina de la casa de Ribero, en cuyos fondos fueran fusilados más tarde el general Gómez y algunos de sus compañeros de infortunios.

El blanco de los disparos era la Comandancia Militar, a la que había que reducir.

Goyo Suárez, — entonces coronel, — que era el jefe inmediato de las fuerzas a las cuales pertenecía Bonavía y que observaba con toda atención las maniobras de su subordinado, exclamó, entusiasmado ante el éxito de uno de los disparos de la pieza:

— ¡Bravo, alférez Bonavía!!!

Y el recientemente ascendido de manera tan inesperada, prestando mayor atención y mayor serenidad ante una lluvia de balas que lo auroleaban, volvió a repetir con el mismo éxito de puntería, un nuevo disparo, que mereció también estas palabras del coronel Suárez:

— ¡Bravo teniente Bonavía!!!

No sabemos hasta que grado

habría alcanzado allí el ya teniente Bonavía, si una certera bala que le hirió en la ingle, no lo hubiera tumbado. Mal herido, lo llevaron a casa de una familia de apellido Sardo, cuyo jefe era marino del cabotaje y gran amigo de los padres del artillero, en donde a fuerza de cuidados y desvelos, se le salvó la vida.

El teniente Bonavía que por razones de sentimentalismo había abandonado la carrera militar, se reincorporó al ejército muchos años después; y durante el gobierno de Julio Herrera y Obes, desempeñó las funciones de edecán con el grado de sargento mayor.

MEDIO SIGLO ATRAS...

CHINELAS Y GORROS BORDADOS.— LOS BAILES.— LAS NIÑAS
EN LA SALA.—“LA PLANCHA”.— EL DUEÑO DE CASA,
VEJA.— EL AMBIGU.— LAS CUADRILLAS DE LOS
VIEJOS.. A CASITA... UNA FRASE DE “EFECTO”

De gorrito y chinelas

En distintas oportunidades nos hemos ocupado de reuniones sociales, pero sin detenernos mayormente con las que se realizaron cuarenta años atrás.

Por aquellos días, nuestros buenos papás, en las horas de la tarde, se asomaban a la puerta de calle, cubriendo sus cabezas con un gorrito de terciopelo bordado en oro y de cuya cúpula pendía un borlón de gusanillo de oro; y abrigan sus cuerpos con un rodíngote, cuyo espesor servía tanto para invierno como para verano. Y en vez del botín, generalmente de los llamados de elásticos, puesto que los de abrochar sólo los calzaban los niños y los “pollos” — unas chinelas bordadas, desahogaban las fatigas del pie y exteriorizaban a la vez y al igual de la gorra, las ponderables cualidades de bordadora de una de las niñas de la casa o de la “patrona”, o de una ahijada.

Entonces era corriente también, que fuera preciadísimo y frecuente regalo en la solemnización de un santo o pagando una atención, unas chinelas o un gorrito de éstos de confección casera y que tanto ha popularizado Garibaldi en las estampas que reproducen su imagen.

Y había que ver la elegancia del garbo de “los viejos” en sus paseos

por la acera, para lucir mejor, tan coquetonas prendas de vestir y de calzar.

Los bailes

Los bailes de hoy, difieren fundamentalmente de los de aquellos días.

La orquesta, era un conjunto armónico de instrumentos de cuerda y de madera, sin la mala compañía de los cacharros, pitos y palitroques de los que en la actualidad hacen de un acto que debiera ser sinfónico, una batahola de esas que se arman en campaña por toda una familia campesina con el fin de evitar que las mangas de langosta voladora se posen sobre los frutales.

Las niñas en la sala

Valses, polkas, shotis, mazurcas, cuadrillas, lanceros, pericón nacional y alguno que otro minué para que se lucieran los viejos de verdad, era el repertorio obligado de todos los bailes.

Las señoritas, no obstante sus largas y amplias polleras no cruzaban las piernas, no formaban corrillos ni se mezclaban en los grupos de los hombres, sino que por el contrario, desde que llegaban al local y después de haber pasado por el “toilete” para dejar los abrigos y dar a sus peinados el último retoque, ocupaban las sillas que bor-

deaban la sala; y allí esperaban pacientemente a que un joven las fuera a invitar para danzar. Terminada la pieza, en vez de procederse como ahora, que se deja a la compañera ni bien suena el último compás de la música, en el medio de la sala, se le llevaba adonde hubiera una silla desocupada, preferentemente al lado de la madre o de una hermana; y si no había asiento disponible, el hombre se consideraba obligado a bailar las subsiguientes piezas, hasta encontrarlo. En la mitad de una danza no se sentaba a ninguna señorita, a menos que existiera un pedido de ella, porque tal actitud importaba una desatención.

Es natural que tal estado de cosas diera lugar a que algunas muchachas que poco tenían que agradecer a las diosas Hebe o Venus, pero que, en cambio les sobraba ingenio para defenderse de la "plancha", — así llamada la circunstancia de no bailar, — les entrara cuando estaba por terminar la pieza, una locuacidad incontrolable, hasta que, iniciada nuevamente la música, se insinuaba con una para ellas irresistible sonrisa.

—¿No está cansado, verdad?...

—De ninguna manera, señorita. Al contrario...

Y a los acordes de un vals o de una mazurca, la pareja volvía a perderse entre las muchas que danzaban. Ella, contenta de bailar una pieza más; y él, maldiciendo tal vez en su fuero interno de lo que, con justeza, llamara impertinencia de su compañera.

El dueño de casa se insinúa

Los dueños de casa se consideraban obligados a decir a algunos de los mozos que en vez de bailar, preferían presenciar el espectáculo recostados en los marcos de las puertas.

—¿Cómo es eso amiguitos!... Ustedes amontonados aquí, como bandada de torcasas y tantas niñas sin bailar por falta de mozos: ¡Vamos, vamos! usted, fulano, saque a zutana y usted zutano saque a fulana!...

Y allí marchaban resignados Fulano y Zutano.

—¿No quiere acompañarme a bailar esta pieza, señorita?

—Con muchísimo gusto, joven...

¡Que vaya hoy un dueño de casa

a hacer igual indicación!...

Lo menos que le pueden responder, es algo así por el estilo.

—¡Salga de ahí, con ese "paquete"! ¡Diga, viejo: ¿Cuándo abren la "biblioteca"? — refiriéndose al comedor. En eso, sí, que no lo desairo!

Y muchas veces también, el dueño de casa les llevaba las señoritas adonde ellos se encontraran, para obligarlos así a bailar.

Antes, la mujer que no bailaba, — "que planchaba". — no tenía defensa, ni podía disimular su incómoda situación. Allí quedaba como clavada en la silla, esperando a "un guapo", o a uno de "los voluntarios" que, como momentánea tabla de salvación, les enviaban los dueños de casa, un amigo condolido, o el novio de una hermana afortunada.

¡Y había que ver la cara sonriente que ponían las pobres muchachas, cuando un joven recorría con su vista la hilera de sillas en busca de una compañera que le resultara de su agrado... ¡Esa mirada importaba toda una promesa de eterno agradecimiento!...

El ambigü

A la hora de abrirse el comedor los jóvenes invitaban en primer término, a las señoras mayores hasta adonde las conducían de a dos por vez, una de cada brazo. Es natural que como el número de señoras era siempre infinitamente menor que el de señoritas, algunos pocos amigos de "cargar con viejas", se hicieran los distraídos mientras hubiera de ellas en la sala, para ir acompañados solamente por las chicas, que marchaban siempre en segundo término.

Un malón de esos que se llaman "indiadas", era cosa desconocida.

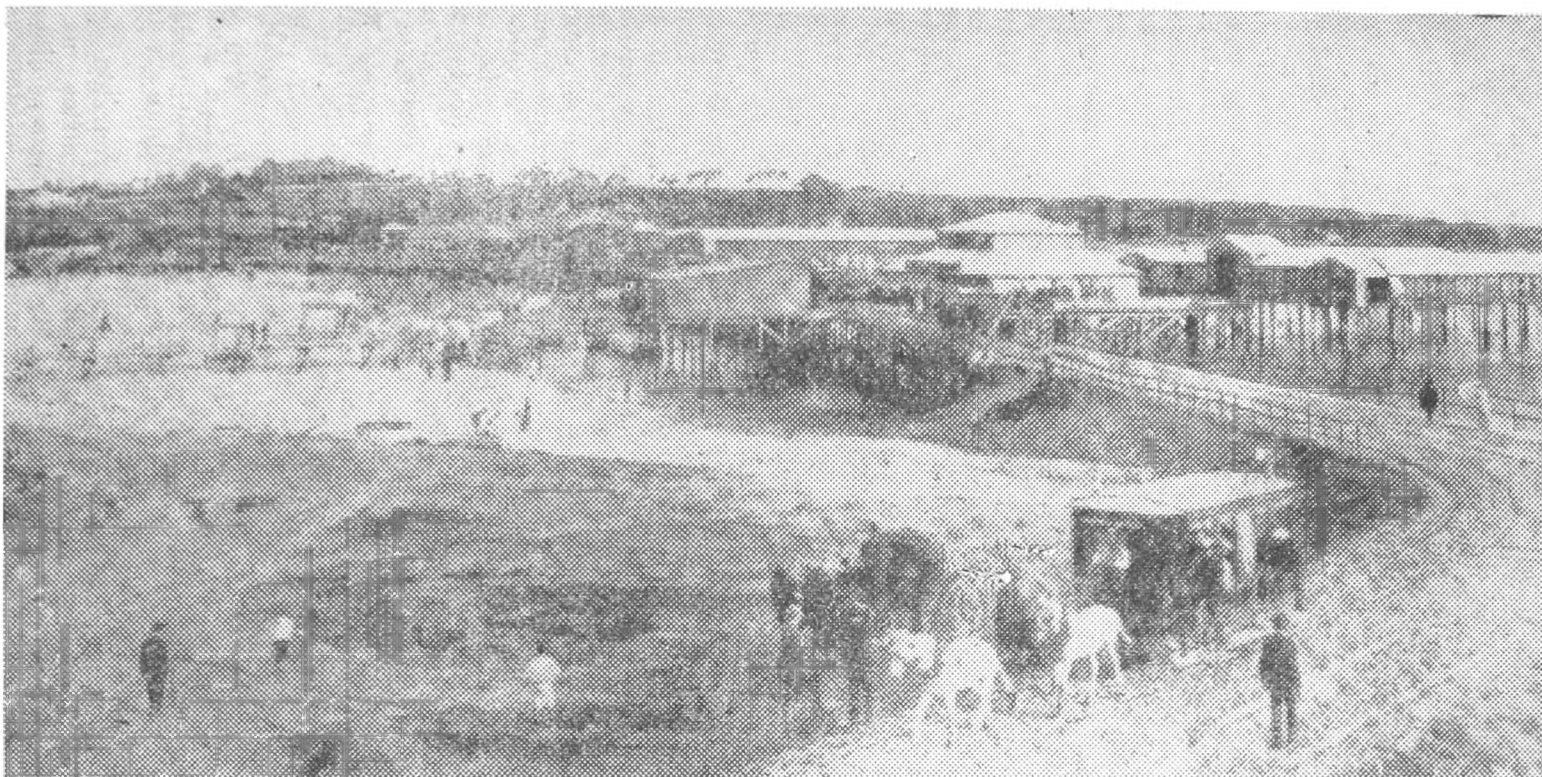
Las invitaciones para pasar al comedor o bufet, eran siempre precedidas de la siguiente insinuación del caballero y acompañas de ceremoniosa reverencia:

—Señorita, ¿gusta usted pasar al ambigü?...

—Con mucho gusto caballero...

Y no se concebía que ningún joven acompañara a una señorita si no lo hacía de riguroso braceo.

Hoy, si no van sueltos, el hombre va ciñendo con una de sus manos el brazo de la mujer.



La Playa Ramirez en 1895

La estrechez del marco de una puerta que no consentía el pasaje de tres personas a la vez, obligaba al mancebo a tomar a cada una de las niñas, los extremos de los dedos de la mano que le dieran y que en tales circunstancias iban generalmente por lo alto, para ocupar menos espacio y no perderse así, en ningún momento, el contacto entre el tercerito.

La plancha

Vueltos a la sala en idéntica forma, el baile se reanudaba con iguales entusiasmos.

El joven desde el quicio de una puerta pasaba revista; y desde allí "echaba el ojo" a la señorita que debía ser su compañera; y aproximándose después al objeto de su preferencia, la invitaba luego de rendirle profunda reverencia:

—Señorita: ¿es gustosa usted de acompañarme a bailar este valsesito?

—Perdóneme joven: pero estoy comprometida, con cuya frase quería decir, que esa pieza ya había sido acordada a otro.

Y entonces era frecuente ver, que ese mismo joven, para no "quedar en seco", y haciendo de tripas corazón, repitiera la invitación a la vecina de al lado, que muchas veces era de las "planchadoras sonrientes" quien, como podrá imaginárselo el lector, se felicitaba del impedimento de la amiga.

¡Pobres planchadoras! Las había veteranas que, llegando a su casa después del baile y echándose sobre la cama con sus ropas de fiestas, rompían en sollozos.

—¡No voy más a bailes, no voy y no voy! repetían entre hipo e hipo. La mozada de ahora, está echada a perder. Se amontonan en las puertas y no quieren bailar!... ¡Que tiene mejor Fulana que yo?... ¡Vamos a ver?... ¡Y sin embargo, ella bailó toda la noche!...

Las cuadrillas y los viejos

Los lanceros y las cuadrillas, esos bailes tan gentiles que desgraciadamente han caído en desuso, servían para que tanto hombres como mujeres, pudieran lucir en las ceremonias de los saludos, de las visitas y de los paseos, todo el donaire que pueda desenvolverse al calor de una

buena educación. Y en estas piezas participaban también los "casco-tes" de ambos sexos que, previamente y en medio de bromas, se invitaban para "formar parejas".

—Comadre.— Ya sabe que cuento con Vd. para esta cuadrilla que van a tocar...

—Mire que ya estoy media olvidada, compadre...

—Vd. siempre modesta.

—En serio!!!... ¿No tiene miedo a las "perdices"? (así se llamaba al hecho de equivocarse en las figuras de la danza).

—¿Con Vd.? ¡Jamás de los jamaes...!!! Tan luego con la maestra!!

—No; si el maestro es Vd. compadre.

Y cuando ya en plena cuadrilla o en pleno lancero, alguien equivocaba un movimiento, encongió su cuerpo como si pretendiera así ocultar su vergüenza a la vez que oía los cariñosos chicoleos de sus compañeros y espectadores, traducidos en frases del siguiente tenor.

—¡Mire que abundan las perdices, ¿eh? Y no hay quien las mate...!!!

Pero, indiscutiblemente, la parte que llenaba de mayor encanto a los bailarines, era la "figura" de la "cadena", con sus saltitos de chingolo y con las marchitas laterales, primero; y de a uno en fondo después, para formar hombres de un lado y mujeres de otro y volver a saludarse, pero esta vez, todos a una y tomados de las manos.

A casita...

Terminado el baile se formaban caravanas de gente que marchaban a sus respectivos barrios a pie, comentándose la importancia e incidencias de la fiesta; y en esos grupos, marchaban adelante pero no a larga distancia, las parejas de jóvenes que habían "estado de temporada".

En cierta excursión de éstas, realizada en magnífica noche de luna y de una tibieza deliciosa, en que se apreciaban nítidamente a la distancia las cosas y los objetos por la diáfana claridad que reinaba, uno de esos jóvenes, abuelo hoy y muy dado entonces a decir frases "sus-

tanciosas", y quien, por añadidura gastaba para estas solemnidades galera de felpa y levita, — aprovechando el momento en que la comitiva se detenía frente a un zaguán para despedirse de los que quedaban, no pudo menos que exclamar entusiasmado con cierto énfasis de sapiencia ante el espectáculo grandioso y solemne que le deparaba "la pálida viajera".

—¡Qué hermosa noche!!... ¡Estamos en una noche de Londres...!

A lo que una chica pizpireta, no pudo menos que responder.

—Realmente, joven. Solo falta la niebla y el frío...

—¿Verdad, señorita? asintió el enamorado de la noche.

Y se quedó tan fresco, como si hubiera estado al relente de una noche de Londres...



Lavandera de « La Estanzuela » con sus « yimbitos », al abrigo de choza en lo que hoy es Parque Rodó

De todo un poco

El origen en nuestro país, de las razas vacunas, caballar, lanar y cabría. — Abogados y procuradores no los querían como elementos de colonización—Tráfico de negros esclavos. — Su comercio en el Plata

El origen de una gran riqueza

En el año 1536,—puede decirse,—se inició la población de equinos en la campaña de Buenos Aires, con un plantel de cinco yeguas y siete caballos que abandonaron los pobladores de la ciudad.

Años después, en 1590, don Torre de Vera y Aragón, introdujo de Charcas, cuatro mil vacunos, cuatro mil ovejas, quinientas cabras y quinientas yeguas y caballos.

Talles han sido las bases echadas para la gran riqueza que con tan saneados prestigios ostentan los pueblos del Plata.

No es mal sastre quien conoce el paño

Cuando en 1537 el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, zarpó del puerto de San Lucar, haciendo proa a estos lares, recibió órdenes severísimas del gobierno español en el sentido de que no permitiera el establecimiento en sus colonias, ni a letrados ni a procuradores “por haber enseñado la experiencia que en las tierras recién pobladas ocasionaban diferencias y pleitos, de donde se originaban discordias mortales y odios implacables, con grave perjuicio del público”.

¡Cómo cambian los tiempos!...

Hoy, los abogados y procuradores campean por todos lados;—y los primeros realizan su carrera universitaria sin ninguna erogación por concepto de matrículas.

Bueno; será porque ya no tenemos tierras recién pobladas...

Chivas y ovejas

El origen de los animales cabríos y lanares en el Río de la Plata, se debe a don Unflío de Chaves, quien de vuelta del virreynato del Perú, dejó en el Paraguay determinada cantidad de cabras y ovejas.

La procreación consintió años después, que tan simpáticos y productivos animalitos, llegaron a las márgenes del Plata, en donde encontraron ambiente más propicio para su fecundante desarrollo.

Para que el lector pueda apreciar el valor que por entonces tenían las ovejas, diremos que en la ciudad de Cuzco, se pagaba por cada una de ellas cincuenta o sesenta pesos fuertes.

Vacunos

En lo que se refiere al animal vacuno, debemos decir, que allá por el año 1555, un señor Gaete, portugués de origen, condujo desde Santa Catalina (Brasil) hasta el Paraguay y por cuenta de los hermanos don Escipión y don Vicente Goes, siete vacas y un toro, importados de “las Españas”, cuyo conjunto fué el primer plantel que había de suministrar con el transcurso de los años, otros nuevos, para los pueblos del Río de la Plata, que hoy con justo título, pueden vanagloriarse de ser un factor importantísimo en el comercio mundial de la carne.

Gaete, que condujo los animales por tierra, recibió como compensación por lo que debió ser penoso trabajo de troqueo, una vaca, que por aquel entonces importaría casi, una fortuna.

El Municipio de Montevideo dió el nombre de “Goes”, rindiendo homenaje a los hermanos que importaron los animales que nos ocupan,

a la calle que lleva hoy, el nombre de "Avenida General Flores".

En 1580, la procreación consintió que Garay, fundador de Buenos Aires, hiciera traer desde el Paraguay algunos animales para poblar la campaña; y en 1679, el Gobernador Garro, hizo transportar a la "Banda Oriental", por cuenta del Rey, una tropa del ganado vacuno, para poblar la campiña uruguaya y estimular con su procreo, la venida de gente de Buenos Aires, con el fin de resguardar mejor, así, el territorio de aquella capital.

El caballo en el Uruguay

Algunos animales de la raza caballar que Riquelme, al abandonar San Juan Bautista, hubo de dejar por las fuerzas de las circunstancias,—dieron lugar a que en poco tiempo, procrearan con asombrosa rapidez.

Tal ha sido el origen de la raza caballar en esta República, de cuyas enormes cantidades que vivían en completo estado de libertad, nos hemos ocupado ya, detenidamente, en el primer tomo de "Recuerdos y crónicas de antaño".

Comercio de negros esclavos

La introducción y venta de negros, se llevaba a término, como si se tratara de cualquier animal.

En 1702 se fundó en Buenos Aires una compañía francesa, que se llamaba de "Asiento", para la importación de negros, teniendo su casa en el Retiro. Como derechos

de importación, abonaba al reino, treinta y tres pesos con cincuenta centésimos por cada negro que introdujera; y se había celebrado además un contrato con la Corte, obligándose la compañía a introducir treinta y ocho mil esclavos durante la guerra que sostenía España; y cuarenta y ocho mil después que se celebrara la paz.

Este infame comercio pasó después a poder de una compañía inglesa.

Y para que se vea el escrúpulo que sobre el particular sentían las "naciones civilizadas" de la Europa, diremos que en 1517, esos mal llamados derechos sobre comercio humano estuvieron a cargo de los flamencos hasta 1580. Los genoveses que siempre fueron tan hábiles navegantes como buenos comerciantes hicieron sus razias de negros, desde 1595 a 1600, con positivos beneficios pecuniarios. En 1600 el gobernador portugués de Angola, Juan José Coutines, celebró un contrato, obligándose a introducir en las colonias españolas de la América, cuatro mil doscientos cincuenta negros por año. En Agosto de 1701 se celebró otro contrato con la compañía Real de Guinea, establecida en Francia, para la introducción de esclavos. Y finalmente, España contrata en 1713 con Inglaterra la introducción de los desdichados negros a estos jóvenes países, suscribiéndose el contrato en Madrid, el 26 de Marzo del expresado año.

ES VD. CURIOSO?

LA HISTORIA EN SÍNTESIS DE LOS ASILOS DE MENDIGOS, DE HUÉRFANOS, DEL CUERPO DE BOMBEROS Y DE LA FORTALEZA Y FAROLA DEL CERRO

El Asilo de Mendigos

El Asilo Piñeyro del Campo que funciona en la Unión, conocido también con el nombre de Asilo de Mendigos, que tal fué su primitiva denominación, debe su origen a una donación de terreno, que a tales fines, hizo en el año 1347, don Tomás Basañez.

Allí se levantaron en plena Guerra Grande, las primeras construcciones que sirvieron de sede al gobierno y comandancia militar de Oribe; y todavía pueden verse algunos calabozos, que han sido transformados para fines más humanitarios.

En realidad, la inauguración como Asilo de Mendigos, data desde 1860 que se inició con trece camas solamente: siete para hombres y seis para mujeres, con la concurrencia del entonces Presidente de la República don Bernardo P. Berro, a cuyo acto asistieron también ministros del Estado, diplomáticos y altas personalidades, dando lugar a que en tal ocasión se pronunciaran los discursos de práctica y a que se realizara una modesta fiesta.

El de Huérfanos o Dámaso Larrañaga

El Asilo que ahora es conocido por "Dámaso Larrañaga" y que otra vez, cuando funcionaba el torno en el frente de la calle Jackson, llamada antes Asilo, se llamaba de Huérfanos, tiene su base en 1818, en que, por iniciativa del presbítero doctor don Dámaso Larrañaga, empezó a funcionar como una dependencia del Hospital de Cari-

dad (Maciel), dentro de una sala que estaba bajo el patronato de la "Hermandad de Caridad y San José".

Corrieron los años; y con ellos, las necesidades de ampliar la benéfica obra iniciada por el sabio y patriota sacerdote.

Un señor Lahitte hizo donación del terreno en donde hoy funciona el Asilo, imponiendo la condición de que debía erigirse también dentro del mismo perímetro, una capilla para la realización de oficios religiosos, como así también la construcción de un local para escuela pública en la que se diera instrucción gratuita a los niños pobres de los alrededores.

Con esa base, con la decidida y eficaz cooperación del pueblo que contribuyó a la colecta que se levantó y con el apoyo del gobierno regido entonces por el coronel don Lorenzo Latorre, quién más tarde manciplara tan noble empresa — pudo inaugurarse el edificio que hoy sirve de asiento a este nosocomio que se encuentra bajo la dependencia de la Asistencia Pública Nacional

El régimen laico que impera en todos los establecimientos públicos, se implantó en 1916: — y desde entonces y por especial pedido de una comisión de damas, se disgregó a capilla del resto del establecimiento, con todos sus atributos religiosos, para ser regida por las peticionantes.

El torno, en el cual se depositaban las oriaturas anonimamente para que de ellas se hiciera cargo el Estado sin ninguna clase de documentación ni referencia, estaba em-

potrado en la pared que dá sobre la calle Jackson; y hasta no hace muchos años, una chapa de mármol adosada sobre la misma pared ostentaba la siguiente cuarteta:

"Mi padre y mi madre
"Me arrojan de si
"La Caridad Divina
"Me recoge aquí".

Este procedimiento mecánico para a introducción de expósitos en el Asilo, dió lugar a que las pobres hermanas de caridad que permanecían de guardia al lado del torno fueran victimas de más de una broma de mal gusto, entre las cuales puede contarse la más frecuente, que consistía en la presencia de un amenazante perro, que un gracioso, después de haber hecho sonar la campañilla de alarma lo introducía desde la calle haciendo girar el torno para llevar la intraquilidad a las pobres monjas.

El Cuerpo de Bomberos

Antes, cuando no existía cuerpo de bomberos ni cosa que se le pareciera, al estallar un incendio, los campanarios de las iglesias se encargaban de prevenir al pueblo, con un repiqueteo especial de la campana mayor, de lo que ocurría; y los vecinos, policía y tropa de línea así prevenidos, se lanzaban a la calle con baldes, con tachos y cueros, y después de consultar al horizonte para cerciorarse de que punto salía la humareda, corrían veloces hacia el lugar del siniestro.

Todos los albiges de la ciudad pagaban su tributo; y mientras uno de los tantos "bomberos" voluntarios sacaba agua de aquel o del pozo, para ir la volcando dentro de una tina colocada al lado del brocal, los demás vecinos formaban cadena para irse pasando de mano a mano el balde o la lata de agua, cuyo contenido, cuando llegaba al lado de la hoguera, ya iba reducido a más de la mitad.

En la intervención de los incendios que se combatían así, a baldazos de agua, y con cueros mojados, no había clases sociales. Desde el más encumbrado personaje hasta el más humilde de los hombres, todos aportaban su esfuerzo personal en

defensa de los intereses del municipio, cado, porque a ello se consideraban obligados por vínculos de solidaridad.

Y así ocurría hasta 1884, más o menos, en cuya fecha ya se había adelantado un poquito más en el arte de extinguir los incendios, pues el Cabildo contaba con un carrito provisto de un manga, vehículo que en la estación de estío, realizaba sus salidas hasta la vereda de enfrente, para hacer el riego de los canteros de la Plaza Constitución. Por entonces desempeñaba las funciones de portero o conserje de la Jefatura de Policía, el inolvidable don Pablo Bañales, que con el correr de los años habría de ser uno de los funcionarios más populares y queridos de Montevideo. Cuando la campana de la Matriz anunciaba que había estallado un incendio, Bañales salía a todo escape con su carrito hacia el lugar del siniestro, cuyo vehículo arrastraban los presos del Cabildo, a quienes custodiaba una guardia de la tropa de línea de servicio en aquella institución, con el fin de intervenir también con su muy modesto elemento de combate para la extinción del fuego.

El gran incendio de un molino de la calle Agraciada, cuyo hecho ocurrió en 1887, preocupó seriamente la atención de la población que ya había dejado de ser un villorrio; y el coronel don J. Muró que a la sazón desempeñaba interinamente el cargo de Jefe P. y de Policía de la Capital en sustitución del general don Salvador Tajés, que se encontraba enfermo, convocó a la población nacional y extranjera exortándola a contribuir a la adquisición de los útiles que, dotados a un cuerpo de bomberos, harían que este llenase con éxito su cometido."

El llamado del coronel Muró tuvo éxito, constituyéndose una comisión que integraron el expresado militar como Presidente; Vice, don Francisco Gomez; Tesorero, don Pedro Etchegaray; Secretario, don José C. Morera; y Vocales los señores José Montero Wentises, José Luis Misaglla, Escribano Venancio Ruiz, Pablo Mañé, José Bonavia y Juan Comas.

Como resultado de las gestiones de la comisión, se adquirieron los útiles

ron a la policía representada en el caso por los señores Closimbo Baciagaluz y Eleuterio E. Cazal, el 14 de Abril de 1888, los materiales que sirvieron para el novel Cuerpo de Bomberos y que se encontraban depositados en el Regimiento de Artillería No. 1.

La ecuanimidad de don Salvador Tajés, hizo que la superioridad confirmara la jefatura del Cuerpo de los Bomberos, con un plantel de treinta y cinco hombres, a don Pablo Bañales, quien tanto se había distinguido en todos los siniestros y que con el correr de los años habría de llegar al grado de coronel.

Todos recordamos los apremios en que se veía el veterano jefe de bomberos, cuando años más tarde, con sus escasos y maltrechos elementos de acción suplía con su valor y la tenacidad de sus subordinados y que él tan bien les había inculcado, los escapes de agua, que a chorros, salían por los innumerables agujeros de aquellas mangas que, por veteranas, protestaban así de sus ya dilatadísimos servicios.

La farola del Cerro

El funcionamiento del faro que desde la cumbre del Cerro sirve de guía a la navegación, data desde el año 1804, sin que ello no quiera decir que su luminosidad haya sufrido intermitencias como ocurrió en 1843, a poco de iniciarse la Guerra Grande en que, la escuadra argentina al mando del almirante Brown que bloqueaba el puerto, la destrozó a cañonazos.

Y ya que hablamos de la farola justo es que hablemos sintéticamente siquiera de la fortaleza que la soporta.

En el año 1753, el Gobierno Español dispuso la construcción del expresado recinto, como así también del que se conoce con la deno-

minación de Fortaleza de Santa Teresa, del Departamento de Rocha, votando para los expresados fines la suma de \$2.500.000.00 cuya suma debía proporcionarla el Perú. Como la cantidad expresada no alcanzó para cubrir los gastos, las construcciones que nos ocupan no fueron terminadas en la forma que determinaban los proyectos respectivos.

Como datos complementarios añadiremos que durante el año de 1853 la Fortaleza sirvió como lazareto; y que la fundación de la Villa del Cerro, data desde 1834.

Algo más sobre los bomberos

En las últimas "Crónicas de antaño" aparecidas en nuestro suplemento y a raíz de historiar la creación del Cuerpo de Bomberos en Montevideo, dijimos, ateniéndonos a los datos que nos proporcionaran que el extinto coronel Pablo Bañales, que por espacio de tantos años fué digno jefe de aquel cuerpo, comenzó su carrera como bombero, cuando aún no estaba constituido aquel cuerpo, ocupando a la vez el cargo de conserje del antiguo Cabildo.

Con informes más precisos, afirmamos hoy que don Pablo Bañales nunca desempeñó aquellas funciones, habiendo ingresado en 1878 a la Administración Pública como simple bombero, en el destacamento que mandaba en ese entonces, con el título de encargado de las bombas, don José Reynés, durante el gobierno de Latorre.

Poco tiempo después el señor Bañales pasó a ocupar el puesto de don José Reynés, y fué desempeñando el mismo que el general Salvador Tajés, jefe político de Montevideo en 1888, lo llevó a la jefatura del Cuerpo de Bomberos, en atención a sus méritos excepcionales, al crearse este cuerpo.

LA VIBORA DE LA CRUZ (LEYENDA INDIGENA).

—Cuála es la víbura mas ponzoñosa, tata?

—La crucera, m'hijo, la crucera

—¿La de la cruz?

—La mesma.

—Algunos dicen que es la del cascabel...

—Los que no están bien enteraos de estas cosas.

—¿Y porque es más peligrosa la de la cruz?

—Porque dimana del cristiano.

—Cómo?... ¿Del cristiano, tata?

—¡Dejuro! ¡Del cristiano, nomás!...

—¿A ver?... ¡Cuenta, tata, cuente, que ha de estar güena esa historia!...

Y el viejo abuelo, después que hubo picado naco sobre la palma de una de sus manos y de estirar con el lomo de su enorme cuchilla la hoja de chala para liar grueso cigarro que encendió tomando del fogón una brasa de espinillo, empezó así sus dichos:

—Había una vez...

—Pero... ¿es cuento ú historia, tata?

—Lo mesmo dá. Es cuento y es historia. Es algo así como pan con grasa. ¿Te gusta el pan con grasa, borrego?, — añadió el viejo socarronamente, después que hubo aspirado verdadera nube de humo de su tabaco de picadura y al que daba escape a grandes bocanadas por entre las marañas de su barba hirsuta y poblada.

Güeno; — entonce no me interrumpas, porque de nó, siento el garrón del converso y te quedás sin el cuento y sin la historia... ¡Diablo 'e muchachos, estos, que siempre han de estar escupiendo al asao!

--Ta bien, tata, comience...

—Escuchá, pues. Cuando este país era tuito campo abierto y que, casi, casi, lo mandaban los indios, porque ellos eran los mas, unos flaires a quienes tildaban de jesuitas y que enseñaban a los infieles a ser cristianos, se establecieron en una tolдерía, en cierto paraje de allá po el Norte, por las Misiones Orientales, que ricien las había conquistao pa la Patria el general don Frutos y en donde aquellos, formaron una gran estancia y una iscuela...

—¿Y iglesia, tata?

—Y onde has visto, vos, — gu-rí, — flaires sin iglesias?

—Como usté no las mentaba...

—Güeno; callate, porque si no es pa pior. Al prencipio, la iglesia jué un rancho; y las dos campanas que tenía pá llamar a misa a la indiada, colgaban de unas crucetas de ñandubay, por falta de michinal que las aguantara, — mesmamente al frente de la dentrada al rancho.

Los flaires, pa tener contenta a la indiada, hacían de cuando en vez unas fiestas llamadas tupambays y á las cuales solían concurrir también indios de otras layas, — ¿'entendés, borrego?, — indios de otras tribus, — y que entoavía no habían dentrao del todo por la cevelización, — cuyas fiestas eran de comilonas a base de asaos con cuero, con la ñapa de domas de potros, corridas de sortijas, bailes y algún poco de chupandina, porque has de saber m'hijo, que los indios eran también muy afetos al trago...

En cierta riunión de estas, se había allegao también una india joven y linda como una flor, a quien por eso mesmo llamaban "Sol del amanecer". Esta doncella se diferenciaba de las otras por su firme voluntad de no querer participar en las danzas y en no atender tampoco a

las tendidas de alas de naidas. Parecía como si juyera de miedo a que le empañasen con el contacto, el espejo de su hermosura, en el cual solo podían mirarse los mancebos dende lejitos y las mojaras cuando ella se arrimaba a la playa a arrancar flores de camalotes...

Entre los muchos aspirantes a la mano de "Sol del amanecer", figuraba el hijo del cacique del pago, doncel que por mas esfuerzos que hizo en el sentido de despertar las simpatías de su adorado tormento, en jamás pudo conseguir de ella ni la más mínima esperanza de correspondencia.

Y, naturalmente; — cuando la india pasaba po al lado de los grupos que formaban los hombres, se levantaba entre los mismos murmullos de admiración, de respeto... y de codicia.

Tuitos ellos, tocados po ese mosquito zumbador que se llama amor, aspiraban a una sonrisa de la desdenosa india, que importara una promesa de un "pior es nada", por lo menos, una simpatía, una esperanza o una achura de querer...

— Parece mentira, dijo uno de los indios del grupo, que "Sol del Amanecer" no haiga encontrao entovía al hombre que le guste.

— ¡El qué... ?, — respondió con sorna nacida en un fondo de despecho, el hijo del cacique.

— ¡Cómo!!!... ¿Acaso tú?.....

— ¿Y porque no? He agenciao algo mas que sus sonrisas.

¡Sus favores!

... ..

Y dende ese momento, quedó manchada infamemente la honra de la doncella, por la mala lengua de un despechado, — prosiguió diciendolo el viejo, — mientras que con el índice de su diestra, trazaba marcas y mas marcas, sobre el rescoldo del fogón.

— ¿Y los indios, tata, hablaban ansina en cristiano? requirió el chico con aire pensativo.

— No, muchacho; — eran bastante bozalones p'hablar. La mitad la champurreaban arrevesaos como en vasco; y la otra mitá, como en indio. Pero... como yo no soy ni vasco ni indio, te cuento la historia

en cristiano pa que la comprendás mejor. ¿M'entendés?

— ¡Ah!!

— Güeno; meto lerna y corro tiento. La calunia se jué esparrando de toldería en toldería; y su ponzoña, llegó a incarse como espina 'e coronilla, muy hondamente en el corazón de la pobre india, quien, desesperada invocaba a sus dioses, al "Tupá" de su raza y al "Mandejara" de los cristianos, para que castigaran a su difamador, que tan bien servía a "Añá"...

— ¿Y quién era "Añá", tatita?

— El diablo de los indios, muchacho. El mesmo mandinga de los cristianos.

Tan grande jué el fervor de sus rezos, tantas fueron sus imploraciones a Diós y a las estrellas, que la cosa empezó a meter mucha bulla entre la indiada; — y el caluniador, superstisioso como güen indio, cayó gravemente enfermo, como si mesmamente lo estuviera del "daño" y sin que fueran bastante para devolverle la salud, los sortilegios de los adivinos de la tribu...

Alguno habló entonce, de llamar a un flaire. Colijo, — dijo — que el rostro pálido pueda salvarlo.

Hay que llamar al "pahí" dijeron los indios.

Y jué el flaire y vido al enfermo que estaba tendido sobre unos cueros de venaos, con los ojos sumidos como boyas, po allá dentro, cerca de la nuca, de tanta fiebre que tenía.

— ¿Es cierto, le preguntó el flaire, que tu juiste amante de "Sol del Amanecer"?

— Nderereí, pahí...

— No, ché. A mi haorame en cristiano como yo t'hablo y como vos sabés hacerlo tamién...

— Digo que es mentira, padre.

— ¡Ah!... ¿y pa que mentiste, entonce? ¿No sabés que eso es un pecao mortal? ¿Porque le levantas-te ese falso a la muchacha?

— Porque ella no me hacía caso...

— ¿Y querés curarte?

— Sí, pahí.

— Padre, ché...

— Sí, padre.

— Güeno, yo t'viá curá. Vos, por tu lengua ponzoñosa tenés al diablo

metido entre el cuerpo y hay que sacártelo aunque sea a la fuerza. Estás dominao por tu "Añá". Levantate y te venís conmigo a la iglesia, aurita mesmo.

Y allá se fueron los dos, a eso del medio día.

Ya en la iglesia el flaire agarró del único altar que había, una vela muy larga y dándosela al indio después que le prendió juego al pabilo le dijo:

—Tomá esta ve'la pa que, arrodillado y rezando sin pararte padres nuestros y aves marías, la sostengás, hasta que se consuma del todo. Si te llegás a dormir, o se te apaga, o se te cai, tendrás un castigo terrible de Dios. Pa que te desempeñes mejor, naidés, dentrará á la iglesia y así no te distrairás en tus oraciones. Ansina lavarás tu pecado... Ya sabés, indio: ¡No te durmáis!!...

Y dicho esto, salió el flaire pa su ranchito que tenía al ladito del templo.

... ..

Cuando las barras de un nuevo día ponían en movimiento a los pájaros del monte, que, entre canto y canto se espulgaban el plumaje para estar güenos mozos; y cuando las fieras, después de una noche de recorridas en busca de sus alimentos, ganaban sus guaridas, se sintió de pronto que las campanas de la iglesia, — sin que naidés la tocara — doblaban a muerto.

La indiada toda empezó a salir de sus toldos y de sus chozas, pa enterarse de quien era el finao...

—¿Y el flaire, tata? preguntó ansioso el nietecillo.

—El flaire que ya se había maliciado lo sucedido, marchaba en punta rumbo a la iglesia llevando en la mano un santo cristo y seguido por una montonera de indios; — y cuando ya iba a abrir la puerta dándose güelta, les dijo:

—¡Qué ninguno dentre, porque

aquí ha de haber ocurrido algo muy juerte. Las campanas siguen doblando entoavía.

Y cuando abrió la puerta, — prosiguió contando a su nieto el viejo abuelo, — a que no sabés lo que se vido, gurí?

—El indio incao, entoavía.

—No; pior.

—Dijuntiao.

—No; más pior que eso.

—No adivino, tata, no adivino. Diga Vd. tatita.

Tamañaza vibura e'la cruz que como rabiosa se arrastraba p'arriba y p'abajo po el piso e'tierra... El indio, ché, que a la fija se durmió y dejó caer la vela, recibió el castigo e'Dios.

Tal jué la primer víbura de esa laya que hubo en el mundo entero. Y el flaire cuando la vido, haciéndole la señal de la cruz, le dijo en indio pa que lo entendiera mejor.

—Hreicó, vaerá, esterorupí ha cerranía, apuiterupí hrerajá vaerá curuzú señal!!

—¿Que quiere decir eso, tata?

—Andarás por bañados y por cerrros, entre la peor sabandija y llevarás la señal de la cruz.

Y la vibura ché, ni bien le abrieron cancha, juyó como un rejucilo campo ajüera pa entreverarse con los demás bichos ruines que poblaban los campos solitarios, llevando sobre su cabeza, pa mayor castigo, y pa escarmiento e'la indiada, la señal de que había sido cristiano...

—¿Y la india, tata?

—¿Cuala, ché...?

—“Sol del Amanecer”

—La pobrecita que se había arri-mao también a curiosear y cuando vido salir al indio convertido en víbura, cayendo de rodillas y elevando los ojos al cielo, exclamó con el alma rebosando fé.

—¡Ché tupasimí!!! Lo que en güen cristiano quiere decir:

¡Virgencita mía!!...

MONTEVIDEO EN GESTACION

EN CONDICIONES DE DEFENSA — LOS PRIMEROS POBLADORES
— LOS DIAS DE HOLGANZA — EL PRIMER CENSO — PRI-
MERAS AUTORIDADES — LA EDIFICACION — IGLE-
SIA MATRIZ — PRIMERA NOMENCLATURA.

En condiciones de defensa

Don Bruno Mauricio de Zabala se hizo cargo del gobierno del Río de la Plata el 11 de Julio de 1717, y años más tarde, esto es, el 24 de Diciembre de 1726, fundaba la ciudad de Montevideo.

El 11 de Octubre de 1716, el rey de España dispuso, aunque sin resultado práctico, porque no se contaba con recursos para ello, que el gobernador del Río de la Plata, a la sazón don Baltasar García Ros procediera a fortificar "los puntos" de Montevideo y Maldonado, con el fin de evitar que ellos cayeran en manos de los portugueses, que tanto condecían estas costas.

Y fué así, como años más tarde, antes de que se procediera a la delineación de la ciudad, se iniciara el 23 de Febrero de 1724 la construcción del Fuerte San José, con mil indios misioneros que se trajeron a Montevideo para la ejecución de las obras de defensa, de las que sólo quedan hoy recuerdos y alguno que otro vestigio.

El 2 de Abril de 1797 fué bautizado el fuerte que nos ocupa con el nombre de "Reducto de Punta del Oeste", quedando defendido por diez cañones y ciento diez hombres que mandaba don Francisco Antonio de Lemus.

Los primeros pobladores

El primer poblador oficial que tuvo Montevideo, fué don Jorge Burgués, con cinco miembros de su familia, allá por 1724, quien levantó una casa con paredes de piedra

y techos de tejas, que le fueron traídas las últimas desde Santa Fe. El heroico don Jorge, ya que heroico tenía que ser por fuerza para servir de tentación a los malones de la indiana, formó una huerta contigua a la finca, cuyo predio resguardaban varios árboles.

Puede decirse, pues, que don Jorge Burgués fué también el primer chacarero del Uruguay.

Más tarde aumentaron el contingente de pobladores las familias de Sebastián Carrasco, Bernardo Gaitán, José Gómez de Melo, Juan Antonio Artigas (abuelo del libertador), Juan Bautista Callo y Jerónimo Pistolete.

Otro nuevo contingente de pobladores nos llegó el 19 de Noviembre de 1726, a bordo del barco "Nuestra Señora de la Encina", procedente de las Islas Canarias, con trece familias que en total sumaban ciento seis personas, enviadas por Alzibar y que, por cierto, constituían un buen refuerzo para la localidad.

Poco tiempo después, el 24 de Diciembre del mismo año, el capitán don Pedro Millán, por orden de Zabala, procedió a señalar la jurisdicción de Montevideo y al reparto de tierras a los pobladores.

Los días de holganza

Muy al contrario de lo que ocurre hoy, que disfrutamos hasta de semanas enteras de descanso impuestas por el calendario oficial, se establecieron en los días de la fundación de esta capital, como "fiestas de guardar", — vale decir: de holganza, — aparte de los consagrados domingos, — estas tres ún!

cas y por entonces grandes fechas:
La de San Felipe y Santiago.
La Concepción de Nuestra Señora y la de San Sebastián

El primer censo

En Diciembre de 1728 se levantó el primer censo de Montevideo, que arrojó la cantidad de ciento setenta pobladores del sexo masculino.

El documento que tenemos a la vista no nos dice nada respecto al número de habitantes del bello sexo; pero con toda seguridad puede afirmarse, que la población total de la Capital, no llegaría por entonces ni con mucho, al medio millar de almas.

Autoridades

No obstante el escaso número de pobladores, Zabala dispuso que el 1.º de Enero de 1730 se eligiera en Montevideo, Cabildo, Justicia y Regimiento, por elección popular; y esto sí, lo afirmamos: no hubieron “gatos” en el acto electoral, porque los electores eran pocos y se conocían.

He aquí ahora, el resultado de la primera elección que tuvo Montevideo, cuyo acto lo presenció el propio Zabala:

Don José Vera Perdomo, para Alcalde de Primer Voto y Juez putativo de naturales.

Don José Fernández, para Alcalde de Segundo Voto y Juez de Menores.

Don Cristóbal C. Herrera, para Alguacil Mayor y defensor de menores.

Don Juan Camejo Soto, para Alférez Real.

Don Bernardo Gaitán para Alcalde Provincial.

Don Isidoro Pérez Roja, para Regidor fiel ejecutor.

Don Jorge Burgués, para Regidor y depositario general.

Don José Gómez de Melo, para Procurador General de la Ciudad.

Don Juan A. Artigas, para Alcalde de la Santa Hermandad.

Habiendo Rojas renunciado el cargo, fué encargado de desempeñar las funciones de fiel ejecutor, don José Gómez de Melo.

Como “Cura de Almas” fué

nombrado el sacerdote don Nicolás Barrales; y para su sostenimiento, los vecinos se comprometieron formalmente a contribuir cada uno de ellos, con la suma de doce reales.

Edificación

Por entonces Montevideo no contaba nada más que con tres o cuatro casas de un sólo piso, de ladrillo y piedra; y unas cincuenta o sesenta chozas formadas con cueros de vacunos, que por entonces no valían nada. Hacían las veces de albañiles, indios misioneros que habían sido adiestrados a tales efectos, por los jesuitas.

Iglesia Matriz

La primitiva iglesia Matriz que, como lo hemos dicho en el primer tomo de “Recuerdos y Crónicas de Antaño”, se levantó en la esquina que forman las calles Ituzaingó y Rincón, — costado Norte de la Plaza — tuvo su origen en una reunión de vecinos, celebrada el 3 de Febrero de 1730, en cuyo acto se convino, que para la realización de la obra, trabajarían los mismos personalmente, por turnos de veinte, a razón de ocho días por turno.

Y como si eso no fuera bastante, dos años más tarde, ante la demostra que se observaba para la terminación de la obra, resolvieron los miembros de la expresada comisión contribuir con la suma de diez pesos cada uno.

La terminación del templo cuya construcción se paralizó hasta 1738 se llevó a término, gracias a la generosidad de don Francisco de Alzaibar, en 1739. Tantos esfuerzos y desvelos de los primeros pobladores se perdieron con el derrumbe del templo cuarenta años más tarde, — el 12 de Junio de 1788.

Dos años después, en Noviembre de 1790 se colocó la piedra fundamental del nuevo templo, sobre la misma calle de Ituzaingó, que ya se llamaba de la Iglesia y, —precisamente— en la esquina opuesta con la que había ocurrido la desgracia, — lugar ocupado por la actual Matriz. La piedra fundamental fué colocada en la esquina Sur

Oeste del solar, a "tres varas de profundidad" y con los ceremoniales que son de práctica en estos casos.

Conviene destacar, que mientras no se habilitó la primera Matriz la población concurría a la capilla llamada de los jesuitas, que funcionaba en el Fuerte, con paredes de paja y techos de cuero, erigida para que allí oyéran las prácticas religiosas los indios misioneros que habían sido traídos a Montevideo, para que trabajaran en las obras de defensa de la ciudad.

Que nuestros mayores sabían hacer muy bien las cosas, lo demuestran en forma indiscutible, las hermosas reliquias que nos legaron, de la Matriz y del Cabildo; — y si a ello agregamos que ya en 1818, se llevó la campana para el reloj público, nuestra afirmación no podrá ser puesta en tela de juicio.

Esa campana procedía del Convenio de San Francisco, que como lo hemos dicho en otras oportunidades, estaba edificado en el terreno en donde hoy se levanta la Bolsa de Comercio (Zabala y Piedras).

El reloj, lo donó el Cabildo

Nomenclatura

La vieja nomenclatura que se conoce generalmente, es la que lleva nombres de santos, que nosotros

hicimos conocer en el primer tomo de "Recuerdos y crónicas de Antaño" y que en realidad fué la segunda que tuvo Montevideo, pues, el 31 de Mayo de 1730 el Cabildo decidió llamar a las calles de la incipiente ciudad con los siguientes nombres, — aunque no se colocaron las chapas indicadoras.

Calle de la Frontera, a la actual Piedras y que anteriormente era San Miguel.

De la Fuente, a Cerrito, antes San Luis.

De la Cruz, a 25 de Mayo, antes San Pedro.

Real, a Rincón, antes San Gabriel.

De la Carrera, a Sarandí, antes San Carlos.

Del Piquete, a Buenos Aires, antes San Sebastián.

De Afuera, a Reconquista, antes San Ramón.

De Calló, a Zabala, antes San Francisco.

De Traviesa, a Misiones, antes San Felipe.

De Puesto Chico a Treinta y Tres.

De la Iglesia, a Ituzaingó, antes San Juan.

Del Cementerio, a Juan Carlos Gómez, antes San Fernando y más tarde Cámaras.

Entera, a Bartolomé Mitre, antes San Telmo y más tarde Cerro.

Y Media Calle a la de Juncal.

DEL MONTEVIDEO ANTIGUO

En guerra con los indios

Los indios se venían hasta las mismas puertas de Montevideo; y muchos de ellos, sometidos a la civilización realizaban sus operaciones de compra y venta dentro de los muros de la ciudad. Ellos adquirían armas, pólvora y bebidas; y daban en cambio cueros de tigre, de vacuno, etc. etc.

Cierto día del año 1731, el vecino don Domingo Martínez tuvo una cuestión enojosa con un indio miniano en las afueras de la pobla-

ción, en cuya incidencia, que se solucionó con las armas en la mano, tocó perder la vida al nativo.

La indiada tomando por la tremenda esa cuestión personal, se sublevó; y recorriendo la campaña en son de guerra, en número de quinientos hombres armados a lanza y flechas, cometió todo género de devastaciones.

Ante tales desmanes que amenazaban llegar hasta la propia población de Montevideo si se dejaba a la

"chusma", que así se llamaba a la indiada, en completa libertad de acción, se resolvió organizar unas fuerzas de trescientos cuarenta plazas, confiándose el mando al capitán don José Romero, cuyo contingente armado fué despedido por los pobladores, con marcadas demostraciones afectivas.

No muy lejos de Montevideo, los minuanos esperaron a las fuerzas españolas; y tras reñido combate,

tuvieron aquellos que retirarse, pero no sin antes haber quitado la caballada que llevaba de reserva el capitán Romero.

Tal estado de cosas prosiguió hasta Febrero de 1732, en que, los jesuitas, quienes ejercían gran influencia entre la indiada, ajustaron las condiciones de paz, que signó en Montevideo, en representación de los nativos, el cacique Tacú.

La vieja Ciudadela

En los tomos primero y segundo de "Recuerdos y Crónicas de Antaño", nos hemos referido a la Ciudadela, cuya línea se levantaba en la calle que hoy lleva el mismo nombre, como recuerdo de la obra de defensa que nos legaron los españoles: pero, en aquellas mismas oportunidades omitimos algunos datos que hoy complementamos.

Tales trabajos se iniciaron en 1742, en cuyo mismo año se colocó la piedra fundamental, que bendijo con el ceremonial de costumbre. Fray Gabriel Cordobés.

No obstante el número considerable para entonces, de obreros, en su casi totalidad indios reducidos que

se emplearon, la obra no pudo terminarse hasta 1783.

En 1833 se inició la demolición del paredón, que iba cayendo con intermitencias más o menos largas de tiempo, hasta que, en 1879, durante el gobierno de Latorre, se demolió de una vez por todas y en nombre de la civilización, el nervio vital de aquella fortaleza, que lo constituía la edificación que abarcaba la parte Sur de lo que es hoy Plaza Independencia, desde Ciudadela hasta Juncal; y que, después de haber servido para los hombres de armas llevar, dió albergue como mercado público, a vácíficos comerciantes.

Punta Carreta, trágica

La pintoresca Punta Carreta, tan favorecida por las sociedades recreativas de la Capital, que encuentran en aquellos parajes tan llenos de encantos, un palmo de tierra en donde levantar un gran edificio o un modesto rancho para albergar fraternalmente a sus asociados en días de holgorio, si nos remontamos a las épocas del coloniaje, nos brinda su nota trágica.

En efecto: el general don José Andonaegui que había sido nombrado gobernador del Río de la Plata, casi pierde la vida a la altu-

ra de Punta Carreta.

El barco que lo traía de España, sorprendido por un violento temporal, dió contra las rocas de la costa, naufragando; y solo salvaron sus vidas en ese siniestro, el expresado militar, su familia y sus criados, tripulando una lancha.

Lo que quiere decir, que la oficialidad y la tripulación de a bordo llevaron la disciplina del deber al grado máximo,—al sacrificio, o qué don José, y los suyos, "no perdieron el tiempo en cumplidos de "pase usted primero"

Orígenes del Cordón y La Aguada

Habiendo prohibido el Gobernador de Montevideo, que se edificara en las proximidades de la Ciudadela determinando la distancia que debía separar a las poblaciones de los muros, para la mejor defensa de la plaza; y dispuesto así mismo que se demolieran las construcciones ya levantadas que no se encontraran en tales condiciones, empezaron a construirse paulatinamente viviendas en los barrios que hoy llevan los nombres de El Cordón y "La Aguada"

El primero tomó su nombre, por-

qué se inició en la franja de terreno o "cordón" como se llamaba entonces y que determinaba el límite de la prohibición a que nos hemos referido.

En cuanto a "La Aguada" ya lo hemos dicho en el primer tomo de Recuerdos y Crónicas de Antaño, tomó su nombre, porque de los manantiales existentes allí y que se llamaban "Pozos del Rey" no solamente se traía el agua para el consumo de los habitantes de Montevideo, sino que también se proveían de ella los buques que nos visitaban.

Paso del Molino

Fácil es adivinar el origen del nombre de la localidad "Paso del Molino"; pero ello no obstante, nosotros lo relataremos en breves líneas para quienes no estén mayormente enterados de las cosas de nuestra tierra.

En 1751, los padres jesuitas construyeron un molino de agua, y más

tarde otro en las proximidades de Montevideo y sobre un paso del arroyo Miguelete, para la elaboración de la harina de trigo; y ello dió lugar a que, cuando alguien quería referirse a aquel paraje, le llamara "Paso del Molino" con el cual pasó a la posteridad.

El Buceo

Allá, por Julio de 1752, el barco español "Nuestra Señora de la Luz" que se dirigía a España con un considerable cargamento de productos del país y de plata en barras, naufragó a la altura de Punta Gorda después de haber dado con su casco en la isla rocosa de esas inmediaciones y a la cual se le bautizó desde entonces con el nombre de La Luz, no obstante lo cual es más conocida en la actualidad, con el nombre de Isla de las Gaviotas.

La violencia de la tempestad que sorprendió al barco, hizo que no salvara ni uno solo de los tripulantes, que perecieron ahogados en número de ciento cincuenta y tres.

Es natural que vueltas a la normalidad las aguas del estuario y en

mérito a la importancia de la pérdida y a la proximidad del paraje en donde había acaecido la catástrofe, se tratara por las autoridades de rescatar, si no todo, por lo menos parte del valiosísimo cargamento que transportaba "Nuestra Señora de la Luz", que se evaluaba en dos o tres millones de pesos fuertes; y entendiéndolo así el Gobernador de Viana dispuso que se practicaran trabajos de buceo, gracias a los cuales pudo rescatarse una buena parte de las barras de plata. Desde entonces y debido a tales operaciones, dió en llamarse a la costa que viene a quedar en frente a las rocas que provocaran el siniestro "El Buceo".

Pocos días después de ocurrido el naufragio, el oleaje y las corrientes empezaron a arrojar a la playa, parte de la mercadería y enseres que guardaba dentro de sus bodegas el barco hundido, con el consiguiente contento de los “piratas” de tierra, que ponían a buen recaudo y en provecho propio, los objetos que atrapaban.

Tal conducta del vecindario, determinó a fray Bernardo Medina, del Convento de San Francisco, a lanzar “la excomunión mayor” contra quienes se apropiaran de los objetos de “Nuestra señora de la Luz”, que el mar arrojara sobre la playa; y los antecedentes que hemos tenido a la vista, nada dicen si el úkase franciscano dió los resultados apetecidos.

Lo que sí, podemos afirmar es que, ciento setenta años más tarde, unos pescadores que levantaban sus redes en las proximidades de la Is-

la de las Gaviotas, las encontraron cierto día extraordinariamente pesadas; y que al izarlas cuidadosamente a la superficie de las aguas, no encontraron peces solamente, sino que también un cañón de bronce, que cayó nuevamente al fondo del mar, en el momento que lo tocaban con las manos, arma que con toda seguridad formaba parte integrante de “Nuestra Señora de la Luz”

Esta novedad estimuló la codicia de los pescadores quienes desde tiempo inmemorial y entre “calada y calada” de sus operaciones de pesca vienen realizando infructuosamente o poco menos, trabajos de buceo y de arrastres, con los codiciados lingotes, puesto que, — la pescada de’ cañoncito, — fué dato confirmativo de que lo del naufragio y lo de las riquezas enterradas en el mar no son cuentos de las Mil y una Noches...

Una silueta de Zabala

Mucho se ha escrito sobre don Bruno Mauricio de Zabala presentándonoslo bajo la faz de fundador de Montevideo y en sus aspectos administrativos.

Un religioso, el padre Cattaneo, que trató a aquel ilustre español, hizo de él la siguiente semblanza: “Este es un arrogante caballero, que, llamado don Bruno Mauricio de Zabala, es alto, proporcionado y con una presencia magestuosa de príncipe. Solo que le falta la mitad del brazo derecho que perdió en una batalla en España, durante la última guerra, habiendo sido remunerado por el Rey de sus muchos servicios, no sólo con el gobierno de Buenos Aires, sino también con el título de Capitán General de toda

la provincia llamada del Río de la Plata, a quien están sujetos los otros gobernadores de las ciudades que en ella se cuentan. Tal falta sin embargo no ocasiona deformidad en él, sino que más pronto y más fácilmente le concilia estimación, por ser un testimonio auténtico de su valor. Por no andar manco, ha suplido dicho defecto con otro medio brazo y mano de plata que lleva generalmente pendiente del cuello.”

Los presumidos, pues, no son de reciente data. Don Bruno Mauricio de Zabala, todo un tipo superior, quería disimular un defecto glorioso, que otro hombre, — no tan ilustre, — tuviera a gala ostentarlo.

El Fandango

Allá por el año 1743, había, como los hay hoy también, bailes que merecieran la desaprobación eclesiástica; y prue-

ba de ello nos lo dá un decreto del Obispo del Río de la Plata, don Juan José Peralta, fechado el 10 de Julio del expresado año, prohibien-

do bajo la pena de "excomuni6n mayor lata sententia", el baile llamado fandango, el cual, fuera de toda duda, habrfa llegado al colmo del ap6geo, cuando la Iglesia le puso tan abiertamente la proa.

Si el bueno del Obispo Peralta hubiese visto los bailes de hoy, no una, sino una andanada de excomuniones mayores y menores habrfa lanzado a los cuatro vientos cardinales, porque despu6s de todo, el fandango, al igual de la jota, era

de bailarse sueltas las parejas, pero eso s6, levantando bien alto las piernas, mientras que en los bailes modernos, tanto el hombre como la mujer, se ci6en en un fuerte abrazo, y aquellas no levantan sus extremidades inferiores porque las escasas dimensiones de las polleras se las hace lucir pr6digamente, sintener que hacer la gimnasfa que exigfa el fandango, que era bailado anta6o, por las clases populares.

El Rap6

Entre nuestros abuelos estaba muy desarrollado el uso del rap6, y era entonces de muy buen tono, sacar en cualquier reuni6n de una de las faltriqueras del levit6n, la cajita que encerraba el cosquilleante polvillo, para sorber "una buena narigada".

Habfan cajas para guardar rap6, que eran primorosas filigranas, verdaderas obras de arte, ya en placarey, n6car, etc., etc., con incrustaciones de piedras preciosas o con dibujos de pintura realizados por artfices de renombre y que sus propietarios se enorgullecfan cuando se les presentaba la ocasi6n de sacarlas a luz ante un auditorio dispuesto siempre a admirarlas y a hacer el cumplido elogio de las mismas. El ofrecimiento de rap6, iba seguido de una inclinaci6n de bustos y gentiles ademanes, por obsequiante y obsequiado.

Si vuestra merced gusta servirse de una narigadita...

—Con mil amores, se6or mfo.

Y era entonces cuando, el favorecido introduciendo el 6ndice y el pulgar de su diestra mano dentro de la jova, retiraba esos dos dedos con lo que se llamaba "una nariga-

ditada de rap6", cuyos polvillos pasaban enseguida a tomar posesi6n de las fosas nasales, con ligeros restregamientos en la punta de la nariz.

Al cabo de pocos segundos, las pituitarias congestionadas por el polvo de tabaco, — que no otra cosa es el rap6 — provocaban los estornudos, indispensables decfan, para conservarse bien de salud.

--¡Atchfs!!!! ¡Atchfs!...

—¡Salud... y pesetas! ¡Por muchos a6os...!

—Gracias, infinitas gracias. Lo mismo deseo para usted y los suyos. Y los grandes pa6uelos de mil colores y floreados, salfan de lo m6s hondo de las faltriqueras, para reparar cualquier inconveniencia que hubiera podido producir el estornudo.

Como dato final de esta brevfsima nota, diremos que, gracias a gestiones del gobernador, general don Jos6 de Andonaegui, de quien nos hemos ocupado en cap6tulos anteriores, venfa cada dos a6os de "las Espa6as", un barco con veinte mil libras de rap6 que se repartfan equitativamente entre Buenos Aires, Montevideo, Asunci6n del Paraguay y Tucum6n.

Los primeros jueces de campaa

Asf que la zona Sur de la campaa de la provincia Oriental cont6 con un regular n6mero de habitantes, el gobernador de Montevideo, don Joaqufn de Viana nombr6 jue-

ces comisionados para velar, cuidar, y administrar justicia en campaa a los siguientes vecinos de los lugares en donde, los mismos, ejercerfan sus funciones.

Don Juan Burgués, en el Miguelete; don Lorenzo del Valle, para Las Piedras y El Colorado; don Roberto Calleros, para el pago de Canelones y Santa Lucía al Sur; don Juan Angel de Llanos, para la costa del Santa Lucía Chico, Pintado y Arroyo de la Virgen; don Juan

de la Cruz, para el pago de Carreta Quemada, Chamizo y San José; don Pedro Garrido, para los arroyos de Sierra y de Toledo; don Antonio de la Torre, para el pago del Sauce, Solís y Pando; don Juan de Peña, para el Tala y Santa Lucía arriba.

Grajea antigua

En Diciembre de 1781, la población de Montevideo, alcanzaba a 6.466 habitantes.

En 1787 subió a 8.826 y en 1788 a 9.000 almas, sin estar comprendidos en este número, el personal de tropa y marinería. Tres años después, esto es, en 1790, Montevideo y su campaña contaban con 130 pulperías.

—La primer matanza de lobos que se hizo en el Uruguay, fué en 1782 y la realizaron vecinos de Maldonado. Se recogieron más de 2.000 cueros que se vendieron en Montevideo a real y a real y medio; y los barriles de grasa a precios que oscilaban de 32 a 48 reales.

Los resultados obtenidos en las faenas realizadas, determinaron al gobierno español a expedir una real cédula por la cual se autorizaba en estos mares la caza y pesca de ballenas, anfibios y peces. Y fué así como en 1790 se estableció en Maldonado una compañía inglesa con

el fin de explotar los productos que nos ocupan. En el expresado año de 1790, la empresa concesionaria exportó en dos buques consignados a España, 17.561 cueros de lobo, 3.602 bultos de grasa, 200 barbas de ballena y 32 cueros de león.

—Allá, por los años 1783-84, la campaña de este país mandaba anualmente a Montevideo, unos 200.000 cueros vacunos.

—El servicio postal entre Montevideo y Buenos Aires, data desde 1784, y en 1802 se mejoró “considerablemente” pues se contaba con dos faluchos y tres “místicos” que hacían la carrera semanal entre Buenos Aires y la Colonia.

—El primer cargamento de tasa-jo que se exportó para La Habana, se realizó en 1785, abordo del buque “Los Tres Reyes”, del cual era capitán y cargador a la vez, don Juan Ros.

La carga era de 106.000 kilos.

La primera medalla conmemorativa

La proclamación en Montevideo del Rey Carlos IV, dió lugar a que se acuñaran medallas de plata de 0.032 de diámetro y de 17 gramos de peso, que en una de sus caras ostentaba la siguiente leyenda: “Carolus IV Hisp. Et. Ind. Rex”, en el centro, y de frente, el busto laureado del monarca. En el rever-

so, lo siguiente: “Proclamatus In Montevideo, 1789”. En esta cara la medalla lucía un cerro, y sobre su sima, un castillo con tres torres. Al pié del cerro, el mar; y en una cinta, orlando la parte inferior la siguiente leyenda: “Castilla es mi corona”.

Psicología Gaucha

Nuestros gauchos siempre han tenido fama de despiertos y muy "ladinos", que así se denominaba a los más vivaces; pero fuera de toda duda, uno de los que más descolló por aquella cualidad y por su valor, en ambas márgenes del Río de la Plata, fué el caudillo riojano Facundo Quiroga, conocido también por el apodo del "Tigre de los Llanos", de sangrienta memoria y muerto a manos de los secuaces del tirano Rosas.

El gauchaje que seguía a Quiroga, sentía por él verdadera admiración, tanta, que se le miraba con supersticioso respeto, por su siempre bien probado valor, por su fortuna en las empresas en que se embarcaba y de las cuales salía generalmente con suerte, no obstante jugarse la vida en todos los momentos.

En cierta ocasión se había cometido un robo en uno de los regimientos que servían bajo las órdenes de Quiroga, sin que se pudiera dar con el ladrón. El caudillo se dispuso entonces a intervenir para el completo esclarecimiento del hecho delictuoso; y haciendo formar a la tropa, entregó a cada uno de los soldados una varita, todas del mismo tamaño, diciendo:

—Estas varitas que les entrego, me deben ser devueltas mañana a la diana, personalmente; y la de aquél que haya cometido el robo, aparecerá más larga.

Al otro día y a la hora determinada, formaron los soldados, quienes al desfilar frente al generalísimo, le iban haciendo entrega de las varitas que habían recibido en la tarde del día anterior. Cuando ya tocaba el turno a uno de los últimos milicos, apareció una varita más corta que todas las demás y fué entonces que Quiroga, en el colmo de la indignación gritó:

—¡Ah, hijo de una gran flau-

ta...!!! ¿Conque habías sido tú...?

¡A ver: cuatro tiradores para ajustarle las cuentas a este cachafaz!!!

Quiroga, excelente psicólogo y más gaucho que todos los gauchos que lo rodeaban, se barruntó que el ladrón, en el deseo de escapar a su penetración que casi todos tenían por sobrenatural, cortaría la varita, y fué pensándolo así, que recurrió a tan excelente estratagema.

Otra vez que habían robado una montura en el campamento, no se daba con el ladrón por más esfuerzos que se hacían en tal sentido.

Intervino Quiroga; y haciendo formar a sus soldados, dijo que él sabía quien era el autor del robo; y, parado, a pie firme, hizo desfilar por al lado suyo, a todo el regimiento, de a uno en fondo. De pronto abalanzándose sobre uno de los soldados a quien tomándolo del brazo sacó violentamente de la fila, le gritó:

—¡Has sido tú, sabandija...!!!
¿En dónde está la montura?

—Allí, señor, en aquel montecito...

—¡A ver, ayudante: cuatro tiradores...!!!

Aquí hacía algo parecido con sus soldados, el coronel Quijano, para descubrir a los ladrones; y es fama que rara vez erraba sus golpes.

Cierto día Quiroga interrogaba a un gaucho, respecto a un robo que se había cometido; y en el transcurso de la investigación, el interrogado, agachando la cabeza se puso a hacer marcas en el suelo, con el pie derecho.

—¡Ya me estás mintiendo, trompeta...!

¡Ayudante! ¡Hágale pegar cien azotes a este gaucho taimado!!!

Y cuando sacaron al reo para

aplicarle la azotaina, el "Tigre de los Llanos", dirigiéndose a un extraño que presenciaba el interrogatorio, le dijo:

—Vea, aparcero; cuando un gau-

cho al hablar, haga marquitas en el suelo con el pie, ¡es una fija! — le está mintiendo.

Los azotes dieron la razón al caudillo riojano.

La historia de la imprenta en la América Española

El honor de haber sido el país americano de habla española que tuvo la primera imprenta, corresponde a Méjico, que la introdujo en 1532.

El Perú la tuvo en 1584, gracias al editor don Antonio Ricardo.

Desde el año 1705 hasta 1727, los jesuitas que se habían instalado en Las Misiones publicaron sin que de ello tuvieran conocimiento las autoridades, diccionarios, gramáticas, catecismos, etc., etc., en idioma guaraní.

Los tipos de que se servían los jesuitas para las impresiones, eran confeccionados por ellos mismos, con estaño y madera dura, en planchas de cobre que grababan los indios guaraníes.

En la docta Córdoba, los jesuitas instalaron otra imprenta en el año 1766. Y en 1783, fué remitida a Buenos Aires, donde funcionó con la denominación de "Real Imprenta de Niños Expósitos".

La primera impresión que se hizo en Bogotá (Colombia) fué en 1791 representada por un periódico que se llamó "Periódico de Santa Fé", editado por don Manuel L. Rodríguez.

En 1747 se publicó por primera vez en Río Janeiro un trabajo que contenía la "Relación de la entrada que hizo el Obispo do Desterro Malheiro, escrita por el Juez Luís Antonio Rosado da Cunha.

Tuvo mala suerte esa imprenta, porque en ese mismo año, el gobierno portugués, que por entonces regía los destinos del Brasil, la mandó destruir.

Pero, en 1808, cuando llegó a Río, la familia real, que instaló allí su corte mientras no se arreglaban las cosas de Portugal, desbarajusta-

das por Napoleón, se empezó a publicar la "Gaceta de Río de Janeiro"; — y en la ciudad de Bahía otro periódico titulado "La edad de oro del Brasil".

Y toca finalmente el turno a Montevideo.

Cuando en Mayo de 1807 llegó a esta capital el teniente general Witelocke para asumir el mando del ejército inglés que ocupaba la plaza, se anunció por imprenta propia y mediante un prospecto, — que en breve aparecería en la ciudad, un periódico que llevaría por nombre "La Estrella del Sur", del que salió el primer número el 23 de Mayo del año expresado.

La "Estrella del Sur" que se escribía en inglés y en castellano, tuvo vida mientras los ingleses ocuparon la plaza.

La segunda imprenta que funcionó en Montevideo, fué regalada al Cabildo, en Julio de 1811, por la princesa Carlota Joaquina de Borbón, que se encontraba en Río Janeiro, — publicándose el periódico "La Gaceta", que redactaba Fray Cirilo Alameda.

El regalito de la princesa tenía sus bemoles, por cuanto siendo hermana de Felipe VII, prisionero de Napoleón, ella ambicionaba a heredar los dominios del monarca en desgracia, para cuya finalidad trabajaba con grandes entusiasmos, pues pensaba hacerse coronar reina del Río de la Plata, — propósitos que, aunque parezca increíble creerse, estimulaban en Buenos Aires algunos prohombres de la Revolución de Mayo.

El primer faro, — o mejor dicho, — la primera luz que se vió en el

El primer faro del Río de la Plata

El primer faro, — o mejor dicho, — la primera luz que se vió en el Río de la Plata como punto de referencia para los navegantes, fué una que alumbraba desde lo alto de uno de los mástiles de la que había sido fragata de guerra española "Loreto", anclada al lado mismo de la isla de Flores, en el año 1792 y que se había inutilizado para la navegación durante un gran temporal que, a mediados de Junio de 1791, azotó las costas de Montevideo, embicando frente al Fuerte de San José.

Restaurado el casco por el gobierno del Río de la Plata, pudo servir de pontón faro durante muchos años, prestando así invalorable servicios a la navegación.

El comienzo de las obras de construcción de la torre para la farola que se levanta en la mencionada isla, se remonta a 1819; — pero, a poco de haberse terminado con los cimientos, los trabajos, talvez por falta de recursos, fueron paralizados.

El 5 de julio de 1826 se llamó a licitación para la construcción de la torre, como así también de una casa para los guardianes, ganando el

remate que así se llamaba entonces a ese acto, don Ramón de Artagaveytia, quien ofreció realizar los trabajos mediante la suma de "cuarenta mil pesos de a ochenta centésimos".

Y el 22 de Febrero de 1828, ya terminadas las obras de albañilería y colocada la farola, volvió a llamarse a licitación para el funcionamiento de la misma, correspondiendo también esta vez el triunfo, al ya expresado señor Artagaveytia, quien se comprometió a ejecutar el servicio, a base de aceite, y por el término de tres años, mediante una retribución de "tres cientos veinte y nueve, pesos de a ochenta centésimos".

Como complemento de esta información diremos que para muchas personas la denominación de la Isla de Flores, respondió al hecho de rendir un homenaje recordatorio al general don Venancio Flores, — creencia equivocada, por cuanto tal denominación data desde el año 1527, en cuya fecha, al ser descubierta por Gaboto, la bautizó con el nombre de Flores, por ser en el día de Pascua Florida que la vieron los europeos por primera vez.

LOS PORTONES DE LA CIUDAD

El Montevideo actual, presenta una fisonomía completamente distinta al que nos ofrecía cien años atrás. Hoy la ciudad está abierta por mil parajes distintos y a todas las horas del día y de la noche.

En la época del coloniaje, expuesta a las sorpresas de los indios y de los portugueses, para quienes fué en todos los momentos presa deseada, el macizo de edificación, — la ciudad propiamente dicho — estaba circumscripta dentro

de los muros fortificados, cuyo límite al Sur era la calle Ciudadela y sólo se daba acceso a aquella, por los portones, armatostes de hierro, con un postigo practicado en una de sus hojas.

El Mayor de Plaza

El encargado de abrir las puertas era una autoridad denominada "Mayor de Plaza" que hacía las veces también de Capitán del Puerto.

Las disposiciones que regían para el manejo de los portones, eran extremadamente severas; y por nada y por nadie en el mundo, se abrían de noche. Así pues, quienes rezagados en el campo, llegaban después de las ocho de la noche a las ansiadas puertas para pasar a la ciudad, tenían que resignarse a pernoctar junto a las murallas hasta el amanecer, en cuya oportunidad, el disparo de un cañonazo, indicaba que podían abrirse los postigos de los dichos portones; — y cuando el sol ya estaba bien afuera, entonces sí, se abrían totalmente en cuya oportunidad hacían su paso los lecheros, panaderos, carniceros, vendedores de leña, etc., etc.

A disparo de cañón

Tanto la apertura como la clausura de las llamadas puertas de la ciudad se dirigían por cañonazos, después de cuyos estampidos, el Mayor de Plaza salía del Fuerte con las enormes llaves, rumbo a los portones, en donde su presencia era esperada generalmente con no poca impaciencia, cuando de abrir se trataba; — y rumbo al Fuerte, cuando la ciudad quedaba incomunicada con el exterior, hasta el día siguiente.

A la puesta del sol, sonaba el penúltimo cañonazo para que se cerraran los portones, quedando únicamente abiertos los postigos,

los que se clausuraban indefectiblemente a las ocho de la noche, después de haber sonado el último disparo.

Las llaves que se guardaban en el Fuerte, jugaban rol importantísimo en las acciones de guerra. Cuando la Ciudad caía en manos del enemigo, la ceremonia de la entrega de las mismas revestía gran solemnidad, pues eran entregadas en bandeja, al vencedor, con el aditamento de uno o dos discursos que imponían las circunstancias.

La odisea de las llaves

Así, por ejemplo, cuando Montevideo capituló en 1814, el comisionado, por el jefe del ejército español, hizo entrega de las codiciadas llaves al general Alvear, jefe de los ejércitos patriotas.

Después tocó el turno de hacer entrega de las mismas, a las tropas de Buenos Aires, en 1815, quienes las entregaron al evacuar la plaza, a Otorgués, que representaba a Artigas.

A su vez los orientales en 1817, tuvieron que dejar la ciudad para entregarla a los portugueses; — durante el gobierno del patriota don Miguel Barreiro, que había sustituido a Otorgués, y quien se incorporó a Artigas antes de que llegaran los invasores, conjuntamente con el esclarecido don Joaquín Suárez.

El 20 de Enero del expresado año de 1817, el Alcalde de Primer Voto, entregó las codiciadas llaves a Lecor, en una bandeja de plata.

La última ceremonia de entrega tuvo lugar cuando el Imperio del Brasil, después de la Convención de Paz de 1828, las depositó en manos de los comisionados de las Provincias Unidas, el entonces coronel don Manuel Oribe y don Francisco Magariños.

LA IGLESIA Y LOS HOMBRES

SE ANUNCIA UN BAILE DE MASCARAS

Que algunas veces solían haber sus tiquis miquis entre la gente de gobierno y la de sotana en la época del coloniaje, en que las creencias y prácticas religiosas estaban tan hondamente arraigadas en los espíritus de todos los pobladores, nos lo pone de manifiesto el hecho siguiente:

El 1747, la Casa de la Comedia de Buenos Aires ofrecía a los aficionados a la danza, bailes de máscaras en los días de Carnaval, cosa que por lo visto, no fué bien mirada por los religiosos, por cuánto, un franciscano desde el púlpito, anatematizando la conducta de los pacíficos vecinos porteños con predisposición a echar canitas al aire, anunció que todos los que concurrieran a esos bailes serían declarados reos de "condenación eterna".

Franciscano en desgracia

Parece que tal actitud no fué del agrado del señor Gobernador, quien, desautorizando abiertamente al franciscano y en el deseo de que sus administrados se divirtieran sin el temor de verse achicharrados en el Averno cuando fueran llamados a juicio final, — ordenó al "Guardián" o jefe de la congregación, que enviase a un convento

bien distante al fraile predicador y que otro fraile, desde el mismo púlpito, desautorizara lo dicho por el primero.

Y se cumplió el destierro que no otra cosa importaba la orden de alejamiento y se pronunció un nuevo sermón desde el mismo púlpito sino haciendo el panegirico de los bailes de la comedia, que ello no lo dicen las crónicas, sí, desautorizando al incauto franciscano, que por meterse a moralizador contrariando las ideas del gobierno civil, incurrió en un doble castigo.

Un rayo en "Las Bóvedas"

En cambio, la conducta de las autoridades civiles de Montevideo, fué más contemplativa con la religión, el 9 de Julio de 1793, porque habiendo caído un rayo en "Las Bóvedas", de cuyo edificio nos hemos ocupado en los tomos I y II de RECUERDOS Y CRONICAS DE ANTAÑO y en donde se encontraban depositados tres mil quintales de pólvora, sin que se produjera la consiguiente catástrofe explosiva, la cosa fué mirada por los vecinos de Montevideo, como indiscutible milagro del Altísimo, por cuya razón, el Cabildo dispuso que todos los años, en la expresada fecha, se celebrara una misa solemne, "como tributo a Dios, por tan señalado favor".

Carne y verduras

Los aficionados a la estadística, que en todas las épocas los ha habido, calculaban en 1809 que había un movimiento diario en la

Plaza del Abasto, por valor de cuatro a cinco mil pesos.

La venta de la verdura que no era mucha, por cierto, entonces,

se efectuaba en la Plaza Matriz,— y la de la carne, en la Plazoleta de la Ciudadela.

El primer Mercado para la venta de la carne y al cual se le denominó "Recoba", se construyó en la esquina que forman las calles Sarandí y Bartolomé Mitre, antes de "San Carlos" y "San Telmo", respectivamente. Para esta obra con-

tribuyó el Cabildo, con "las dos y media parte de su costo", siendo de cuenta del asentista del ramo de carnes don Miguel Zamora, el resto.

Una vez vencido el plazo de la concesión acordada al señor Zamora, el mercado pasó a ser de propiedad del Cabildo.

LOS BLANDENGUES

COMO SE ORGANIZO EL REGIMIENTO — PERSONAL QUE LO FORMABA. — LA PAGA. — EL BAUTISMO DE SANGRE. —
CONTRA LOS INDIOS. — LA SUERTE QUE CORRIO UNA
GAVILLA DE CUATREROS. — JUSTICIA PRONTA Y
BARATA

—————:—————

Fundación del regimiento

El Regimiento de Blandengues, en donde el fundador de nuestra nacionalidad, general don José Artigas, alcanzara el grado de capitán, hasta que abrazó la causa de la Revolución, fué organizado en Montevideo, en el año 1797, con el fin de que sirviera de policía de las fronteras y destinado también, a la persecución de los cuatreros.

Cada escuadrón o compañía, la constituían cien hombres. Y el jefe de la unidad, — un comandante — percibía como asignación mensual la suma de ciento quince pesos; los capitanes, cincuenta; el ayudante mayor, cuarenta y cinco; los tenientes, treinta y dos; los sub-tenientes, veinte y cinco; los sargentos, catorce; los cabos, once y los soldados, diez.

Debemos agregar que corría de cuenta del personal la manutención y el vestuario; y que, tanto la adquisición de los caballos como su sostenimiento, correspondía igualmente a los militares a quienes se les obligaba a tener seis equinos, por persona.

Bautismo de sangre

El bautismo de sangre de alguna importancia que recibieron los Blandengues, representados por el escuadrón mandado por el capitán don Jorge Pacheco, tuvo por escenario el Paso de las Carretas, del Arerunguá, en donde tuvieron que vérselas con huestes formadas por indios charrúas acaudilladas por el cacique "El Zurdo", fuerzas que, desde tiempo atrás, venían cometiendo en la campaña, todo género de depredaciones.

Sorprendidos los indios que marchaban arreando ganados robados en distintos puntos, hicieron frente a los soldados reales, de cuya refriega resultó uno de éstos, muerto; y heridos de flecha, el teniente Velazco y un soldado.

Los charrúas perdieron en la acción a su jefe y a varios indios, haciéndoles además la gente de Pacheco, algunos prisioneros, entre los cuales se encontraban varias mujeres, que peleaban con igual denuedo que los hombres.

Frente a una gavilla de salteadores

Un capitán de bandidos llamado

José Palomino, se había impuesto por el terror que inspiraban él y sus hombres, en toda la campaña; y envalentonados porque nadie se atrevía a poner freno a sus tropelías, aumentaron en audacia y extendieron el radio de acción, hacia los poblados.

de Agosto de 1801, Palomino, al frente de los suyos, atacó el pueblito de Las Víboras, del departamento de Soriano; y después de saquear las pocas casas de comercio que allí habían, cometieron toda clase de actos de pillaje con algunos vecinos del lugar.

Comisionado el subteniente de Blandengues, Casas, para perseguir a los forajidos, pudo al día siguiente de los atentados ya descriptos, darles alcance en el paraje denominado "El Rodeo", matando al jefe de la banda y a dos de sus secuaces y haciendo, además, nueve prisioneros. Por su parte, Casas, tuvo que lamentar la muerte de un cabo y varios soldados heridos.

La horda, cuando fué atacada, acababa de asaltar la estancia del comandante Albín, detalle éste que prueba que los facinerosos no perdían el tiempo en peregrinaciones inútiles.

Justicia pronta y barata

Los prisioneros, convenientemente atados, fueron llevados a Buenos Aires, en donde, tras un proceso sumarísimo, se les ahorcó en la Plaza Pública, o sea lo que es hoy Plaza de Mayo.

En cuanto al más comprometido de los salteadores aprehendidos, un titulado capitán Curú, fué condenado a pena más atroz, todavía: descuartizado vivo en plena plaza, a la cincha de cuatro caballos; su cabeza y sus extremidades superiores e inferiores, así como las cabezas y manos de los ajusticiados por medio de la horca, fueron remitidos a la Banda Oriental, para que se expusieran al público, con el fin de que sirvieran "de lección y escarmiento" en Mercedes, Colonia y Víboras, parajes en los cuales la banda de forajidos, campó por sus respetos.

Como podrá apreciarlo el lector, no puede exigirse mayor "elocuencia" en una sentencia condenatoria.

Los jueces de aquella época confiaban más en la eficacia de las cuerdas, que en la problemática regeneración de los delincuentes.

« RINCÓN DE LAS GALLINAS »

ORIGEN DEL NOMBRE. — CARACTERISTICAS DEL LUGAR. — PROLEGOMENOS DE LA GLORIOSA ACCION. — LA MALA NOTICIA DE LOS "BOMBEROS". — EFICAZ RECURSO DE RIVERA

—————:—————

Etimología y breves referencias

El histórico paraje conocido por "Rincón de las Gallinas" en donde el general Rivera ganó a los brasileños la memorable batalla del Rincón el 24 de Setiembre de 1825, debe posiblemente tal nombre al hecho de que abundaban por allí las "pavas de monte", aves silvestres del tamaño de las gallináceas y que hoy sólo se ven en los

montes del Norte de la República.

En ese punto, casi una isla bordeada por las aguas de los ríos Uruguay y Negro, excepto en la parte Norte, cuya garganta o boca, — llamémosle así, — el "Portón de Haedo", constituye una angostura de tierra de unos veinte kilómetros aproximadamente.

El nombre de Haedo se debe al apellido de un hacendado del lugar.

Prólogo de la acción

Resuelto Rivera a apropiarse de los ocho mil caballos que los brasileños guardaban en las fértiles y para ellos seguras praderas del Rincón, dada la defensa natural que este les ofrecía contra posibles incursiones, se desprendió con la mitad del ejército que lo constituía un total de quinientos hombres hacia la riesgosa aventura, dejando la otra mitad al coronel don Andrés Latorre a quien encargó de operar simultáneamente contra la ciudad de Mercedes, para garantizar así más eficazmente el éxito de su plan. Ello no obstante, Latorre, no respondió a las instrucciones receladas.

Delatado Rivera a los brasileños de la atrevida acción que realizaría, fuerzas imperiales en dos columnas mandadas respectivamente por los coroneles Mena Barreto y Jardim, bajaban luego hacia el Sur, para atrapar al caudillo oriental en la ratonera en que se había metido y a quien sabían con escaso número de soldados.

Llegan los "bomberos"

Los "bomberos" de las fuerzas patriotas llegaron a filas alarmados y con la mala nueva de que los enemigos se internaban en el Rincón.

—Nos han embolsado — decían, — y por el lado de tierra no escapará ni el más brujo.

Pero Rivera se mostraba imperturbablemente sereno.

—¿Cuántos brasileiros son, según tus cálculos, los que se nos vienen encima?

—Muchos, mi general, muchísimos.

—¿Muchos, muchísimos!!! ¿Eso no es cantidad...! ¿Cuántos...? ¿Cinco mil acaso?

—No, mi general. Unos ochocientos... Mil, tal vez. Y vienen en dos divisiones, de río a río, como arrastrando una "rede", para que no se escape "naides".

—¡Bah, bah, bah...! —replicó Rivera riendo. —¿Y en dos montones?

—Así es, mi general.

—Ya verás como dentro de unas horas haremos de ellos cien montones.

—A ver, ayudante; — dijo dirigiéndose a un joven oficial que tenía a su lado; haga voltear unos cuantos baguales y que se escojan los más bravos. Esos potros serán nuestro ejército de vanguardia.

—No comprendo, jefe.

—Artigas, dijo en cierta oportunidad que cuando le faltaran gauchos para pelear a los españoles continuaría combatiéndolos con perros cimarrones.

¿Por qué nosotros, esta vez, apremiados por las circunstancias, no hemos de pelear a los brasileiros con los baguales de nuestra tierra?

Oiga, ayudante; y que se cumplan con escrupulosa exactitud mis instrucciones. Cuando yo ordene la marcha, esos potros que ya en el suelo y maniatados, estarán excitados, deberán serlo más todavía, golpeándose los hocicos con ponchos y cojinillos, liberándolos enseguida de las ataduras a un mismo tiempo, pero no sin que arrastren de unos maneadores bien asegurados, unos cueros secos. La caballería disparará así en tropel; y nosotros, en último término, armando la mayor algarabía posible, ni más ni menos como si fuéramos indios en pleno malón, haremos el resto.

Y cuando hubo llegado el momento calculado por Rivera como propicio para operar, vibró el clarín, y de inmediato, un trueno largo y horrisono producido por el pisotear de millares de cascos de bestias en plena disparada, se hizo sentir en todo el Rincón.

Detrás de aquel huracán que arrasaba con todo cuanto se le oponía por delante, las puntas acoradas de doscientas cincuenta chuzas y sables, en una batahola de gritos, trazaban en el aire figuras geométricas, a la vez que en las ansias de pinchar, entrenaban en amenazantes mandobles los musculosos brazos de los gauchos que las esgrimían, como preparándolos para cuando llegara el momento de tener que ejecutar el esfuerzo supremo de matar...

Ante el enemigo

Las fuerzas del coronel Jardim impresionadas primero por el inquietante ruido producido por el

tropel y luego, por aquella enorme masa viviente que se les iba encima, no pensaron más que en una cosa: en salvarse como mejor pudieran; y poseídas de gran pánico, perdiendo la unidad de acción, cada soldado buscó por su cuenta, el mejor medio de escapar, a los efectos de aquella fantástica ola. Muchos perecieron bajo los cascos de las bestias desenfrenadas; y los restantes, enloquecidos por el horror que impone siempre en todos los ejércitos una disparada de la caballada, eran acuchillados por la segunda ola que la constituían los gauchos de Rivera, obligados a multiplicarse y a agigantar sus esfuerzos para salvar con honor y con gloria para la patria, el inestimable botín arrebatado al enemigo en forma tan original.

Los soldados de Mena Barreto pretendieron a pie firme y tercera en mano, detener la avalancha; pero solo tuvieron tiempo a hacer una sola descarga que dió contra los pechos de los brutos que corrían en primera fila, animales que, enloquecidos por los disparos de unos y los gritos de los otros, envolvieron en las furias de sus desatentadas carreras, el desespe-

rado cuan infructuoso esfuerzo de los brasileños.

La caballada salvó así el último obstáculo; y los soldados de Rivera, sin dar tiempo a los asombrados soldados imperiales a que entraran en mayores reflexiones, los acuchillaron sin piedad.

Un grupo como de cincuenta hombres que se había percatado de lo que en realidad ocurría, pretendió rehacerse, pero el mayor Pozzolo, — crédito del caudillo, — dió pronto cuenta de él, cargándolo con los suyos denodadamente.

La persecución se llevó a término en forma tenaz, haciéndose un buen número de prisioneros, y prueba de ello es que sólo escapó el coronel Jardim con cincuenta hombres. Los muertos, heridos y ahogados que en sus ansias de encontrar salvación intentaron vadear el Río Negro, fueron considerables.

Gracias al valor y a la audacia de Rivera tuvo la patria el primer triunfo de resonancia de la Cruzada que emprendiera Lavalleja; como así también el elemento de movilidad indispensable, para que el soldado oriental fuera jalando con actos de heroísmo y de abnegación sus días de gloriosas epopeyas.

CON UNA CENTENARIA

Doña Deyanyra Pereyra de Olivera

Después de larga peregrinación, pudimos dar con la casa, enclavada allá, por los andurriales de Malvín.

Un muro bajo, prolijamente blanqueado que remata en cerco de alambre tejido, deja ver un jardincito en el que abundan las violetas dobles, alternadas las muy modestas, con algunas plantitas de lechugas y de cebollas de verdeo.

Golpeamos las manos frente al portoncito de tablas; y al ruido producido, rompió en ladridos una invisible jauría de perros, — de los cuatro puntos cardinales.

Momentos después nos encontramos junto al lecho de una anciana,

quien arrebuja el busto en una pañueleta de lana dejaba ver con su rostro de cutis fino y sonrosado, una cabellera blanca, sobre la cual noventa y seis inviernos echaron con los vaivenes de una vida un tanto azarosa, puñados de nieve.

La hija, doña María Matilde Olivera nos explicó que, ante el frío intenso de la mañana que elegimos para la visita, había optado por no dejarla levantar, porque la anciana no era persona de quedarse quieta en un sillón.

—Le tengo que esconder la ropa para que no se me escape, nos dijo; — y esta sabia actitud mía, no deja



Doña Deyanyra Pereyra de Olivera
quien gallardamente lleva vivido ya, 96 años

de mortificarla grandemente.

Doña Deyanira Pereyra de Olivera, es hija de don Leonardo Pereyra de La Cruz y de doña Estefanía Patiño, criollos y gente que tuvo una posición financiera floreciente en los prolegómenos de nuestra vida de nación independiente; y ha recibido esmerada instrucción.

Don Leonardo, que alcanzó al grado de capitán comandante, inició sus servicios en lucha por nuestra emancipación en el año 1816 en el ejército de Artigas y bajo las órdenes del general Rivera; — pero producida la escisión entre éste y Oribe, se enroló en las filas del Partido Blanco, sin dejar por ello de continuar cultivando amistad personal con el caudillo colorado. Además desempeñó funciones legislativas en las dos Cámaras; y el cargo de Jefe de Policía en el departamento de Cerro Largo.

Excusado es decir que como bueno, actuó en todas las batallas que cimentaron la independencia nacional entre cuyas acciones puede contarse la de la toma de la Fortaleza Santa Teresa.

La señora Deyanira Pereyra, nacida en el Olimar departamento de Cerro Largo, en donde sus mayores eran poseedores de varias leguas de campo bien poblados de vacunos y equinos, casó con don Damián Olivera Lamas, sobrino carnal del general don Diego Lamas y dedicado también por la fuerza de las circunstancias, a la carrera de las armas, le tocó actuar entre otras acciones de guerra, en la toma de Paysandú cuando la Cruzada Libertadora, — en cuya ocasión sirvió con la graduación de capitán, bajo las inmediatas órdenes del coronel Estomba.

Después del derrocamiento de los blancos, el capitán Olivera emigró con su esposa doña Deyanira a la provincia argentina de Corrientes, en donde encontrándose de mayor-domo de la estancia de un portugués de apellido Vízca, murió a consecuencia de heridas que recibió en los azares de nuestras luchas intestinas. Entonces, la abnegada señora, con su trabajo honesto y esforzado, atendió las necesidades del hogar, durante largos años, con toda amplitud, dedicándose a la

enseñanza y a labores manuales.

—Ah, señor, las guerras! — prosiguió diciéndonos la viejecita. — No solamente la vida y la tranquilidad se perdían en ellas, sino que también las fortunas. Nosotros, que éramos bastante ricos, perdimos todo, para llegar al estado de indigencia en que usted me encuentra ahora!

—¿Pero usted ha de recibir alguna buena pensión del Estado? — inquirimos.

—Nada más que veinticuatro pesos mensuales. ¿Cree usted que sea posible que dos personas, como somos yo y mi hija, puedan vivir con esa cantidad? De casa, señor, pagamos algo más de la mitad. Gracias a que siempre hay personas caritativas que se apiadan de la situación angustiosa en que una se encuentra... Y surge un nombre a sus labios... el de la familia Osoro Sayanes.

—¿Usted se acuerda de la Guerra Grande?

—¿Cómo no me he de acordar! Nosotros nos vinimos desde el Olimar en carretones, así llamados unos carruajes grandes, porque papá, como ya le he dicho, era de la gente de Oribe.

—¿Y antes de esa oportunidad, usted no visitó Montevideo?

—Si señor, cuando era muy niña todavía; pero esa vez vinimos en carnetas.

—¿Como le pareció la ciudad?

—Como venía del campo, me pareció muy grande y muy hermosa.

—¿Qué detalles fueron los que más la impresionaron?

—Sin duda alguna, el mar, que me pareció una cosa enorme al lado de las tranquilas aguas del Olimar...

—¿Y nada más?

—Oh, sí! Una corrida de sortijas que se efectuó en la plaza principal.

—¿A cual llama usted plaza principal, señora?

—A la de la Matriz, pues, que ustedes los modernos llaman de la Constitución...

—...

—Es verdad. Fué muy novedosa aquella corrida. Imagínese que todos los mozos que tomaban parte en la fiesta vestían trajes de punto,

bien ajustados, llevando a la altura de la cintura pollerines con géneros de vistosos colores, y como sombreros, una diadema de plumas, también de diversos colores, al igual de como las usaban los indios. Para el mejor desempeño de sus papeles, montaban caballos muy bravos, y cuando alguno sacaba la sortija, rompían todos en gritos, remedando a los salvajes.

Y por cierto que me dieron un buen susto, porque uno de ellos, acercándose a donde yo me encontraba alzada en brazos de una morena esclava, le dió por hacermé gracias, que a mí se me antojaron todo lo contrario...

—¿Y cuando las guerras ustedes permanecían en la estancia?

—Generalmente, no. Ganábamos los montes del Olimar, en donde vivíamos en chozas construídas con ramas, hasta que la tranquilidad volviera a reinar en el país.

—¿Solas?

—¡Oh, no! Contábamos con los servicios y la protección de nuestros esclavos.

Por aquel entonces se había popularizado una poesía alusiva al caso, de la que tengo presente una cuarteta, solamente.

—¿A ver, a ver...?

—Es que no la recuerdo muy bien que digamos...

—No importa. Lo que recuerde.

—Vamos a ver si sale algo:

“Los niños, los ancianos,

“Las damas orientales

“Errantes por los bosques

“Por ásperos cardales...”

—¿Ve usted como salió, señora?

—No; si era mucho más largo el verso...

Y vea lo que son las cosas, señor. A mí me tocó hacer muchas veces la vida del matrero, casi, porque eso de vivir en los montes, era propio de esa clase de gentes. En cambio a mi madre, cuando los ingleses tomaron por asalto a Montevideo en 1807, le cupo la suerte de encontrarse dentro de muros.

—¿Qué impresiones le transmitió su señora madre de ese acontecimiento?

—Que los de la plaza se defen-

dieron heroicamente; y tanto, que hasta las mujeres, arrojaban desde las azoteas al paso de los invasores, aceite hirviendo y agua caliente, para quemarlos. Después que la tranquilidad volvió a reinar en la ciudad rendida, los ingleses salían a pedir “café” por las casas...

—¿Café?

—Naturalmente. Pero como no sabían hablar el español, habían aprendido a pronunciar malamente la palabra café.

A mi pobre madre le había causado mucha risa que entre los soldados vinieran hombres belludos vestidos con polleritas cortas y las pantorrillas al aire; y por más que se le dijera que esa era la moda escocesa, ella sostenía que la tal moda, no era otra cosa que una ridiculez.

—¿Qué más puede decirnos de aquellos lejanos tiempos, señora?

—Así de un tirón, nada más, porque mi memoria flaquea. Tenga en cuenta que me voy aproximando a los cien años y que usted tomándome de sorpresa, no me ha dado tiempo a hilvanar mis recuerdos, dispersos entre los ya constantemente nevados picachos de mi entendimiento.

—Bien señora. En otra oportunidad será más explícita. Por lo pronto, mañana haré que venga un fotógrafo.

—¿Para qué?

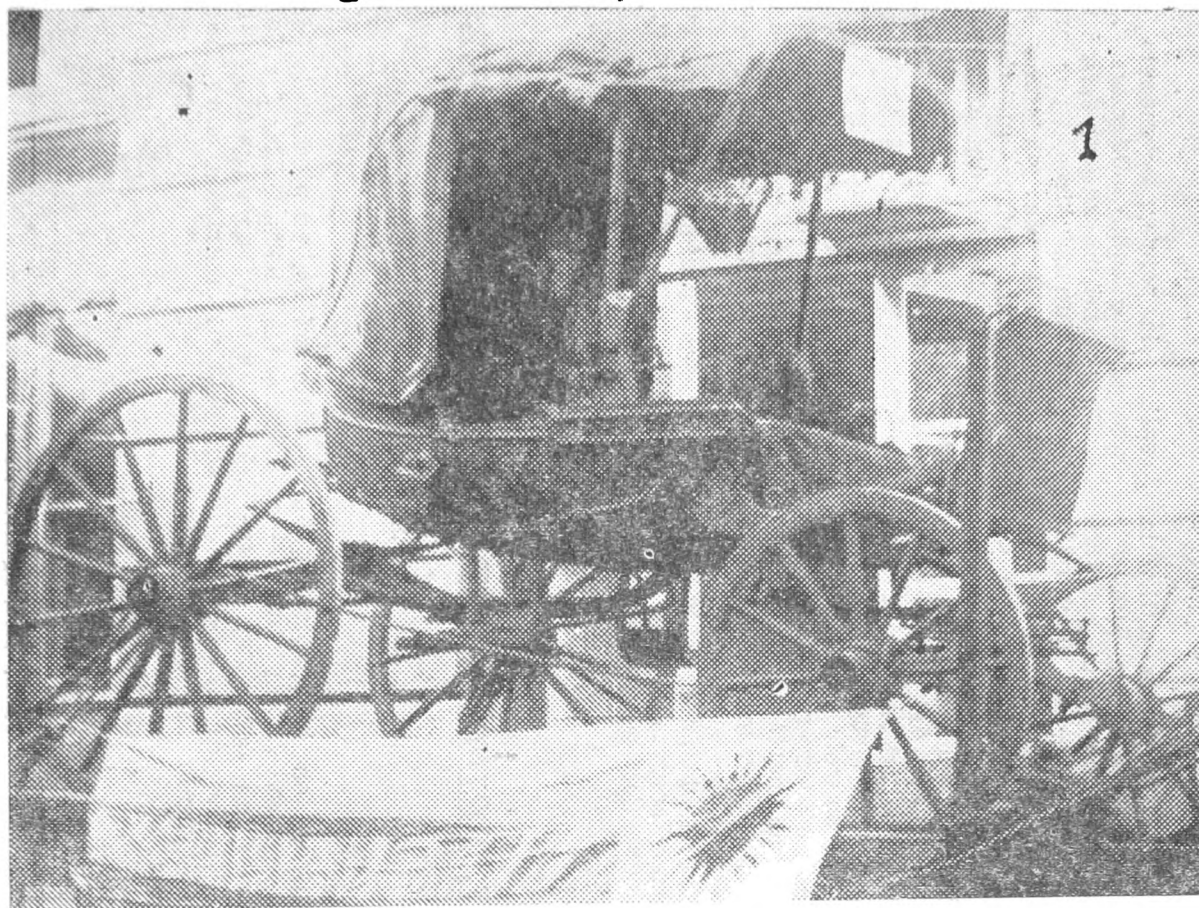
—Pues...; para retratarla tan buena moza. Pero, levantadita ¿eh? Es una vergüenza que a su edad se quede en cama hasta tan tarde...

—¿Verdad, señor? Yo se lo estoy diciendo a ésta, (dirigiéndose a su hija), y no hay quien se lo pueda hacer entender...

Cerca de mediodía y siempre con un frío intenso, abandonamos aquel hogar a cuyos componentes la suerte dió sus espaldas; y en donde una sórdida miseria está en abierta lucha con dos almas que, nacidas entre la opulencia, casi, viven estrechamente unidas por el doble sentimiento del vínculo familiar y el de la desgracia misma.



Carreta de campaña arrastrada por bueyes en las fiestas de la locomoción



**Carruaje utilizado por el General Rivera cuando fundó la ciudad del
Durazno.**

LA VACUNA

La primera vez que se aplicó la vacuna anti variolosa en Montevideo, fué en el año 1805, y traída de Río Janeiro por el portugués don Antonio Machado Carballo, abordo de la fragata, "La Rosa del Río", de la cual dicho señor era propietario.

Pero, lo curioso del caso, es la forma como se transportó el preventivo contra la viruela; y su descripción hará sonreír a quienes nos lean, cuando se enteren de que el virus venía en perfecto estado de madurez, en los brazos de una morena esclava, a la cual, el Cabildo de esta ciudad, después de haberla adquirido por compra, le dió libertad, para premiar su servicio que

realizó la pobre, de manera tan inconsciente como obligada.

En ese mismo año se aplicó también en Buenos Aires, por primera vez la vacuna, en cinco niños de "La Cuna", virus que había sido remitido desde aquí adherido en un vidrio.

Más tarde, el propio Machado, valiéndose siempre del "envase viviente", que utilizó para traernos la vacuna desde Río Janeiro, la llevó a la otra orilla en los brazos de dos negritos, con el fin de difundirla en Buenos Aires y sus alrededores.

El procedimiento de la vacunación, era por entonces, directo: vale decir, de brazo a brazo.

EL PRIMER BARCO CONSTRUIDO EN EL PAIS

Montevideo, en 1801, construyó su primer barco — un lugre — que surcando las aguas del Atlántico y del Mediterráneo, llegara a España, realizando así una verdadera hazaña.

Este velero, propiedad de los comerciantes Rafael Friz y Compañía, condujo como pasajero hasta la madre patria, a don Félix de Azara.

EL FARO DEL CERRO

El 19 de Marzo de 1802, se encendió por primera vez en el Cerro, la farola, siendo así que era la segunda luz que para guía de los navegantes, se hacía ver en el Río de la Plata.

La primera en dar sus destellos luminosos, fué la de la Isla de Flores, de la cual nos hemos ocupado en otro capítulo.

UN NUEVO CENSO

En 1803 se levantó un nuevo censo en Montevideo y sus suburbios, que arrojó la siguiente población:

Personas blancas	3033
Peones	603
Negros y pardos libres . .	141
Negros esclavos	899
Total de habitantes . . .	4676

No obstante ser pocos los habitantes y conocerse sobradamente, los pujos de clases se hacían sentir, si hemos de apreciar las cosas de acuerdo con las clasificaciones que se dieron al censo.

TELEGRAFIA ANTIGUA

Como no contábamos a principios del siglo XIX ni con cables ni con la telegrafía sin hilos, las noticias que procedentes de Europa nos llegaban, venían siempre con un gran retraso.

Así por ejemplo, el 28 de Marzo

de 1805, un falucho procedente de Buenos Aires, nos trajo la "nueva" de que España en Noviembre de 1804 había declarado la guerra a Inglaterra, "primicia que fué llevada a los porteños por un buque que procedía de Cádiz.

TEATRALERIAS

Puede afirmarse sin temor a equivocarse, que el primer empresario teatral que tuvo Montevideo, fué un portugués llamado Manuel Cipriano de Melo, quien, en 1794 construyó un teatro que llamó "La Comedia", en el terreno que hoy ocupa el palacio Taranco, y que antes sirviera de asiento al teatro San Felipe, cuya fotografía dimos en el primer tomo de "Recuerdos y Crónicas de Antaño".

El expresado de Melo, casó más tarde con doña María Antonia Gál, viuda del padre de los pobres, don

Francisco Antonio Maciel, cuyo matrimonio por disposición testamentaria legó el teatro, una casa y un conventillo conocido por de Cipriano, a favor del Hospital de Caridad.

Buenos Aires tuvo también en mil setecientos ochenta y tantos, su teatro, que, como el de aquí se llamaba "La Comedia". Su construcción asaz ligera, con techo de paja, dió lugar a que se incendiara el 16 de Agosto de 1792.

El precio de la entrada con su correspondiente asiento para las

funciones corrientes — que no serían muy frecuentes por cierto, — era el de “dos reales” por persona; y se hacía a la gente de color una bonificación de un cincuenta por ciento, puesto que a los negros solo se les cobraba “un real”.

Aunque no lo dicen los antecedentes que hemos consultado, con toda seguridad la rebaja respondía al hecho de que los pobres morenos, los muy pocos que habrán podido disfrutar de las representa-

ciones teatrales tenían que permanecer de pie y en el último de los rincones, dadas sus condiciones de esclavos esperando que terminara el espectáculo, para guiar después a los amitos, farol en mano, hasta el hogar, salvando charcos de agua y evitando que, por falta de alumbrado público, pudieran aquellos llevarse por delante, los postes de las esquinas y los ataderos de los caballos que se colocaban frente a las “pulperías”.

LA CAPITANIA DEL PUERTO

La llegada de los buques que procedentes de Europa nos visitaban, era motivo de grandes novedades entre autoridades y pueblo, pues a todos interesaban las noticias que de las Cortes, pudieran ser portadores los marinos que tripulaban esas naves.

Y era tal la importancia que se daba al hecho que, al anclar los barcos en la bahía, fueran visitados nada menos que por el señor Gobernador de la plaza a quien

acompañaban un regidor, un cirujano y un escribano.

El Gobernador Feliú, menos curioso o más comodón que sus antecesores, o más dispuesto a darle importancia a sus fueros de jefe supremo de la Provincia, dispuso en 1795, que en adelante realizara la visita a las naves que llegaran, el Mayor de la plaza, creando por el mismo decreto la “Capitania del Puerto”.

HISTORIA DE UNA VIRGEN

Con fecha 28 de Agosto de 1797 el barco de guerra español “Pizarro” trajo para ser colocada en la Capilla de la Aguada, una efigie representado a la Virgen del Carmen.

Como tales acontecimientos pasan hoy completamente desapercibidos para el público, vamos a relatar en breves líneas el ceremonial con que se realizó el desembarco de la imagen.

Con sumo cuidado fué colocada en una falúa, a la que seguían dos embarcaciones más del mismo tipo y las lanchas de todos los buques mercantes surtos en el puerto, for-

mando cortejo, siendo los remeros de la primera, los oficiales del regimiento “El Fijo” y el timonel un capitán del regimiento de “Dragones”, para revestir así de mayor solemnidad al acto.

El “Pizarro” hizo una salva de artillería que contestaron los demás buques y las fuerzas y vecinos que, en la “Playa de la Aguada”, esperaban ansiosos que arribara allí la falúa portadora de la imagen.

Tal acontecimiento, dió tema después a Montevideo para que se hablara de sus incidencias, durante unas cuantas semanas.

LA MASONERIA EN EL URUGUAY

PROCESION MASONICA. — PRIMERAS LOGIAS. — GARIBALDI Y LA MASONERIA. — EDIFICIO HISTORICO. — LA NOTA TRAGICA. — INCENDIO EN LA "LOGIA GARIBALDI". — LA ESCALERA FATAL. — UN ESFUERZO SOBREHUMANO. — LAS VICTIMAS. — UNA REVOLUCION BRASILEÑA Y LA MASONERIA

La primera procesión masónica

La dominación inglesa dió entre otras novedades a Montevideo, la que se refiere a la realización de una gran procesión masónica, con súbditos de esa nacionalidad, quienes recorrieron las calles de la población, con gran ostentación de insignias y de banderas desplegadas.

Podrá imaginarse el lector cómo se habrán hecho cruces y golpeado el pecho españoles y nativos, ante semejante alarde de "herejía", ellos, tan españoles todos y tan apegados a las prácticas del catolicismo.

Y los aspavientos habrán sido mayores, fuera de toda duda, si se tiene en cuenta la malquerencia que sentían hacia los invasores ingleses, por invasores y por pertenecer a otra religión que no era la de los españoles y porque el día elegido para la demostración, todo un "sacrilegio", fué nada menos que el de San Juan, uno de los más grandes y más respetados entonces del santoral cristiano.

En el acto que comentamos, celebrado el 24 de Junio de 1807, la protesta de los católicos se exteriorizó cerrando las puertas de sus casas al pasaje de la procesión, mientras que en los interiores de las fincas, las familias congregadas en la pieza destinada a los rezos, repasaban cuentas y más cuentas de los rosarios por vía de exorcismos y maldecían de la "impiedad" de los infieles y "herejes" masones.

Decir por entonces masón, era como mentar al diablo.

La demostración masónica a que nos hemos referido, fué la primera de tal carácter que tuvo lugar en la América del Sur.

Las primeras logias

Y ya que hablamos de masonería, justo es que dediquemos también a ella algunas líneas que, aunque en forma sintética, tracen siquiera el desenvolvimiento de su historia en el Uruguay.

La logia más antigua del país es la denominada "Les Amis de la Patrie", que se halla bajo la jurisdicción del "Gran Oriente de Francia" y fué fundada en el año 1827. En ella recibió la luz masónica, al decir de los de la secta, el héroe de ambos mundos general don José Garibaldi, allá por el año 1845.

El mismo Garibaldi fundó después en esta capital, una Junta Carbonaria, sociedad secreta de carácter político y militar, que usaba símbolos, al igual de la masonería.

Las primeras logias uruguayas, hasta poco después de la Guerra Grande, estaban autorizadas por el "Oriente" del Brasil, y después de dicha guerra, se constituyó aquí el "Supremo Consejo" y el "Gran Oriente del Uruguay".

La logia "Garibaldi" dependió mucho tiempo de la masonería italiana; pero luego se incorporó a la uruguaya.

En la actualidad, sólo existen en Montevideo tres logias extranjeras: la ya nombrada "Les Amis de la Patrie" y dos inglesas: "Acacia" y "Silver River".

Colegios masónicos

Los masones, al igual de los católicos, se han preocupado también de proporcionar instrucción a la niñez; y si hemos de estar a los informes recogidos, el primer colegio de esta índole que tuvo Montevideo, funcionó en la calle Ituzaingó esquina Piedras, bajo la dirección de un francés conocido por monsieur Marck.

Más tarde y en el local que hoy ocupa la Universidad de Mujeres (Soriano y Paraguay), funcionó otro colegio masónico, gratuito, con la denominación de "Fraternidad", bajo la dirección de monsieur Gilade.

Las clases en el edificio que nos ocupa, y que fuera construido para Hospital Italiano, sin que nunca llegara a servir a tales fines, se vieron interrumpidas allá por el año 1865, para que sus salones prestaran albergue a los soldados brasileños que, ya declarada la guerra al Paraguay y en viaje a Yacurí Grande (Concordia), en donde se organizaba el gran ejército que mandaba Osorio, se enfermaban a bordo de las naves que los traían de Río de Janeiro, Bahía, Santos, etc., etc.

La nota trágica

El fallecimiento del general Garibaldi determinó a la Logia de su nombre a realizar en honor del héroe, — que había sido su Presidente honorario, — un funeral masónico, para cuyo acto se había invitado a numerosas familias.

Ocupaba por entonces la Logia, los altos de la finca de la calle San José N.º 143 (numeración antigua) a la altura de Daymán; y para revestir la ceremonia con mayores aparatosidades se había enlutado el gran salón, en cuyo centro se levantaba un catafalco, sobre el cual, un ataúd y cuatro antorchas que alumbraban en las cuatro esquinas, hacían más imponente el ambiente de recogimiento que dominaba en aquel templo improvisado.

A las ocho de la noche del domingo 11 de Junio de 1882 se habían congregado allí más de trescientas personas, entre las cuales habían no pocas esposas, hijos y

hermanas de masones; y cuando se esperaba precisamente la llegada del Gran Maestre de la Masonería del Uruguay don Carlos de Castro para dar comienzo al acto, fué que se produjo el accidente, sin mayor importancia en ese momento y que habría de dar lugar segundos después al desarrollo de la gran tragedia. Una pequeña lámpara a petróleo colocada sobre el túmulo funerario cayendo sobre éste y esparciendo el líquido, hizo que empezara a arder el paño que cubría el ataúd.

—¡Fuego, fuego, fuego!! gritaron con horror varias voces, a la vez, que algunos hombres trataban de dominar aquel principio de incendio, mientras que otros, abarcando la magnitud del desastre que se produciría si no llegaban a contener a la masa humana presa de inenarrable terror, gritaban a todo pulmón:

—¡Calma, calma!! No ha sido nada!!! Ya está apagado el fuego...!!!

Pero, desgraciadamente, no hubo caso. El público remolineó en medio de gritos de espanto; y todos a una querían buscar salida a la calle por la escalera, bastante angosta y que formaba recodo en forma de ángulo recto.

Otras personas pretendieron detener la avalancha en el hall y fueron arrastradas.

¡Y oh fatalidad de la suerte!

La puerta de calle estaba cerrada!!!

¿Quién fué que la cerró?

Alguien lo atribuye al sereno de guardia de esa manzana, quien creyendo que se había armado una gresca dentro de la Logia se apresuró a cerrarla para que así no pudieran escapar los autores del desorden.

Y la avalancha fatal seguía afluyendo a la escalera. Contra la puerta, los primeros en llegar rindieron tributo a sus villas, ya que, los que tenían a sus espaldas los imposibilitaron para abrirla, mientras que los auxilios que se pretendían aportar desde la calle, resultaban ineficaces, porque a los intentos que se realizaban para for-

zar la puerta, se oponía la barrera insalvable de una muralla humana, amalgamada a sus tableros.

Inútiles resultaban asimismo las palabras de tranquilidad de algunas personas que habían quedado en el salón y las seguridades que daban de que todo el peligro de fuego había desaparecido por completo, porque la gente, dominada ya por el miedo no trataba más que de encontrar su salvación en la calle y por la fatal escalera.

Hacia ya bastante rato que el fuego había sido totalmente dominado sin más daño que la quema de algunos ornatos, de la mitad de la bandera que Garibaldi hizo flamear en la Batalla de San Antonio y del estandarte de la Logia "Les Amis de la Patrie"; y la casi totalidad de los asistentes a la ceremonia, enloquecida, persistía en el insensato propósito de escapar por donde no podía hacerlo.

El héroe de la jornada

Don Miguel Furriol, Gran Maestro adjunto de la Masonería, y don José E. Pesce, Superintendente de la Casa de Gobierno, batallaron inútilmente al pretender desviar hacia los fondos aquel chorro humano de gente que huía precisamente hacia donde existía el único peligro, y el primero de los nombrados; -- y el primero de los nombrados era desoído, abriendo los brazos, pretendió contener a los insensatos que en el paroxismo del terror entregaban sus vidas a aquel desfiladero constituido por la escalera. La avalancha, irresistible, avasalladora, se llevó por delante al señor Furriol quien se vió de pronto rodar hasta la mitad de la escalera, oprimido por la masa humana que se estrujaba en medio de espantosos gritos y de quejidos. A duras penas pudo aquél, gracias a su serenidad de espíritu, escurrirse un poco y poniéndose de pie, encontrar un punto de apoyo, sobre la pared divisoria del zaguán de la casa baja.

Oprimido, sintiendo crujir sus huesos, apercibió sobre su hombro derecho la cabeza de un vecino

quien asfixiado y sin fuerzas ya para proseguir defendiéndose, moría de pie, apuntalado por los cuerpos de sus compañeros de infortunio.

Aquella ola de carne viviente a fuerza de recibir mayor caudal de elementos, se inflaba amenazando estallar por algún lado.

Desesperado esfuerzo

¿Fué una ilusión?

¿Fué la realidad?

La espalda del señor Furriol en contacto con la pared, percibió como si ésta se moviera, al embate del palpar anhelante de los pechos oprimidos; y aquel, vislumbrando una esperanza, aunque muy remota, invitó con el máximo de voz que le permitían tan críticas circunstancias a que, todos a una, dieran con sus cuerpos contra la pared.

— ¡A la una, a las dos... y a las tres! ¡¡Vamos, fuerza!!

Y durante breves segundos, entre los ayes de dolor, se percibió la respiración anhelosa, jadeante, de los pechos en sus dobles esfuerzos de salvar las vidas y de echar por tierra el muro salvador, — que esta vez sí, había oscilado ante el sobrehumano esfuerzo.

— ¡Vamos, hermanos, otro empujón más y esto cae! A ver ¡A la una, a las dos y... a las tres!...

La obra titánica, heroica, imposible de realizar a fuerza de hombros, cual era la de derribar una pared de cal y canto, se vió coronada de lisonjero éxito. Un ruido ensordecedor seguido de gritos de horror, de dolor y de júbilo, según las circunstancias en que se encontrara quien los emitiera, se dejó sentir en todo el edificio, que se estremeció como si fuera presa de un terremoto. La pared había cedido, al fin; y con ella, entre los escombros y en medio de una nube de tierra, cien cuerpos cayeron también al zaguán lindero...

Mientras se desarrollaba el episodio de la escalera, algunas señoras que no pudieron dar con ella, por la confusión, pretendían arrojar por los balcones, siendo contenidas por algunos masones y por el público, que en gran número se había aglomerado en la calle y que,

mientras no encontraba otra fórmula salvadora, ya que, como lo hemos dicho, la barrera humana de adentro impedía que se pudiera abrir la puerta, — recomendaba tranquilidad, anunciando la eficacia de elementos de salvataje próximos a llegar.

Don Víctor Cantón, tomando en sus brazos a un niño hijo del contador público señor Morera y llamando la atención de los curiosos que llenaban la calzada, — pidió que lo recogieran, que él lo arrojaría desde allí. Y el chico llegó sano y salvo a su casa, como así llegó también otro hermanito suyo, quien arrastrado desde los primeros momentos hacia la escalera y sin saber cómo, se encontró mucho rato después ileso, en la calle. En cambio, una gallega sirvienta que los acompañaba pereció aplastada.

Conjeturas

Mil conjeturas se tejieron después alrededor de este luctuoso suceso. Se murmuraba de la intervención de manos criminales. De la insinuación de los curas, enemigos de la masonería y enemigos también de Garibaldi, uno de los principales factores de la caída del poder temporal de los papas...

La coincidencia de la cerrada de la puerta de la calle unida a la circunstancia de que alguien había apagado el pico de gas que iluminaba la escalera, daba lugar a no desoir la afirmación que hacía don Vicente Bianca de haber visto por dos veces a un hombre de saco gris apagando la luz del zaguán; — y que, ese mismo hombre fuera quien volteara más tarde la lámpara que provocó el principio de incendio, dando a la vez la voz de ¡fuego!

Sin embargo, la autoridad encargada de investigar el fatal suceso, no pudo confirmar las afirmaciones del señor Bianca.

La familia del doctor Triani

Desde los primeros momentos concurren varios médicos al lugar del siniestro; y entre ellos el doctor Triani quien no se imaginó encontrar entre los muertos a su

señora esposa y a un hijo, siendo él el primero en reconocerlos entre aquel hacinamiento de cadáveres y de heridos.

Los muertos

He aquí ahora la nómina de los muertos en la catástrofe: Leonarda Arroyo de Triani, Luis Triani, Miselia Costa de Buxó, María Biscay, Carmen Frigani de Solecia, María Seijambo, Cherubín Trombetta, Antonio Peteud, Antonio Bonncarsi, Antonio Bruno, Felicia Ruiz, Antonio Frenzi, Santiago Boio, José Risso, Francisco Aramburo, Alfredo Brist y tres personas más cuyos nombres se ignora.

Los heridos

Santiago Zettino, su esposa Alberta Zettino y sus hijos Aurelia y Alberto, Santiago Fines, Dorotea Etcheverry, Angela Salva, José y Antonio Maglia, José María Galán, Enrique Almiratti, Francisco Etchepacasi, N. Buschiaso, Magdalena Mamberti y dos hermanas más, Salvador Ingenieros, un menor de apellido Savini, Lorenzo y Anita Noly y otros contusos más.

Un recuerdo histórico

Lo único que quedó ileso en el salón, teatro de los dolorosos sucesos que hemos detallado fué un cuadro que contenía una carta y un sobre, que se había colocado con algunos atributos masónicos junto al catafalco.

El sobre llevaba la siguiente dirección: "A Carlo Eugenio Fantoni. Ufficiale del Esército Italiano. Via Della Valle núm. 49. Roma."

La misiva decía así:

"Caprera, 24 Marzo de 1878. — Caro Fantoni: Dite ai nostri fratelli de Montevideo, ch'io vado superbo d'essere loro Venerabile Onorario".

"Vostro e loro per la vita.

Giussepe Garibaldi."

El entierro de las víctimas

La Masonería del Uruguay se hizo cargo de los muertos a los cuales tributó grandes honores en su sede de las calles Soriano y Queguay (hoy Paraguay), desde cuyo punto partió el cortejo, a las 9.30 p. m., del día 13, llevando a su frente la

banda de música del Batallón 3.º de Cazadores.

Como un homenaje a las víctimas, los ataúdes fueron conducidos hasta la última morada a pulso, y debido a gestiones de los coroneles Torrens y Goyena, el Municipio consintió que todos los muertos fueran inhumados en el Cementerio Central.

Hicieron uso de la palabra en la necrópolis los doctores Carlos de Castro, Cristóbal Salvañach, Matías Alonso Criado, Valdez García y el coronel Juan M. de Sierra; y a las 11.45 a. m. la numerosa concurrencia que asistió al sepelio, se retiraba del Cementerio apesadumbrada por tan horrible tragedia.

Revolucionarios brasileños

Muchos de nuestros lectores habrán de recordar también que du-

rante el gobierno de Julio Herrera y Obes, fué nuestro grato huésped, aquel simpático e ilustrado brasileño que se llamó Saldanha da Gama, quien, en los azares de la revolución de Río Grande del Sur llegó a estas playas mandando el crucero "República" que se había sublevado llevando a su bordo numerosos guardias marinas y cadetes, enemigos del régimen que gobernaba a la república hermana.

Ese barco, entregado al gobierno del país, fué abandonado por su brillante tripulación, a la cual la Masonería, dió albergue en su local de la calle Soriano y Queguay, en donde se les dispensó toda clase de atenciones, mientras permanecieron en esta capital.

La Masonería y la instrucción pública

UNA CARTA INTERESANTE. — LAS ESCUELAS MASONICAS EN EL URUGUAY. — PEQUEÑAS RECTIFICACIONES A NUESTRA CRONICA ANTERIOR. — COMO FUNCIONABAN LOS COLEGIOS — QUIENES ERAN SUS PROFESORES. — LA MUCHACHADA DE ENTONCES. — JOSE SERRATO, PRIMER PREMIO. — A LA HORA DEL RECREO. — PAN CON DULCE POR DOS COBRES. — PIDIENDO FIADO

Nuestra crónica anterior, haciendo breves reminiscencias del desenvolvimiento de la Masonería en el Uruguay, ha dado lugar a que, un para nosotros desconocido pero sí eficaz colaborador, nos envíe la siguiente carta que no resistimos a la tentación de publicarla, no solamente por su valor histórico, sino que también para llevar a nuestros lectores, y en manera muy especial a la pléyade de "muchachos" que pedían fiado a Doña Flora y que hoy, por sus canas y por su espectacularidad, han pasado a la categoría de señores, momentos de gratos recuerdos.

He aquí ahora, la carta de la referencia:

"Al autor de "Recuerdos y Cró-

nicas de Antaño". — Diario "La Mañana". — Señor: Soy uno de los tantos asiduos lectores de sus crónicas, tan verídicas, como bien escritas; y soy feliz cuando ellas se refieren a tiempos, por mí alcanzados. Eso, lo rejuvenece a uno (bien dice el axioma que después de los 50, se vive de recuerdos!); y es precisamente su última, publicada el Domingo 13 del actual, la que me mueve a escribir a Vd. esta misiva, que no tiene otro objeto que el de ofrecerle algunos nuevos datos y hacer una pequeña rectificación en lo que se refiere al Colegio fundado y sostenido por la Masonería en Uruguay.

En la época a que Vd. se refiere, se titulaba "Escuela Filantrópica"

y funcionaba bajo los auspicios del Gran Oriente del Uruguay, y no "Fraternidad" como Vd. dice en su crónica.

Este establecimiento de enseñanza era dirigido por el destacado profesor francés, don Miguel Bialade (padre de los fundadores de la casa importadora de esta plaza que llevan este apellido, y no Gilade). Debo decirle también que la escuela que funcionó en la calle Piedras, fué la misma, que se trasladó más tarde al local que Vd. menciona.

En aquel entonces, yo era alumno de esa escuela, que se dividía en 4 clases. La 1a., de los más adelantados (a la inversa de hoy), 2a., 3a. y 4a. La 1a. era dirigida por el director G. de la Escuela, señor Bialade; la 2a., por el maestro Mariano Casterás; la 3a. por Luis González (un socias de Brindis de Salas, malo él como un ají); y la 4a., por el profesor Antonio Ferro. Era el tiempo en que imperaba la palmeta.

Posteriormente desfilaron por ese mismo colegio, profesores de la talla de don Federico Calvet, bachiller Carlos Warren, José A. Fontella talentoso educacionista, Carlos Stagnero y otros; y en honor a la verdad, debo decirle que con la actuación de estos profesores, cesó el régimen de la palmeta.

En esa escuela, se recibía una instrucción bastante sólida. Se daban allí clases de gramática, historia, geografía, aritmética, álgebra, botánica, mineralogía, física, etc., además de clases especiales de los idiomas francés, inglés e italiano y todo gratuitamente, excepto los idiomas de inglés e italiano, por cuyas enseñanzas se pagaba una cuota mínima. El francés nos lo enseñaba don Miguel (como llamábamos al señor Bialade), gratis, cuyas lecciones de una hora, se daban tres veces por semana y concluidas, las clases del Colegio, que eran de 9 a 12 y de 1 a 3. También se dictaban clases de teneduría de libros y dibujo.

Todos los textos, cuadernos y útiles, nos eran suministrados gratuitamente, costeados por la Masonería. Es a esa institución, precisamente, que dos o tres generaciones que forman cientos de ciudada-

nos, hayan podido instruirse y salir preparados para empezar la lucha por la vida, unos para ingresar a Universidades en procura de un título, y todos para prestar sus actividades al País o a donde los haya llevado el destino. Entre los discípulos de mi tiempo, recuerdo a algunos que ocupan o han ocupado puestos destacados en varias ramas de nuestras actividades, y algunos de destacada significación. Cabe mencionar en primera línea, al actual Persidente de la República, ingeniero don José Serrato (uno de los pocos que llegó a ganar el primer premio de la escuela que la formábamos un total de 500 o 600 alumnos); el doctor Sebastián Rodríguez, que ejerce su profesión de médico en el Paso del Molino, con el beneplácito de toda la localidad; a su hermano Carlos, que ocupó un alto puesto en el Banco de la República; al doctor Prunés, inteligente y caritativo médico; al coronel Mario Zufriateguy (fallecido recientemente) aventajado jefe de nuestro Ejército; a su hermano Pablo, que hoy es abogado a Esteban y Félix Elena, el primero que ocupó la Gerencia del Banco Popular y el que resultó un dibujante de primer orden; al agrimensor Saturnino Cortezi; a Alfredo Sánchez fuerte comerciante de esta plaza; a Arturo y Carlos Bouton, activos y bien conceptuados despachantes de Aduana; al escribano Tomás Yzurzu, radicado en la Argentina y fundador del Club Oriental en Buenos Aires; a Jaime y César Farrell, cuya firma comercial es tan conocida por su honestidad; a Luis Martínez y Marcos, poeta de alto vuelo; a Enrique y Abraham Busco, del alto comercio paraguayo; a Vicente y Andrés Lápido y E. De María, los tres de "La Tribuna Popular"; a José Gervasio Artigas, nieto de nuestro gran Artigas, que murió hace algunos años, siendo empleado, creo, de la Aduana, y tantos otros que escapan a mi memoria. Todos ellos nutrieron su cerebro en aquella escuela; y seguro estoy de que todos guardan gratitud a aquel templo de enseñanza laica.

No quiero abusar más del señor redactor, si es que me ha seguido hasta aquí, pero antes de cerrar es-

tos apuntes, quiero evocar dos figuras que mis ex condiscípulos recordarán con emoción y cariño. Me refiero al conserje de la escuela, don León, todo un "benemérito", con sus patillas blancas, su gorra de visera y su andar inclinado hacia adelante por el peso de los años, y a su señora, doña Flora, quien, mediante la retribución de "dos cobres" (0.01) nos servía durante el recreo, un panecillo cortado al medio y untado discretamente de dulce de manzana o de membrillo hecho por sus manos. Cuantas veces, un niño que no llevaba el centésimo imploraba de la hacendosa señora:

—Doña Flora, un pan con dulce, que mañana se lo pago. — A cuya demanda ella, tan bondadosa, ser-

via el panecillo apetecido, diciendo: —Toma, hijo — ¿quieres más?

¡Cuántos anécdotas y cuánto podría escribir yo de esa escuela, en donde pasé los mejores años de mi niñez!! Pero, me falta, lo que según un crítico francés es necesario tener: "le nerf anecdotique".

Vayan con estas mal trazadas líneas, mis deseos de que los antiguos camaradas de la escuela, tengan un momento feliz, si llegaran a leer esto al rememorar tiempos idos; y que, ¡ay! ya no volverán. Entretanto... sigamos la caravana. Respetuosamente lo saluda. — "Un ex-discípulo de la E. Filantrópica".

Montevideo, 17 Setiembre 1925.

Buenos Aires y la "muy fiel y reconquistadora..."

CUANDO SE RECIBIO LA MALA NOTICIA. — SE LEVANTA UN EMPRESTITO. — LA TROPA EXPEDICIONARIA. — LA TRAVESIA MARITIMA. — RECOMPENSAS. — INQUINA CONTRA LOS INGLESES. — TODOS ERAN "DON GUILLERMO". — HACIENDO EXCEPCIONES

La mala noticia

Tomada la ciudad de Buenos Aires por los ingleses el 27 de Junio de 1806, produjo la noticia en Montevideo, hondísima impresión, — aprestándose de inmediato, autoridades y pueblo, a correr en auxilio de aquella plaza; — y aprovechando tal estado de ánimo el gobernador Ruiz Huidobro que organizaba una expedición para la reconquista de la ciudad rendida, levantó entre el comercio y vecinos de Montevideo un empréstito para atender los gastos de la jornada, que arrojó la suma de cuarenta y ocho mil pesos.

Las fuerzas expedicionarias

La expedición bélica se puso a órdenes del coronel don Santiago Liniers, francés, al servicio de Espa-

ña, cuyas fuerzas salieron de los muros de Montevideo, rumbo a la Colonia, el 23 de Julio de 1806.

La columna la formaban: Primera Compañía de Voluntarios de Montevideo, al mando de don Joaquín Chopitea y compuesta por sesenta y siete hombres. La segunda compañía de la misma unidad, de noventa y seis hombres, al mando de don Juan Balvín Vallejo. Los franceses de Mordell que constituían otra compañía de sesenta y tres hombres. Cien artilleros. Sesenta y seis granaderos de Buenos Aires. Dos cientos veinte y siete hombres del Regimiento de Dragones. Ciento cuarenta y seis de la Compañía de Miñones. Quinientos de la Marina Española; y ciento treinta voluntarios que se agregaron a la expedición en la Ciudad de la Colonia bajo las órdenes de don

Benito Chain.

Estas fuerzas hacían un efectivo de mil cuarenta y cinco hombres decididos a morir por la reconquista de Buenos Aires.

La travesía marítima

Como este contingente de guerreros necesitaba de medios marítimos de transporte para hacer la travesía de la Colonia a Buenos Aires, el capitán don Juan Gutiérrez de la Concha, en la noche del 25 de Julio de 1806, aprovechando un temporal reinante, pudo forzar sin ser notado el bloqueo de la escuadra inglesa que cerraba nuestro puerto, con una escuadrilla que formaban seis zumacas y goletas, seis cañoneras, una lancha artillada y ocho transportes, llegando al día siguiente a la Colonia con la pérdida de dos zumacas que naufragaron.

Liniers, gracias a la escuadrilla de Gutiérrez de la Concha, pudo desembarcar en las proximidades de Buenos Aires el 4 de Agosto.

Recompensas

La reconquista de la ciudad hermana, movió al Rey de España a dar a Montevideo, el título de "Muy Fiel y Reconquistadora", determinando a la vez que se agregara al escudo de armas "banderas inglesas abatidas que apresó en dicha reconquista, con una corona de olivo sobre el Cerro, atravesada con otra de las reales armas, palma y espada."

Por su parte, el Cabildo de Buenos Aires, además de las felicitaciones que tributó a los jefes de la expedición y de las notas de agradecimiento que pasó al de Montevideo, premió con veinte y cinco pesos a cada soldado.

"Don Guillermo..."

Las reiteradas tentativas de los ingleses para apoderarse, tanto de Montevideo como de Buenos Aires, — y su idioma y religión, despertaron los recelos de los españoles y nativos, quienes miraban con malos ojos a todo inglés que llegara a estas latitudes; — y tal era el encono que sentían contra él que, no conociéndose en el país todavía el vocablo "gringo" para indicar despectivamente al extranjero, se empleaba por entonces para todo el que no fuera español o americano del Sur, el de "inglés". Así por ejemplo, el napolitano más atravesado era para todos, un "inglés".

Y no conformes con darles despectivamente la denominación de "ingleses", no concebían tampoco nuestros antepasados que pudiera haber hombre de la rubia Albión que no se llamara "don Guillermo". Para un gaucho, un "John", — por ejemplo, — tenía que ser por fuerza, un "Guillermo", sin duda porque abundaron los de tal nombre entre los primeros británicos que llegaron al país.

Ingleses "civilizados"

No obstante tales prevenciones, hubieron ingleses que, adaptándose a las modalidades de estas regiones, se hicieron verdaderos gauchos, con los usos, costumbres y defectos, de los nativos, quienes, satisfechos de la metamorfosis operada, sostenían de todo corazón, que el transformado inglés había pasado a ser "persona civilizada".

Ante un ejemplar de tal naturaleza, un gaucho no podía menos que exclamar entusiasmado:

— ¡Es macanudo este "don Guillermo"! ¡Inglés, ande ahí lo ven, es todo un gaucho!

¡¡GRINGOS!!

Se non é vero

En el capítulo que publicamos el Domingo pasado bajo el epígrafe de "Buenos Aires y la muy fiel y reconquistadora . . ." afirmábamos que cien años atrás no se conocía en los países del Plata el vocablo "gringo", para señalar despectivamente al extranjero, al que se le daba en cambio el de "inglés" por cuyos ciudadanos sentían los españoles y nativos una marcada desconfianza. ¿Desde cuándo data pues, la aparición del calificativo "gringo", que se ha extendido a todos los pueblos del continente americano?

El viejo práctico de los Ríos de la Plata y Uruguay don Pablo A. Dugrós, que ha cumplido ya muy gallardamente ochenta y ocho años de edad, dijo de pronto, en medio de una conversación que giraba alrededor de los tiempos viejos.

—¿Usted no sabe porque llaman gringos a los extranjeros?

—¡Hombre . . .!! No lo sé . . .

—¿Le interesa conocer el dato para sus trabajos históricos? Le referiré lo que a mi me contaron.

—¡Ya lo creo que sí! Venga esa historia.

—La cosa ocurrió antes de la Guerra Grande, o en plena guerra. No lo recuerdo bien.

Cierto día, llegó al puerto de Maldonado un barco velero, griego de nacionalidad, — un bergantín, — cuyo capitán bajó a tierra con el fin de comprar cueros para llevar a Europa, — a cuyo efecto, se puso al habla con una persona de significación del lugar, con el fin de que lo pusiera en relaciones con quienes podrían venderle tal artículo.

Conviene destacar, — prosiguió diciéndonos el viejo amigo, — que por entonces no había desconfianza para la realización de transacciones comerciales entre nuestros hombres, por cuya razón el capitán del barco

encontró toda clase de facilidades para la realización de sus operaciones comerciales.

Y el cargamento se iba haciendo en el bergantín a medida que llegaban a la playa, las carretas cargadas con los cueros.

Hasta que un buen día y cuando todavía las bodegas no estaban bien repletas, el capitán, aprovechando una brisa favorable, levó anclas sin haber pagado un solo patacón a ninguno de sus confiados acreedores.

Las velas, desplegadas a todo trapo, empezaban a inflarse batidas por el viento — para imprimir gradualmente a la embarcación, mayor celeridad, mientras que, de distintos puntos de la costa corrían hacia la playa los acreedores y vecinos, quienes, percatados de la pillería del griego, alzaban los puños en alto, amenazantes, gritando a la embarcación que se alejaba enfilando hacia el extremo Este de la Isla de Gorriti.

—¡Ah, del bergantín! ¡Párese . . .!!

¡Follón, que mal rayo te parta . . .!

Hasta que de pronto un paisano, nada versado en nociones geográficas, recordando vagamente la nacionalidad del tramposo marino y queriendo llamarlo por ella, se puso a gritar a todo pulmón:

—¡Gringo, — gringooooo, — gringooooo!!!!!!

Pero el pícaro del griego se hacía el sueco.

Desde entonces y después de recordarse la aventura del griego, se adjetivó a todo extranjero con el vocablo "gringo".

Un error de pronunciación por un completo desconocimiento geográfico de un gaucho, enriqueció el diccionario de la lengua castellana con una palabra, — de las más gráficas, — para expresar un concepto.

AMOR DE INDIA

A medida que aumentaba el número de los conquistadores españoles en la plaza de Montevideo, los indómitos charrúas se iban alejando gradualmente de la costa, huyendo siempre del conquistador y de todo lo que importara civilización.

El Río Santa Lucía, con la entonces exhuberante vegetación de sus costas bien pobladas de todas las variedades de la fauna indígena prestaba asilo seguro a la soberbia raza, que encontraba allí fácilmente, todos los medios necesarios para atender a su subsistencia.

"Yandubayú", uno de los tipos más valientes de la tribu, había unido su suerte a la de una hermosa india de nombre "Liropeya", cuya belleza llegó a impresionar asimismo a no pocos europeos.

Cierta día en que un oficial español apellidado Caraballo recorría al frente de los suyos aquellas inmediaciones, apartándose de la columna se aproximó a una choza construida con ramas y cueros, dentro de la cual dormía la pareja indígena; y, dominado por la belleza de la india que le despertó de pronto un sentimiento bestial, creyó que con la muerte del compañero, podría resultarle más fácil la conquista de "Liropeya". Y, dando rienda suelta a sus malos instintos, se resolvió a quitar del medio, con un lanzazo dado a mansalva al que él creyera un obstáculo para sus criminales intenciones.

El brazo del conquistador español se recogía ya para asestar el golpe fatal, cuando de pronto despertó el indio, quien, esquivando la embestida y abalanzándose contra su traicionero contendor, logró desarmarlo y dominarlo.

Se proponía "Yandubayú" dar cumplida cuenta de su rival, cuando "Liropeya" que había despertado al ruido de la lucha, interponiéndose entre ambos, exclamó:

—¡"Yandubayú"! ¡Perdona la vida al cristiano y no olvides que me has prometido vencer a cinco caciques para que puedas alcanzar a tal dignidad. Todavía te falta uno. Deja que se vaya este hombre.

Y "Yandubayú", después de breves reflexiones y de mirar amorosamente a la mujer amada, dijo a Caraballo.

—Cristiano; te doy la vida que me quisiste arrebatarse tan arteramente. Toma tu lanza, toma tu espada y vete con los tuyos...

Caraballo quería justificar su conducta para inspirar confianza al indio; y estimulado tal vez por lo que él creyera interés hacia su persona de parte de la india, cuando sólo había existido un sentimiento de conmiseración, se propuso vencer lo que en su concepto — con una idea obsesionante — constituía el único obstáculo, para el logro de sus menguadas aspiraciones.

"Yandubayú", que no sospechaba ni remotamente los verdaderos propósitos que animaban al conquistador, ayudaba a éste en el arreglo de la montura del caballo, cuando en un descuido de aquél, el español le quitó la vida.

La pobre india, horrorizada por el inaudito crimen que le arrebató a su compañero, quedó como petrificada por tan dolorosa y doble impresión, circunstancia que aprovechó Caraballo para prodigarle caricias y brindarle amores; y, apremiada por las promesas que éste le hiciera, pidió al conquistador que si quería que lo siguiera hasta el "Fuerte" debía antes abrir una sepultura para el que había sido su compañero.

Cuando Caraballo, anhelante, daba ya término a su fúnebre tarea, "Liropeya", arrebatándole de pronto un puñal que pendía de un costado del cinturón de aquél, dijo a

la vez que se clavaba el arma en el pecho.

—Cristiano... ¡Cava para los dos la sepultura; y cubre a la pobre "Liropeya" con la tierra que oculte al noble "Yandubayá".

... ..

... ..

Cuentan las crónicas que la con-

ciencia de Caraballo le martirizó el alma toda la vida por su doble crimen; y mucho más recordando la singular belleza de "Liropeya", cuya ternura le hizo comprender también, lo imperdonable de su criminal hazaña...

NAPOLEON Y NOSOTROS

JOSE BONAPARTE, REY DE ESPAÑA. — LAS POSESIONES DE EUROPA, ASIA Y AMERICA. — ENVIO DE UN DIPLOMATICO AL RIO DE LA PLATA. — SU APRESAMIENTO POR LOS INGLESES. — INJUSTICIA DEL PUEBLO CONTRA LINIERS

Cuando la estrella de Napoleón se encontraba en el máximo de su poder lumínico y sometida casi toda la Europa a su despótica y omnímoda voluntad, proclamó el gran corso en 1808, a su hermano José Bonaparte, como Rey de España y de sus posesiones en Europa, Asia y América.

Por vía diplomática

Pero... como nosotros quedábamos por razones geográficas bastante alejados del alcance de las manos bonapartistas, juzgó oportuno el emperador de los franceses valerse de la vía diplomática, a cuyo fin hizo embarcar en el puerto de Barona a bordo del "Consolateur" y en calidad de Enviado Extraordinario, al marqués de Chassenay, con la misión de gestionar ante las autoridades del Río de la Plata el sometimiento del virreynato al flamante cetro del improvisado rey José.

Un mal rato del embajador

Los ingleses que, en lo que se refiere a sus conquistas territoriales confiaron más en las bocas de sus cañones y en las puntas de sus bayonetas que en charamuscas diplomáticas y que, consiguientemente, campaban por sus respetos en todos los mares y muy especialmente en el Río de la Plata, — conociendo

res de la proximidad del embajador, detuvieron a la nave que lo conducía a estas aguas, a la altura de Maldonado, — y allí mismo sin mayores requisitos le incendiaron el barco, según unos y según el propio embajador, el siniestro lo produjo la explosión de la Santa Bárbara.

Tanto el marqués de Chassenay como la tripulación, se salvaron ganando la costa, para desde allí dirigirse por tierra hasta Montevideo, y de aquí a Buenos Aires.

Y siguen los malos ratos...

El 13 de Agosto de 1808, el enviado de Napoleón presentó sus credenciales al bravo Virrey don Santiago Liniers y Bremont; y esto dió lugar a que el pueblo, alarmado y teniendo en cuenta que Liniers era francés de nacimiento, exigiera la deportación del marqués de Chassenay.

La decisión del pueblo soberano, determinó que el embajador fuera traído a Montevideo al día siguiente; y aquí se le tuvo preso en el "Baluarte de San Diego".

Injusticias contra Liniers

Tal estado de cosas dió lugar a que se sospechara de la lealtad de Liniers, con toda injusticia, ya que el jefe de la reconquista de la Ciudad de Buenos Aires, llevó su fide-

lidad hacia España, a grado tal, que prefirió la muerte a mano de los patriotas de la Revolución de Mayo, que lo fusilaron, antes que trai-

cionar la causa que había abrazado y a la que prestó en todos los momentos al eficacia de su inteligencia y el sacrificio de su sangre.

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

ORIGEN DE LA PLAZA DE LOS 33 O DE ARTOLA. — LUGAR DE FUSILAMIENTOS. — COMO SE EJECUTABAN ESTOS. — UN CUADRITO DE LA EPOCA. — EL CRIMEN DE LA CALLE OLIMAR. — UN DIPLOMATICO EN DANZA.

Origen de la plaza

La Plaza de los Treinta y Tres que ocupa el espacio que encierran las calles 18 de Julio, Minas, Magallanes y Colonia, fué siempre conocida y lo es en la actualidad con el nombre de "Artola", apellido que correspondió a un vasco del lugar, establecido con hornos de ladrillos y propietario de casi todos los terrenos de esas inmediaciones.

En plena Guerra Grande, ya se le llamaba con esa denominación. En el lugar que hoy ocupa el Cuerpo de Bomberos, se alojaba por entonces el Regimiento de Extramuros; y en 18 de Julio, entre Magallanes y Gaboto, en donde se levanta el edificio que sirve de sede al Estado Mayor General del Ejército, el Regimiento de Caballería que mandaba el valiente coronel Marcelino Sosa.

Hasta 1867 sirvió esa plaza también, como lugar de campamento de las carretas que llegaban del interior, dado que, puede decirse así, todas las inmediaciones del lugar lo constituía un descampado, o poco menos.

En 1869 la plaza se vió convertida en paseo público, gracias al esfuerzo de vecinos de las inmediaciones, quienes realizaron las primeras plantaciones que allí hubieron, circundando el perímetro con una verja de hierro, colocándose además una fuente de modestas proporciones, que fué sustituida más tarde por la actual, que embellece al Mercado del Puerto.

Entre los contribuyentes para la mejora que nos ocupa, podemos anotar, entre otros, los nombres de los doctores Requena García, y Domingo González, y señores Eulogio de los Reyes, Carlos de Navia, Yéreguy, Bernardo Aguerre, Carrau, Ferrés, etc., etc.

Lugar de fusilamientos

La plaza nos ofrece también su nota trágica, pues fué ella lugar obligado para algunas ejecuciones de reos que la justicia condenaba a la pena capital.

En la época que nos ocupa (1869 a 1872), los procesados eran sacados del viejo Cabildo, para ser conducidos en carruajes y bajo segura custodia, hasta la esquina de 18 de Julio y Magallanes; y cuando ellos llegaban, ya circundaban la plaza en correcta formación, dos o tres batallones.

La fúnebre comitiva era precedida por fuerzas de caballería, e integrada por los defensores de los condenados, por el actuario del Juzgado que entendía en la causa, altos empleados policiales y sacerdotes, llamados éstos últimos a asistir espiritualmente a los reos, hasta segundos antes de quitárseles las vidas.

Era punto terminal de la caravana, la acera que correspondía al corralón existente sobre la calle Magallanes, a ocho o diez metros de la hoy Avenida 18 de Julio, junto a cuyo muro se levantaban los banquillos.

Preliminares de las ejecuciones

Como ya estaba todo dispuesto de antemano, se empezaba por hacer arrodillar a los condenados, para que, en tan humillante situación, oyeran por última vez la sentencia. Luego, se les sentaba en los banquillos y se les ataba de pies y manos para obligarlos así a una absoluta inmovilidad que asegurara el mejor éxito de la puntería de los "milicos".

Vibraba el clarín en un prolongado toque de atención; — y cuando el eco de la última nota se hubo perdido entre el palpitante ansioso de un par de millares de curiosos, el jefe que mandaba las fuerzas, — espada en mano, — pregonaba con el mismo diapason de voz con que ordenaba los movimientos militares a sus soldados.

;;;Pena la vida...!!!

—¡Por Dios y por la Patria, penan la vida los reos...!!!!

Agregando poco después y luego de otro toque de clarín:

—¡Pena la vida quien pida por los reos...!!!!

En seguida se procedía a vendar los ojos a los penados, para que no se apercibieran del momento cuando el oficial que mandaba el peloton de tiradores, ordenaba el instante supremo de la ejecución; — operación aquella que estaba a cargo, como así también la de la atadura, a cargo de uno de los presos del Cabildo.

Eso de vendar ojos y de atar las extremidades de los condenados al madero del banquillo, se consideraba desdoroso para los militares encargados de hacer el resto. Y es indiscutiblemente curioso que nuestros mayores, que daban tanta aparatosa a esta clase de espectáculo, tuvieran ese mentido y último sentimiento de conmiseración para los desgraciados a quienes iban a ajusticiar, — cuando aparte de quitarles las vidas trataban de anotarlos durante cuarenta y ocho horas con la inhumana ceremonia de la "capilla", acto que consistía en alojarlos después de notificárseles por primera vez la sentencia y de colocárseles en ambas piernas, una pesada barra de hierro a la que llamaban "grillos", — en un aposento dentro del cual se alzaba un

altar con velas encendidas para officiar las misas y se les daba por inseparable compañero a un sacerdote que se lo pasaba musitando oraciones, alternadas con consejos y vaticinios de una vida más venturosa en el insondable más allá.....

Vendados los ojos de los reos, avanzaban cuatro tiradores si se trataba de un solo ajusticiado, de ocho si eran dos, de doce si eran tres, etc., etc., con las armas (remington) ya cargados.

Los sacerdotes trataban de reconfortar a sus asistidos, prometiéndoles la redención de sus pecados siempre que tuvieran fé en el Salvador; y, gradualmente y a medida que se alejaban del banquillo, levantaban más la voz para que aquellos no se dieran cuenta del segundo trágico, a la vez que con la diestra en alto, hacían la señal de la cruz. El oficial levantaba entonces en alto su espada y al bajarla sonaba la descarga que epilogaba con mayor derramamiento de sangre, una causa criminal.

El tiro de gracia

Los criminales inclinaban la cabeza hacia un lado, ya cadáveres, porque cuatro balas disparadas a cuatro pasos de distancia y dirigidas al pecho, eran más que suficientes para producir la muerte instantánea; pero, ello no obstante, avanzaba sin pérdida de tiempo un "cabo", quien, colocando el caño del fusil en la sien del reo, disparaba un nuevo tiro, al cual se le llamaba de "gracia".

Final de espectáculo

Las bandas de música de los batallones rompen en alegres marchas y cada unidad, vestida de gran gala como para las más grandes solemnidades y después de desfilar por frente a los ajusticiados, con sus bizarros jefes a la cabeza, retornan a los cuarteles.

Y el público, siempre ávido de espectáculos brutales, aplaude a raíz de la fatal descarga, y no conformándose con haber visto tan poca cosa, cuando el último soldado desfiló ante los cuerpos inaninados en los cuales la justicia saldó una cuenta, se estruja ante los fúnebres despojos, para presenciar el

postrer espectáculo, consistente en quitar las ataduras y las vendas a los ajusticiados.

.

Un diplomático de pró

Poco amigos de la nota roja, no podemos prescindir de extendernos en este caso como un complemento de las referencias anteriores, para referirnos concretamente a una de las últimas ejecuciones llevadas a término en la Plaza de Artola.

Por los años a que se refiere este capítulo, desempeñaba las funciones de Encargado de Negocios de Italia, el Caballero Raffo, quien arribó a Montevideo aureoleado con los prestigios que le daba su desahogada posición financiera y con las simpatías que se conquista todo hombre de mundo, que sabe proporcionar a sus amistades, con banquetes y saraos, los placeres que solo están al alcance de las clases privilegiadas.

Soltero recalcitrante, pues ya había dejado atrás el medio siglo, ello no obstaba para que su espíritu alegre y sociable lo impulsara a dar grandes fiestas en su casa quinta del Camino Millán, a las cuales concurrían las familias que constituían la élite de la sociabilidad montevideana.

En aquellos días que no contábamos todavía con el aristocrático Prado, se disputaban el cetro del predominio de sus lujosos salones, el Caballero Raffo y don José Buzchental, de bien arraigados prestigios; y era así frecuente ver frente a las verjas de sus respectivas quintas, largas filas de carruajes arrastrados por los mejores troncos, que, dicho sea de paso, recién empezaban a importarse al País, guiados por cocheros de vistosas libreas.

Cómo se eclipsa una personalidad

Pero, de pronto, la personalidad de Raffo fué rudamente atacada desde la prensa, "El Siglo", si mal no recordamos, que lesionaba seriamente su reputación y buen nombre, sindicándose como autor de tales publicaciones a un connacional suyo, republicano entusiasta y médico humanitario.

Raffo contestó una sola vez, tratando de desvirtuar las imputaciones que se le hacían; y ello dió lugar a que la campaña contra él arriera en forma violenta y despiadada.

El diplomático italiano, percatándose de que las publicaciones lo habían perjudicado enormemente, pues la concurrencia de las numerosas relaciones a su mansión se iba debilitando día por día, empezó a aislarse; y su espíritu antes abierto a toda manifestación jubilosa, se modificó en el sentido de convertirlo en un casi misántropo.

Un hombre de capa

En la noche del 19 de Abril de 1871 un coupée se detenía frente al Café Torino, ubicado en la calle Río Negro entre las de Mercedes y Paysandú, cuyo comercio era señalado como punto de reunión de toda clase de gente, descendiendo un hombre embozado en una capa. El cochero apenas si contaba diez y seis años de edad.

Momentos después salía el misterioso personaje acompañado de otro hombre que ocupó un puesto al lado del auriga, mientras que él tomaba asiento en el interior. El coche, bajando entonces por Río Negro, se detuvo en la esquina de Cerro Largo.

¿Está el doctor?

El que iba en el interior, descendiendo a la acera, dió unos golpes en el llamador de una puerta.

—¿Quién llama? — preguntó desde adentro Ruival, amanuense del doctor Angelli.

—¿Está el doctor?...

—Sí, está. ¿Para qué lo desea?

—Un compatriota que se encuentra en la mayor pobreza necesita de sus servicios profesionales.

Momentos después el médico así requerido, abandonaba el lecho, pues ya era más de la media noche, para correr en auxilio, como lo hacía siempre, de un pobre necesitado, subiendo al carruaje que habría de conducirlo a una criminal emboscada, que se le había preparado de antemano en la casa de la calle Olimar número 11 (numeración vieja) y en donde en un misérrimo cuartujo, alumbrado por una vela, uno de los confabulados

se hacía el enfermo sobre un catre desprovisto de colchón, siendo aparentemente asistido por otro de los cómplices.

No bien hubo traspuesto el doctor el dintel de la puerta, cayó para siempre víctima de un feroz fierro dado en la cabeza, y que recibiera por la espalda propinado por otro de los cómplices que permanecía oculto detrás de una de las hojas de aquella.

Un cuarteto trágico

Antes de proseguir con nuestra narración conviene que nombremos a los ejecutores reales del crimen; empezando por señalar a José Dotta (a) Barbeta, italiano y que fué quien contratara o apalabrara a los demás criminales y diera muerte al doctor. Insúa, (a) Corbalán, argentino; Gaetano (a) Rocha; Netto (a) El Chivo y Agustín Veirano que era el cochero, siendo estos últimos de nacional uruguaya.

El sindicato como mediador entre el señor Raffo y Barbeta, según los demás procesados, era un español llamado José Obaraldo, — quien no era otro, que el que ya viéramos entrar de capa en la noche del crimen, en el Café Torino.

Todos los comprometidos, excepción hecha de Barbeta que negaba su participación en el asesinato, afirmaban que Obaraldo le había prometido a aquel por cuenta del señor Raffo, la suma de cuatro mil pesos.

Barbeta, hasta sus últimos momentos fué visitado asiduamente por un italiano; — y cuando ya en capilla debiera mostrarse desesperado demostraba una tranquilidad sorprendente, pues según anuncios del visitante, lo de la ejecución no era otra cosa que un simulacro, afirmándole que se obtendría del Presidente de la República, el indulto de las penas.

Cómo se descubrió el crimen

Cuando se descubrió el cadáver del infortunado médico, toda la población de Montevideo se estremeció de pesar y de indignación; — y muy especialmente la colectividad italiana, en donde aquél gozaba de general estimación, por sus bellas prendas morales.

Era por entonces Jefe de Policía don José Cándido Bustamante, quien tomó a su cargo la dirección de las pesquisas, tendientes a dar con el autor o autores del monstruoso crimen; — y en las circunstancias en que el expresado funcionario cruzaba la Plaza Independencia acompañado de José Ruival, el amanuense del doctor Angello, se detuvo éste de pronto junto a uno de los aurigas que hacían su parada frente a aquél paseo, exclamando:

— ¡Este es el cochero que fué a buscar anoche al doctor... señor Jefe! ¡

Lo demás es fácil adivinarlo. Veirano contó sin mayores esfuerzos su participación en el crimen y denunció a todos sus cómplices.

En cuanto a Obaraldo desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra; — y se afirmaba por aquellos días que, ejecutado el crimen, le había tocado a su vez caer bajo el puñal de Barbeta, en la Costa Sur, pues ambos fueron vistos por allí en las primeras horas de la madrugada siguiente a la noche en que se consumó el asesinato.

Otros sostenían que el español de la capa había embarcado sigilosamente en un barco ya preparado de antemano, por la Costa Sur, en donde fuera visto con Barbeta.

En la Isla de Ratas

Los criminales que eran defendidos por los doctores don Domingo González y don Joaquín Requena García, así que prestaron las primeras declaraciones ante el Juez del Crimen doctor Vilaza, (por entonces no habían Jueces de Instrucción) fueron trasladados a la Cárcel de la Isla de Ratas, de donde retornaron a la Capital para ser ejecutados. Le tocó hacer entrega allí de los presos, al Alguacil del Juzgado, a nuestro amigo don Pepe Achinelli, viejo empleado de Aduana, jubilado, quien por entonces, guardia nacional movilizad, — era el oficial de guardia del destacamento militar destacado en la isla.

La ejecución de estos criminales en la Plaza de Artola, fué de las últimas que se llevaron a efecto en forma tan pública. Las demás se hicieron después, dentro de los muros del Taller Nacional de Adoquines en

la época de Latorre y de cuya institución nos ocupamos extensamente en el primer tomo de "Recuerdos y Crónicas de Antaño"; y en épocas posteriores, dentro del perímetro de la Penitenciaría, que por entonces era la que es hoy Cárcel Correccional.

Ello no obstante y por excepción, fueron ejecutados algunos reos en el mismo lugar en donde cometieron sus crímenes, como ocurrió con un tal Figuerón, ajusticiado en los montes del Santa Lucía, segunda sección del Departamento de Canelones y con los asesinos de la familia Gabito, fusilados en Maldonado.

Reconstrucción del crimen

Fuó tal el apasionamiento y el interés que despertó el crimen, que no faltó un espíritu comercial que se encargara de reproducir en maniqués de cera y en tamaño natural, a los criminales y al confiado médico, en el preciso momento en que éste era agredido a mansalva por el sexagenario Barbetta, reconstrucción que se exhibió con gran éxito de público en el Teatro Cíbils, que funcionaba en la calle Ituzaingó entre las de Cerrito y Piedras, en donde, con telones y decoraciones, se reprodujo asimismo, el tu-

gurio de la calle Olimar N.º 11.

El final de una vida de esplendor

Fuera o no fuera culpable Raffo del hecho que se le imputaba, lo cierto es que aquél espíritu alegre y decididor, cayó después en una aplastante misantropía.

El distanciamiento de sus viejas relaciones que le hicieron el vacío, los anónimos que a diario recibía recordándole el crimen, la propaganda que hacían en su contra los propios connacionales y la que desde Italia mismo, realizaba el periodista señor De Sianni, Director de "L'Italia", quien tradujo a la lengua del Dante la defensa del doctor González, en la cual no se dejaba bien parada que digamos la inculpabilidad del diplomático italiano, contribuyeron a aplastar definitivamente la personalidad del que hasta poco antes, fuera niño mimado de la sociabilidad montevideana.

Y sucedió lo que fatalmente tenía que ocurrir: inspirador o no del crimen su caída social y política fué precipitada. Tuvo que cargar en su conciencia con el peso de un crimen o en el corazón, con el ingrato recuerdo de la injusticia de una sociedad a la que él tan generosamente divertiera en su lujosa mansión del Camino Millán.

CON UNA CASI CENTENARIA

DESDE LA BORDA DEL BARCO. — BUENOS AUGURIOS. — UN VISTAZO SOBRE EL VIEJO MONTEVIDEO. — DOÑA BERNARDINA FRAGOSO DE RIVERA. — COMIENDO NARANJAS. — BAILE A LA USANZA VASCA. —

Presentándonos

Llamamos a la puerta de la calle Sierra 1377, con ciertos recelos de haber hecho un viaje demasiado temprano, porque apenas eran las 9 y 30 a. m. — hora no muy apropiada para encontrár levantada a una persona casi centenaria.

—¿El señor Rossi, de LA MANANA?, nos preguntó una señora de cabello canoso.

—Es verdad. Veníamos...

—Pase adelante. Don Pepe Achinelli, ya nos había anunciado su visita.

Y nos hicieron pasar a una salita que también hacía las veces de comedor en donde todo se encontraba muy prolijamente arreglado. Instantes después, una anciana, caminando con bastante desenvoltura, vino hacia nosotros sonriente y extendiéndonos su diestra que estrechamos con afecto.

—Nos han asegurado, señora,—
inquirimos, — que usted ya es casi
centenaria...

—Esas miras llevo, señor, pues
aquí, donde usted me ve, tengo
noventa y dos años. Me sobra sa-
lud, tengo buen apetito, duermo
como duermen los justos y no me
incomodo por nada ni por nadie.

—Con todas esas cualidades y
virtudes, usted habrá de llegar a
pasar victoriosa la línea del pri-
mer centenario de su vida...



Doña Juana Deville de Casasús

—Y que usted lo vea...

—Gracias. ¿Su nombre, señora?

Desde la borda del barco

—Juana Deville de Casasús, viu-
da, de noventa y dos años de edad
y con setenta y cuatro años de re-
sidencia en esta ciudad, á la que
tanto quiero y a la que he visto
surgir desde que era poco más que
un villorrio hasta convertirse en lo
que es en la actualidad.

Todo fué de buenos augurios pa-
ra mí. Después de dos largos meses
de navegación a vela, llegué en un

primero de año; — y junto a la
borda del velero, contemplaba el
caserío que se extendía sobre la pe-
ninsula únicamente y que no era
otra cosa que a lo que hoy llaman
la vieja ciudad. De cuando en cuan-
do, sentía el estallido de los cohe-
tes que, jubilosamente reventaban
en el espacio de aquella mañana de
estío.

Mi cabecita vasca me anunció
qué sería feliz en esta tierra de le-
yendas, — ya que decir América
por entonces en Europa, era soñar
con un paraíso de cosas exóticas y
en la que el dinero se encontraba
a paladas como así también indios
con taparrabos y flechas y que ha-
cían de cuando en cuando de las
suyas. Asocié en esos momentos la
impresión que me producía la jo-
ven ciudad, con su hermosa bahía
y su Cerro, con la fecha de mi arri-
bo y descarté todo recelo de que
pudiera arrepentirme de mi aven-
tura.

—¿Usted es vasca?

—De Bayona.

--Prosiga, señora...

Para llegar hasta La Matriz

—Huérfana de padre y madre y
sin hermanos, vine a este país re-
clamada por mi padrino, un cona-
cional al que todo el mundo conocía
por "Churupí", pobre como las ra-
tas, cuyo único patrimonio lo cons-
tituía un corralón ubicado en la ca-
lle Buenos Aires — frente al Tea-
tro Solís -- en donde los lecheros,
verduleros, fruteros, etc., etc. de-
positaban sus caballos, mientras
realizaban sus negocios dentro de la
Ciudadela, que servía de Mercado.

Que comer, no faltaba; pero, ¡qué
diablos...!! aquello no era para
mí...

La Plaza Matriz estaba llena de
zanjones, y las calles, sin empedrar,
quedaban convertidas en lodazales
cuando llovía. Recuerdo que para
llegar hasta La Matriz lo hacíamos
por un caminito de piedras, que
unía a la Metropolitana con la es-
quina de enfrente, que hoy ocupa el
Hotel Pirámides.

¡Oh, las naranjas!!

A los fondos de la Ciudadela ya
era todo descampado, pues la ciu-

lad se circunscribía, puede decirse, hasta Sarandí y Juncal.

—¿Una impresión cualquiera que conserve de aquellos días?

—En mi país se veían por entonces muy pocas naranjas y sólo las comían los muy ricos. Yo que las ví allá rarísima vez, siempre las miré como manjar de los dioses, reservado únicamente para los encumbrados. Pobre como era, tenía que resignarme a uno glotona contemplación.

Imagínese usted, mi buen señor, **qué impresión habré recibido** cierta mañana, que, habiendo ido a la Ciudadela, por compras, se me ofreció el deslumbrante espectáculo de ver sobre el piso y como si no valieran nada, enormes montones de doradas y relucientes naranjas.

Averigüé el precio. Aquello no valía nada. Las regalaban casi. Y asómbrese usted. Me comí una docena...

—¿Una docena de un tirón?

—¡Y con cáscara y todo...!!

¡Qué impresión más deliciosa cuando mordí la primera naranja...!!

¿Vé usted señor, como era una pavadá ese grato recuerdo que conservo de mi vida de muchacha?

—De ninguna manera. Es un episodio que la pinta a usted de cuerpo entero: que ha sido usted modesta, muy fácil de contentar y muy golosa, sobre todo.

—Efectivamente. Yo creo que mi longevidad la debo precisamente a mi carácter poco ambicioso. Yo soy muy fácil de contentar...

Las primeras ocupaciones

En mi juventud me dediqué a la costura; y después me coloqué en la casa de un español llamado don José Gereda, establecido con registro en la calle Cámaras (hoy Juan Carlos Gómez). El señor Gereda, muy blanco de opinión, había casado con una mejicana extraordinariamente hermosa, muy colorada y muy riverista, íntima amiga de doña Bernardina Fragoso de Rivera, esposa del general, cuya divergencia de opiniones en el matrimonio, daba lugar a frecuentes reyertas.

—¿Cuánto ganaba usted en esa casa?

—Diez patacones. Un estupendo sueldo en aquel entonces; pero debe

tenerse en cuenta que, como buena vasca, no tenía pereza para trabajar.

Cuando entré Flores

—¿Vd. habló alguna vez con misia Bernardina?

—Sí, señor; en ocasión de ser el día de su cumpleaños, y que mi patrona, la mejicana, le enviaba por mi intermedio, un presente. La esposa del general, sumamente bondadosa me regaló algunas monedas.

—¿A qué militares u hombres de significación, conoció entonces?

—A Flores, únicamente, cuando terminada la Cruzada Libertadora se encontraba en la Unión. Yo vivía para trabajar, nada más; y salía a la calle muy pocas veces.

Recuerdo perfectamente bien que como se anunciara que la ciudad sería bombardeada porque los blancos no la querían entregar, yo y mi marido, que estaba instalado con sastretería en la esquina que forman las calles Sarandí y Cerro (hoy Bartolomé Mitre), con el fin de evitarnos los malos ratos del bombardeo, nos fuimos hasta la Unión, a la espera de los acontecimientos. Felizmente todo se arregló y nosotros pudimos volver a nuestro hogar a la retaguardia de las huestes que acaudillaba Flores.

Maneras de divertirse

—¿Cuáles eran sus diversiones predilectas?

—¡Oh, muy pocas, señor...! ¡Tenía muchas cosas que hacer!

Cuando, por rara vez salía, me extasiaba frente a la "Quinta de los Bichos", en pleno campo, en lo que es hoy calle San José Chico, cuya propiedad pertenecía a un italiano conocido por Nicola.

—¿Por qué le llamaban "Quinta de los Bichos"?

—Porque como su dueño era hombre de fortuna, se permitía el lujo de poseer animales, tales como macacos, avestruces, etc., etc.

—¿No concurre a bailes?

—Una sola vez y en día domingo. En la calle Andes, entre las de

Uruguay y Mercedes, había una fonda vasca que daba en los días de asueto a los connacionales, bailes a la usanza del país lejano, a base de "chirulas" (flautas) y tamborines. Allí la gente se divertía muy sanamente...

—¿Qué otra cosa del Montevideo viejo, nos puede decir?

—A no ser lo de la venta de agua por las calles, mientras no se implantó el servicio de aguas corrientes, — que se hacía en barrilitos a lomo de caballo, — uno de cada lado como si se tratara de árganas. El agua la traían de los Pozos del Rey, allá por la Aguada, o de una cachimba existente en donde hoy funciona el Teatro Royal y que por entonces era un corralón a cuyo predio se entraba por un portón. También tenía aceptación otro ojo de

agua de la calle Soriano entre las de Andes y Convención, propiedad de un bearnés llamado Pedro Trején.

—Finalmente, señora, encontré Vd. en el Uruguay, su felicidad?

—Es verdad; aquí me casé, formando un hogar venturoso, y casi, casi, me atrevo a afirmarle, que ni los años me pesan.

Y nosotros salimos convencidos que no llega a cien años el que no quiere o quien no sea capaz de poseer la suficiente dosis de filosofía que lo ponga a cubierto de los sinsabores de la vida...

Ni más ni menos, como esta bondadosa anciana, que es pura alegría, y que ha sabido conformarse con la suerte que el Destino le ha deparado.

EVOLUCION DEL CRIOLLO

LOS TRABAJOS QUE ANTES REALIZABA. — COMETIDOS REPUTABLES. — LOS HIJOS DE "GRINGOS" ARTESANOS. — EL CRIOLLO EN EL EXTRANJERO:

Sesenta o setenta años atrás, el peor insulto que podía inferírsele a un gaucho, peón de estancia, era ordenarle que fuera a arar la tierra.

—¡Mirá.....! decía asombrado y en el colmo de la indignación, si un gaucho de güena lay, se vá a convertir en un chacarero..... ¡Ese trabajo se deja pa los canarios haraganes...! ¡¿Ande se habrá visto en este país, que un oriental se güelva mulita pa arañar la tierra...?

El hombre de campo no servía para otra cosa que para peón de estancia, tropero, domador, trenzador o carrero. Los demás trabajos, los consideraba indignos, deprimentes para su idiosincrasia nativa.

¡Cultivar verduras, plantar árboles frutales o de sombra? Eso nunca. No solamente no se les ocurría hacerlo a los peones sino que ni siquiera a los patrones el or-

denarlo.

Cuando mucho y al lado de "las casas" el ombú que como era "carne de perro" y prendía de gajo y ni la seca ni las hormigas le hacían mella, echaba sus ramasones, sin exigir del hombre otro esfuerzo — si esfuerzo puede llamarse —, que plantar la estaca al lado mismo del barril del agua.

Cuando empezaron a realizarse las trillas con máquinas, los criollos se iniciaron en una nueva labor: la de simples peones "echadores" o acarreadores de paja y demás cometidos en los cuales no hubiera que desenvolver un átomo de inteligencia. Los maquinistas, foguistas y encargados de las máquinas, eran extranjeros. No se concebía tampoco, que un nativo pudiera tener meollo suficiente como para amañarse con el mecanismo de "tanto fierrería" y tanta "maquinaria", al

decir de los mismos.

Los alambreadores, también eran "gringos", especialmente italianos y vascos.

En los centros de población, el criollo "de familia" si era regularmente educado, desempeñaba un puesto público, o entraba como dependiente de tienda, ocupación que no era de mal tono desempeñarla; y cuando se trataba de muchachos sin mayores pretensiones, entonces ocupaban éstos, puestos de dependientes de una "pulpería" que, a la venta de comestibles, llevaba acoplada siempre el expendio de bebidas alcohólicas. Otras veces preferían el desempeño de las funciones de cochero.

Los deheredados de la suerte, se ocupaban en las faenas de los mata-deros o integraban las policías como guardias civiles, o prestaban servicio como repartidores de carne o de pan, de carretilleros etc. etc. cuando no iban a engrosar las filas de la tropa de línea, ya como voluntarios, o ya como "destinados" que así se les decía a los que llevaban por la fuerza, las célebres "levas" de los cuerpos de línea que tanto funcionaron en la campaña a la caza del hombre.

En muy raros casos el criollito entraba como aprendiz de albañil, de herrero, carpintero, etc., etc. para aprender un oficio; y nos aventuramos a creer, que los primeros oficiales uruguayos que hubieron en esos ramos, fueron precisamente los hijos de los dueños de los talleres, obligados muy sensatamente por sus padres a hacerse hombres de provecho.

Ofrecer a un pueblerito un puesto de peón para trabajar en el arreglo de los caminos públicos o en una vía férrea, era casi, casi como aplicarle una cachetada.

—¡No faltaba más...! — repetía cuando se le insinuaba la idea. Eso de andar con un pico y una pala, se dejaba los gringos...!

Y así se explicaba como todos los componentes de esas cuadrillas de trabajadores, fueran, por regla general, italianos, quienes a su vez murmuraban del criollo, como justa revancha:

—Todos estos criollitos son in-nos compeditos anche harraga-

nes...!

La instalación de las primeras líneas tranviarias en Montevideo, abrió nuevos horizontes al criollaje metropolitano porque el oficio de guarda o de cochero se adaptaba perfectamente bien, con su delicadeza "nacional". Y vimos así en el pescante delantero de los coches, al "compadrito" de clavel en la oreja y melena rizada, impregnada de aceite de "Oriza", empuñar el látigo adornado a la mitad del mango con una especie de plumerito, azotar a los matungos, no sin antes haber echado ternos y cuaternos a voz en cuello.

Para los puestos de enfermeros y de basureros, no se concebía que hubiera quien los desempeñara mejor que los gallegos; — y el criollo que por aquel entonces se hubiera atrevido a ocupar cualquiera de esos cometidos, muy particularmente el segundo, habría sido mirado con desprecio "por el círculo de sus relaciones.

Un ingeniero o un maquinista tenía que ser por fuerza inglés; y un buen albañil, frances o italiano.

La vida fácil y por ende, barata, no exigía la realización de mayores esfuerzos para llevarla sin estrecheces. Un buen troquete de carne y un par de panes por día intercalados con el cosabido "cimarrón", bastaban para que nuestros biografiados pudieran conservarse en excelentes condiciones. No habían por entonces mayores tentaciones que exigieran gastos; — y en lo que a vestimenta ser efíere, no obstante estar a bajísimo precio la confección de trajes, estos eran mandados a hacer por los obreros, allá por muerte de un obispo, para ser lucidos solamente en las grandes solemnidades.

El trabajador de nuestros días, viste al igual, o mejor si cabe, que el oficinista; — y vemos a aquel concurrir a sus obligaciones, vestido y calzado con toda elegancia, para cambiarse en el taller ó en la obra, sus ropas de calle por las de faena.

Hoy el criollo no le hace ascos a ningún trabajo, desde el más complejo al más sencillo y humilde, que los ejecuta a plena conciencia, con verdadera contracción y con sobra-

da inteligencia.

Nuestros profesionales, nuestros industriales y nuestros artesanos, no solamente han triunfado en el solar nativo, sino que también en el extranjero; — y es fama que, un “oriental” como se nos decía antes, o un “uruguayo” como se nos llama ahora, supo y sabe honrar a su País

lejos del terruño, con su honradez, con su inteligencia y con su perseverancia para el trabajo que dignifica; y tanto que, bastaba solo decir en el extranjero — sobre todo en la Argentina, — “soy oriental” para que se le diera preferencia en todas las actividades de la vida.

Historia de la edificación en Montevideo

LA PRIMERA CASA DE MATERIAL. — LAS PRIMERAS BALDOSAS. — MADERAS EMPLEADAS. — UNA CASA DE TRES PISOS. — LAS PRIMERAS DE “AZOTEA”

Las primeras casas

Ya lo hemos dicho en capítulos anteriores, que el primer poblador que tuvo Montevideo, fué don Jorge Burgues, y gracias a su decisión, poco después de su arribo se levantaba en la península, entonces desierta, la primer casa de lo que, con el correr de los años, sería gran ciudad, con paredes de piedra en seco, y a cuya construcción siguió un rancho. Este acontecimiento ocurría en 1720.

Tres años más tarde, esto es, en 1723, Burgues rompía su aislamiento con el refuerzo de otros abnegados como él: Gronardo, Pistollet y Gallo, quienes, al igual del primer poblador, levantaron también construcciones para sus viviendas.

No transcurrió mucho tiempo sin que la tranquilidad de los fundadores de Montevideo se viera interrumpida con el arribo de un navío portugués, cuyos tripulantes en son de conquista, levantaron sin pérdida de tiempo, tiendas de campaña, iniciando la construcción de un reducto en la ribera Oeste del río, para procurarse medios de defensa. La ciudad de la Colonia, que ocupaban por entonces los misioneros, se encargó de proporcionar a los invasores ganados destinados a atender la subsistencia de los mismos.

Zabala, a la sazón en Buenos Aires y en conocimiento de lo que ocurría, desalojó a los intrusos, y

en previsión de nuevas incursiones, amplió las obras de defensa iniciadas por aquellos y dispuso asimismo la construcción de los primeros fuertes, para cuyas obras se trajeron mil indios misioneros.

Materiales de construcción

Las construcciones se levantaban a base de piedra en seco con techos de teja y pisos de tierra o de ladrillos, y las maderas que se aplicaban como tirantes procedían del Paraguay. Cuando se trataba de ranchos, la paja para los techos se traía de Santa Lucía, utilizándose como caballetes y tijeras, maderas de los montes cercanos, y en manera muy especial, el sauce, que fué aprovechado igualmente en ciertos detalles de las obras de la Ciudadela. Algunos de estos ranchos tenían como puertas cueros de vaca.

Después de construída la Ciudadela, recién empezaron a levantarse alguna que otra casa de las llamadas de “azotea”.

Las aguas pluviales

Como detalle curioso de estas construcciones debe consignarse el que se refiere a la salida de las aguas pluviales; las casas de techos de teja, que eran de dos alas, tenían que arrojar la mitad de las aguas a la calle; y las de azotea echaban en cambio la totalidad de aquellas, por medio de caños, poniendo a la miseria no solamente

a las calles, sino que también a los escasos transeúntes que tuvieran que pasar a su vera.

Los zaguane^s, siempre anchísimos, tenían como pavimento, el de ladrillos.

Baldosa criolla

La instalación de una nueva industria en el país, — la fabricación de baldosas, — hecho ocurrido allá por 1790, dió lugar a que las casas llamadas de lujo, sustituyeran los pisos de ladrillos por los materiales que proporcionaba la nueva industria.

En cuanto a las casas de alto, — muy pocas por cierto, — tenían las escaleras, en los patios, generalmente, o bien al fondo de los enormes zaguanes.

Un "rascacielo"

A fines del siglo XVIII, Montevideo contaba aproximadamente con trescientas casas de azotea de un solo piso; y sesenta, de dos. De tres pisos, no había más que una, "rascacielo" que se levantaba frente al Fuerte de Gobierno (hoy plaza Zabala), conocida por la "casa de Cipriano". El resto de la edificación lo constituían viviendas de techos de teja y de paja.

Primeros edificios de "azotea"

Los primeros edificios de azotea que tuvo Montevideo, de uno y dos pisos, eran de propiedad de los Sres. Cipriano de Mello (el de los tres pisos), Viana, Piedra Cueva, Zabala, Solsona, Gestal, Maciel Pozo, Quincoces, Chopitea, Vargas, Pereyra, Durán, Vidal, García de Zúñiga, Toribio, Fernández, Pérez, García, Secco, Vilardebó, Nabia, Balvín, Vallejo, Magariños, Sostoa, Molina, Bianchi, Barreiro, Maza, Arraga, Díaz, Berbecet, Contuce, Giró, Sauco, Correa, Maturana, Massini, Juanicó, Camuso, Olave, Zamora, Cordones, Sienra, Lecoq, Araucho, Martínez, Zufriateguy, Larrobla, Vázquez, Lombardini, Fajardo, Blanco, González, Otero, Villagrán, Ortíz, Chucarro, Méndez,

Aldecoa, Montero, Valdivieso, Maldonado, Dobal, Gutiérrez, Cardoso, Illa, Conde, Vizcaino, Ocampo, Lagos, Baena, Aldana, Noble, etc.

Los de teja

Entre los edificios de techos de teja, — que eran la gran mayoría, — podemos enumerar, el primitivo Cabildo, la primera Matriz de la cual nos hemos ocupado en los tomos anteriores, el Hospital de Caridad, que era un rancho de dos aguas, el Convento de San Francisco, el Fuerte, el Coliseo, que más tarde dió lugar al San Felipe, el Cuartel de Dragones (hoy Escuela Naval) y otros que no vale la pena mencionar.

Características de la edificación

Las paredes ya fueran de piedra o de ladrillo, eran excesivamente anchas, tanto que algunas propiedades las llevaban hasta de unos cuarenta y dos a cuarenta y cinco centímetros de ancho, o más todavía.

A estas construcciones se les dotaba de dos patios, el primero y el segundo, aquel con gran parral y éste con plantas de vista y medicinales. El alelí, el parral, el heliotropo, el jazmín del país, la ruda, el cedrón y el toronjil, vivían en plena camaradería. Y al fondo, el corral para albergar a las lecheras, al caballo "de andar" y patos y gallinas.

El cuarto de baño, era cosa que no se sopechaba, siquiera.

Aljibes, no

Como no era frecuente la construcción de aljibes ya fuera por las dificultades que ofrecía el subsuelo petreo en una gran parte de la planta urbana o bien porque se argumentara (entre ellos el gobernador Bustamante y Guerra) que las excavaciones para su construcción, reducirían la superficie de la ciudad, las aguas pluviales que correspondían al ala del edificio que caía sobre el interior de la propiedad, iban a parar por medio de caños, o de troncos de pitas ahuecadas, a pipas que enjataban de Europa, trayéndonos vino carlón.

HOJARASCA

Los insanos

Hasta el año 1822 las personas atacadas de demencia eran hospitalizadas en los conventos de Montevideo; y tratándose de lo que el vulgo llama "locos furiosos" estos eran reclusos en los calabozos de las cárceles o los cuarteles. Cuando había que vérselas con "locos mansos", se les dejaba vagar por las calles en completa libertad de acción.

A fines de 1822 se dió el primer paso hacia una medida humana y razonable, pues desde entonces, empezaron a asilarse los insanos en el Hospital de Caridad.

El primer aniversario del desembarco de los 33

Corresponde a la ciudad del Durazno el honor de haber sido la población de la República que festejara el primer aniversario del desembarco de los Treinta y Tres Orientales, en la Playa de la Agraciada.

En efecto: el entonces pueblito del Durazno, festejó el 19 de Abril de 1826 la magna fecha, con la celebración de un Te Deum y un panegírico, que estuvo a cargo del sacerdote don Lázaro Gadea, realizándose además un gran banquete a la criolla y por la noche, un baile.

Por la instrucción pública

En medio del caos que dominaba al país como una consecuencia lógica de la lucha que sostenían nuestros mayores por la obtención de la independencia nacional, no olvidaron aquellos el sagrado deber de velar por la instrucción de la niñez; —y fué así como el 16 de Mayo de 1827 se lanzó un decreto disponiendo el funcionamiento de escuelas públicas de primeras letras en los pueblos cabeza de departamento.

Alcaldes Ordinarios

Así mismo y con fecha 6 de Diciembre del mismo año, se decretó para las capitales de los departamentos, la creación de la justicia civil con la denominación de Alcaldes Ordinarios, cuya jurisdicción era la misma que la que hoy corresponde a los Jueces Letrados Departamentales.

Para el desempeño de tales funciones, no era necesario que el funcionario fuera letrado, porque por entonces eran escasísimas las personas que pudieran ostentar un diploma universitario.

Movimiento portuario

Durante el año 1831 entraron al Puerto de Montevideo las siguientes embarcaciones:

De ultramar: doscientos sesenta y cuatro.

De puertos argentinos: ciento veintisiete.

Y de puertos nacionales, doscientos.

Lo que da un total de quinientas noventa y una embarcaciones.

Comisión de censura de teatros

En 1837 existía ya una Comisión de Censura e Inspección de Teatro, nombrada por el Gobierno y que integraban los señores Bernardo P. Berro, doctor don Florentino Castellanos y el inmortal poeta, autor de la letra de nuestro himno patrio, don Francisco Acuña Figueroa.

La Iglesia del Cordón

La piedra fundamental en donde más tarde habría de levantarse la Iglesia del Cordón, fué colocada con las ceremonias del caso el 16 de Octubre de 1842.

Fantasmas y Lobisones

TÍO BENEDITO NOS INICIA EN LOS MISTERIOS FANTASMAGÓRICOS Y LOBISONTÍPICOS. — RECUERDOS DE MI PUEBLO.

Al toque de oración...

Cuando desde el umbral de la puerta de calle en donde nos encontrábamos sentados, veíamos pasar momentos antes de las nueve de la noche a tío Benedito, un negro africano que había sido esclavo y que por entonces desempeñaba las funciones de campanero "mayor", rumbo a la Iglesia de mi pueblo para dar los toques de oración, ya se nos ponía la carne de gallina, porque a los primeros tañidos de las campanas, nuestras imaginaciones infantiles veían por regiones siderales a brujas, cabalgando sobre escobas y a diablos saltando de pretil a pretil, sobre todo el ancho de la calle.

Por vía de silueta...

Tío Benedito, cambueta y medio retacón, que daba a su andar el balanceo característico de los barcos cuando reciben la marejada de costado, apoyado siempre en nudoso bastón de membrillo, ataca la cabeza con amplio y florido pañuelo de los llamados de hierbas que remataba con un viejo sombrero,— al describirnos las marchas, mazurcas y valsos que a él se le antojaba ejecutar con sus tres únicas campanas y una de ellas, rajada, nos hablaba también de las cosas sobrenaturales que solía ver desde su encumbrado puesto en las horas en que "tocando ánimas", llamaba a sosiego a los habitantes del pueblo...

Por el ex esclavo bozalón nos iniciamos en los misterios de los "lobisones", así llamados los sépti-

mos hijos varones de un matrimonio.

El lobisón

El Destino había deparado a quien hubiera tenido la mala ocurrencia de nacer en tales condiciones, una broma por demás pesada. Todos los viernes, al toque de ánimas, quedaba convertido en donde quiera que se encontrase, en perro o en chanco;—y lo que es peor, arrastrando generalmente una cadena, cuyo ruido constituía el terror de la gente de los suburbios que creía a pies juntillas en tales brujerías. Guardias civiles hubieron que abandonaron sus puestos de vigilancia, cuando cualquier Viernes de noche, creyeron percibir el ruido metálico de la cadena, o vieron acercársele a un mastín meditabundo o decepcionado de los amorios perros de la vida...;—y si cualquiera, en tan fatídica noche, se cruzaba con un can voluminoso, le hacía por las dudas la señal de la cruz, mientras que, musitando un exorcismo para el caso, trataba de obtener el alejamiento del lobisón.

Para hacerlo desaparecer

Pero había casos en que al perro se le ocurría seguir al asustado vecino quien entonces rogaba:

—Váyase Manuel, váyase con Dios. Déjeme tranquilo, que yo nunca le he hecho mal ni nunca, tampoco, me he reído de Vd.

Y ese mismo vecino contaba después que el lobisón desaparecía como por encanto, como si se lo hubiera tragado la tierra...

Otro, más guapo o que creyó me-

jor en la eficacia de un buen garrote que no en santiguados y exorcismos, afirmaba que al dar el golpe "con alma y vida" al pobre lobisón, éste, después de aullar de dolor, no había podido menos que exclamar a la vez que emprendía rápida disparada:

—¡Qué bárbaro...!!!

En las primeras horas de la mañana, antes de que la aurora nada propicia para solidarizarse con estas agorerías desvaneciera las últimas sombras de la noche, el lobisón volvía a reencarnarse en su caparazón humana, hasta el toque de ánimas del próximo Viernes;— pero, durante todo el resto de la semana, era mirado por la gente ignorante con temor supersticioso; y por nada en el mundo eran capaces los creyentes de atraerse ni su contacto ni su mala voluntad.

Con los lobisones,—decían con la mayor sinceridad,—no hay que jugar...!!!

Y había quienes afirmaban que cualquiera que se atrajera la mala voluntad del hombre que se volvía chanchito o perro, éste se tomaba su revancha yendo por la noche de un Viernes a arañarle la puerta de su casa, en donde aullaba a todo pulmón, a la vez que arrastraba larga y pesada cadena, el complemento indispensable para ser un buen y perfecto lobisón.

Mientras que las aves de corral

Es natural, que en algunas de las noches fatídicas se vieran por los suburbios, perros de distintos pelajes y tamaños, arrastrando cadenas;—y tal circunstancia daba lugar a que los prestigios del lobisón acrecieran, por cuanto el vulgo que comentaba sus correrías, le daba mayores cualidades sobrenaturales,—no solamente de ubicuidad, sino que también transformativas. En realidad no se trataba de otra cosa que de bromas de algunos vecinos "avisados" que con el fin de atemorizar a los más crédulos o de comer gallinas ajenas, soltaban a sus perros con las correspondientes cadenas, cuando no las arrastraban ellos mismos, agazapándose, — para el mejor éxito y la mayor impunidad en sus visitas a los gallineros del prójimo.

Como todas las cosas cambian en la vida, debemos decir que desde hace años y con el fin — posiblemente, — de concluir de una vez por todas con tan desatinadas leyendas, los presidentes de la Nación Argentina, vienen aceptando los padrinzagos que se les ofrecen para todo séptimo hijo varón de un matrimonio.

Los fantasmas

Para ser fantasma no era necesario reunir la condición del lobisón. Cualquier cachafaz o "cachafaza" podía serlo.

Había fantasmas de diversas clases: con zancos—que eran los más importantes;—sin ellos, los sin cabezas, que las ocultaban en amplísimo gabán, y las que elevaban sus cuerpos ficticios, esgrimiendo un palo con un travesaño en el extremo superior, desde donde caía larga sábana.

Esto no obstante, sesenta o setenta años atrás, los vecinos de mi pueblo vivieron seriamente alarmados ante la aparición de un fantasma original, cuyas formas hasta entonces, no eran conocidas.

El fantasma del Cementerio

Aparecía en el Cementerio, que por entonces tenía los muros muy bajos, saltaba las tapias y a poco, se perdía entre el lujurioso cardal de la cuchilla.

Quienes lo habían visto,— desde lejitos, por cierto, — no sabían precisar la forma real del fantasma, que tan pronto caminaba echado hacia atrás o empujado hacia adelante. Otras veces, alto y tieso; y otras, andando con todo el largo de "su cuerpo", en forma paralela al suelo. De pronto se recogía y de pronto se elevaba en proporciones realmente fantasmagóricas.

Hasta que un día la policía haciéndose de coraje y convenientemente reforzada por un piquete de "urbanos" provistos de "tercerolas", — armas de fuego de la época y agazapándose desde las primeras horas de la noche por entre los cardos y detrás de las tapias del "camposanto", se propuso atrapar a tan original fantasma.

De pronto vieron policianos y urbanos que un individuo, saltando el

muro penetraba al cementerio para remover una fosa en donde horas antes había sido enterrada una persona, cuyo cadáver, desalojado del cajón, volvía a la madre tierra, mientras que el féretro, cargado por el "fantasma" encarnado en la persona del sepulturero y cajonero fúnebre a la vez, — un napolitano, — volvía nuevamente a la casa de su procedencia ubicada en las orillas del pueblo, — en donde al día siguiente el mismo ataúd podría ser ofrecido en venta para "un nuevo cadáver".

Los cambios de "posturas" que adoptaba para su mayor comodidad esta hiena humana, daban lugar a que, quienes lo vieran marchar en tales condiciones, con la complicidad de las sombras de la noche y con la impresión de verla salir del cementerio, le atribuyeran facultades inverosímiles para andar.

Y es lógico suponerlo: hubo prisión para rato.

Con zancos

Todo el pueblo estaba alborotado.

—¿No ha visto el fantasma que aparece a eso de la media noche por las Tres Esquinas?, se preguntaban los vecinos, misteriosamente todas las mañanas.

—No lo he visto, no señor, pero he oído decir a don Cosme, que vió, que es tremendo de grandote. Figúrese si será grande que para descansar tiene que sentarse en los pretilos de las azoteas...

Tales eran las preguntas y respuestas que se cruzaban entre los buenos vecinos de mi pueblo, justamente alarmado por tan inquietante aparición.

Como no había quien se le atreviera al fantasma, éste realizaba sus excursiones hasta en las noches de luna llena; — y desde el campanario de la iglesia, a medio kilómetro del lugar de los sucesos — tío Benedito, que vivía también por las Tres Esquinas, la vió más de una vez "boulevardiar" sobre sus altos zancos por aquellos andurriales.

Se hacían mil comentarios alrededor de la aparición; y alguien que sin quererlo y sin pensarlo, se dió de buenas a primeras con ella

y disparó sobre la misma un pistoletazo, tiro que por temblar el pulso no diera en el blanco, creó a aquella una aureola de invulnerabilidad para las balas.

Preparando las trampa

La autoridad policial tomó cartas en el asunto, finalmente, proponiéndose dar caza al temido fantasma; — y para ello, recurrió a un expediente que, puesto en práctica en otras oportunidades había dado excelentes resultados.

Desde los cuatro postes de la boca-calle se cruzaron sogas bien tirantes, un buen rato antes de la hora en que habitualmente hacía su aparición el fantasma que siempre realizaba el mismo recorrido; mientras que los policianos y urbanos quedaron en acecho en lugares próximos y ocultos. Llegó el ser "sobrenatural", encaramado sobre sus largos zancos, cubierto con la inevitable túnica blanca; y al pretender cruzar la calle, tropezando en la trampa que le habían preparado, dió con su humanidad en tierra, en donde fué recogida con algunos magullones en el cuerpo.

Y ¡asómbrese el lector quien podría ser el fantasma! Una mujer, — una china marimacho de esas de cuestión. Y de suma importancia. cuchillo en la liga, — que gozaba después entre sus comadres y compadres al oír referir en forma abultada las hazañas, que en noches anteriores había realizado, con la complicidad del temor y de la credulidad de la gente.

Por aquellos días en que la policía se encargaba de establecer penalidades a su modo, sin entrar a especificar la clase de delitos que pudieran cometerse y sin temer tampoco que la justicia ordinaria pudiera entablarle juicio de competencia de jurisdicción, tocó a la china purgar su falta o delito, en forma bien original por cierto.

La china Clea

La mañana siguiente a la noche en que se hizo tan buena presa, fué de gran alboroto para los pacíficos habitantes del pueblo. Hombres y mujeres se largaron a la calle a inquirir datos sobre tan importante suceso.

—¿No sabe, vecina, que han cazado al fantasma de las Tres Esquinas?

—¡Que han de cazarlo...! A los fantasmas no hay quien los agarre. Y menos a ese, que anda en "ancos", y... que ha corrido a mucha gente...

—Pues para que Vd. sepa. Anoche mismo lo cazaron con unas pioletas que, muy tirantes, las dejaron cruzadas en la boca calle de las Tres Esquinas. ¡Y si Vd. supiera quien había sido el desalmado.

—¿Quien, vecina...?

—Pues, nada menos que la china Cleta....!

—¿La china Cleta?

—La misma; ¿y porque nó?

—No; garras para eso y para mucho más, tiene esa sabandija. Cuente como fué la cosa...

... ..

¡Pobre fantasma...!!!!

Bien amarrada a las rejas de una casa ubicada en el mismo campo de operaciones en donde realizaba sus correrías, encaramada sobre sus zancos y cubiertas sus hombros con la larga túnica blanca que tantos sustos ocasionara, la china Cleta perfectamente custodiada por la policía y a cara descubierta, permaneció desde muy temprano hasta altas las horas de la tarde, en expectación pública para que todo el vecindario pudiera apreciar la inconsciencia de la credulidad en esta clase de "aparecidos"; ejemplar castigo que tuvo la virtud de llevar la tranquilidad a toda una población;—y decimos "a toda", porque los mismos que no creían en duendes ni en la intangibilidad de los fantasmas,—por nada en el mundo querían vérselas con esos audariegos de la noche.

Habíamos pensado poner aquí, punto final

En verdad: habíamos dado por finiquitada la crónica de hoy;—pero al releerla antes de entregarla al taller, nos hemos dado cuenta que no habíamos mencionado a los fantasmas sin cabeza. Naturalmen-

te, que para quienes no estén tan "profundizados" como nosotros en tan deletéreo asunto, nuestra omisión sería imperdonable y hasta inquietante, si se quiere.

El fantasma sin cabeza, es el más pobre diablo de los fantasmas. Casi, casi, un desgraciado fantasma.

Provisto de amplísimo cobretodo, coloca el cuello de éste sobre la cabeza y trata de escurrirse al amparo de los cercos arbolados de los rancheríos de los suburbios, para así, protegido por las sombras de la noche, densificadas aún más por las proyectadas por las cinas-cinas o tunas, llevar a las mentes de los pobres cerebros de la gente de los rancheríos, espíritus siempre dispuestos a aceptar como perfectamente lógicos los disparates más grandes que puedan concebirse sobre "aparecidos",— una impresión gráfica de su existencia, en este pícaro mundo de los vivos y de los tontos, sin la existencia material de ese complemento del cuerpo humano que se llama cabeza.

La aparición del fantasma sin cabeza provocaba la dispersión de toda la familia, que cenaba en esos precisos momentos,— para encerrarse a rezar en una de las piezas de la casa o del rancho.

Pero... ¡oh, misterios de las cosas terrenas y ultra terrenas...! La aparición del fantasma sin cabeza siempre coincidía con robos de chorizos y salchichones que esperaban su sazonomiento, colgados, al calor de la lumbre del fogón cuando no la propia comida de esa noche.

¡El hombre sin cabeza, comía...!

... ..
El último fantasma de estas características a quien le tocó correr una noche el que estas líneas escribe en unión de otros muchachos,— ya que íbamos de auxiliares de la policía de cuyos representantes no nos alejábamos mayormente;—era un pobre moreno que, cansado o avergonzado al fin de ser fantasma de tan poco rango, fué acometido de "sourmenage" tal, que dió con su humanidad en el Manicomio Nacional, así llamado entonces al hoy Hospital Vilardebó.



El ferro carril de nuestros mayores

LOS BATALLONES CUANDO PASEABAN

LEVITA Y GALERA DE FELPA. — A FALTA DE SALONES DE LUSTRAR CALZADO. — LOS UNIFORMES DE ENTONCES. — LAS TORTURAS DEL CALZADO Y DE UN AFIRMADO MALLO. — LOS HACHEROS. — LAS BANDAS DE MUSICA. — QUIENES PRECEDIAN A LOS BATALLONES. — REDOBLANDO CON COSTILLAS. — RIVALIDADES DE BARRIOS. — LAS GUERRILLAS. — EL BATALLON DESFILA BAJO LOS BALCONES DE LA CASA DE GOBIERNO

¡Se lustra...!!

Montevideo va perdiendo a medida que pasan los años, muchos cuadritos animados de sus viejas modalidades en las cuales, la Naturaleza y las cosas, ponían simpáticas pinceladas de vida y de animación.

Cuando no existían todavía salones de lustrar calzado con las complicadas combinaciones de pomadas, ceras y otros ungüentos que se emplean ahora para dar "brillo y esplendor" al calzado, y que un arrapiezo cualquiera, arrimando el cajoncito al cordón de la acera, obtenía idénticos resultados con sólo un par de cepillos, un poquito de betún que se ablandaba con unos salivazos, mediante la retribución de un vintén y sin propina, nuestros hombres de pro vestían desde que se levantaban hasta que se acostaban, trajes de levita con el complemento de la galera de felpa.

Era indispensable

No se concebía tampoco que un médico, un abogado o un escribano, saliera a la calle en el ejercicio de su respectivo cometido profesional, con la democrática americana y el sombrero blando de ahora.

Para la muchachada bien, para los "dandys", era indispensable el uso de la levita que se alternaba con el de jacket, acompañado de la galera de felpa o de la galerita redonda, que a veces resultaba un sí es o no cuadrada, término medio entre la primera y la segunda.

Colita en un jacket

Jóvenes había que iban a la escuela de jacket; y un compañero de

prensa habrá de recordar si es que llega a leernos que en el primer día de su ingreso a determinado colegio y estando la clase en funciones frente al pizarrón, colocó una cola de papel en los faldones de aquella prenda de vestir que llevaba un condiscípulo, que habría de morir años más tarde valientemente en la acción de Tres Arboles, sirviendo bajo las órdenes del coronel don Ricardo Flores.

Esa travesura que se descubrió cuando el malogrado amigo pasó a hacer una demostración en el pizarrón, determinó una severa penitencia a todos los alumnos que se negaron a denunciar al culpable, castigo que no alcanzó al "debutante" porque el maestro — mal psicólogo en el caso — no podía concebir que a los pocos minutos de su ingreso, pudiera aquél ser capaz de tanta audacia.

Cadete con todas las de la ley

No era tampoco cosa del otro mundo ver a un perjenio de diez y siete años vestir levita y galera de felpa; y de esta aseveración podrá dar fe uno de nuestros generales más ilustrados, que ha ocupado la jefatura del Estado Mayor, quien, siendo cadete de la Escuela Militar, ansiaba que llegara el día de salida para lucir su esbelta silueta por esas calles de Dios, entallada con tan aristocrática prenda de vestir y con el complemento de pantalones de fantasía.

Todo pasa

Gradualmente la levita fué cediendo paso al jacket, hasta tal punto que después no se usaba más

que para asistir a los entierros, ceremonia que llevaba implícitamente la obligación de vestirla.

Y a tanto llegó su desuso, que hoy sólo la llevan algunos viejos cocheros como uniforme funerario.

El paseo de los batallones

Por entonces era corriente también, que los batallones alternándose en sus salidas, realizaran paseos por las calles más centrales de la ciudad; y que los pobres oficiales y soldados se estropearan los pies en la aspereza de la pavimentación que, a base de empedrado de cuña, era la corriente en la ciudad.

¡Y había que ver las proezas de equilibrio que tenían que realizar los militares para guardar la propopeya marcial de la marcha, al pisar la bravura de las piedras de punta!!!

No era un despropósito en aquellos días, que los hombres presumieran de ser poseedores de pies chicos y angostos, contando para ello como es consiguiente suponerlo, con la complicidad de los zapateros, ya que nadie, o muy pocos, eran los que se compraban el calzado hecho, tan cómodo ahora con sus formas desahogadas. Con este simple detalle queda dicho el martirologio por el cual habrán pasado los oficialitos presumidos, que hoy ostentan las charreteras de coronel o las palmas del generalato.

La indumentaria militar

La indumentaria de los soldados era muy distinta a la de ahora. En Verano, vestían amplias bombachas, tan almidonadas hasta ponerlas rígidas y barullentas en las marchas; casaquilla, kepi y polainas altas, todo de brin blanco; y aparte del armamento y del correa, llevaban además en sus espaldas, una mochila de cuero, en cuya parte posterior y sujeto con una correa, brillaba un plato de lata. En el interior de aquélla, se llevaban cuerbios, cepillo para la ropa, y algún otro chirimbo de uso doméstico, a todo lo que se llamaba en términos cuarteros "la masita".

Los oficiales vestían pantalón y casaquilla de brin blanco.

En el Invierno la indumentaria en lo que a la bombacha, casaqui-

lla y kepi se refiere, cambiaba, pues el brin era sustituido por el casimir azul. Los oficiales gastaban casimir negro.

El traje de parada para la tropa era verdaderamente lujoso, pues lo constituía amplia bombacha de rico paño color lacre, levita azul oscuro, alta polaina blanca y kepi duro que remataba con un pompón verde para la infantería y rojo para la caballería y artillería. Los oficiales vestían levita negra, cruzada a la cintura con faja roja, pantalón lacre y kepi duro con penacho de plumas. Las charreteras de los soldados coincidían con el color del pompón y eran de lana. La de los jefes y oficiales, de gusanillo de oro.

Los batallones de antes

Cada unidad militar la constituían quinientos, seiscientos o más hombres de tropa; y todas ellas rivalizaban en tener la más numerosa y mejor instrumentada banda de música, que era el orgullo, no solamente del batallón, sino que también del barrio en donde el mismo tuviera su cuartel. Muchos que nos lean habrán de recordar con cariño a los viejos maestros Spinelli, Savini, Julián Silva, Calazza, Narbona y otros que escapan a nuestra memoria.

Los hacheros

Durante el gobierno del general Santos se dio a cada unidad de infantería un motivo más de curiosidad pública, con el agregado de una "escuadra de gastadores", a los que el pueblo dio en llamar "hacheros" y que constituían un grupo de doce hombres de tropa y un sargento, por batallón, elegidos entre los de más alta talla (con preferencia indios) y que, a la cabeza del mismo, marchaban arrogantes, vestidos con pantalones rojos con guarniciones de gamusa, polainas blancas por debajo de los mismos, casaquilla azul oscuro con vivos verdes, largo delantal y peto de cueros de tigre y llevando en vez de kepis, altos morriones peludos con carrilleras de escamas de bronce estampado. El arma que esgrimían estos soldados eran sendas hachas de metal bien bruñido con guarniciones de bronce para la defensa del filo, que rechazaban es-

mil irradiaciones a fuerza de brillo, los destellos solares que quebraban en ellas su poder lumínico. Cada hachero llevaba además sobre el costado izquierdo del cuerpo un machete curvo.

“Cuerpo de vanguardia”

Los batallones al salir a la calle eran precedidos por un centenar de muchachos del barrio a que perteneciera el cuartel, para acompañarlos en sus excursiones al son de la música y alternando la marcialidad de la marcha que trataban de imitar a ratos a los soldados, con las piruetas propias del estado jubiloso que los dominaba; y cuando cesaban los sones de los instrumentos para dar lugar a que los tambores rompieran en alegres redobles, aquéllos secundaban el rítmico sonido de las cajas, con un repiqueteo que sacaban de pedazos de costillas de vacunos, las cuales, colocadas dos en cada mano entre los dedos índice, mayor y anular, producían, convenientemente agitadas, el ruido característico de las castañuelas.

El 2.º de Cazadores

Así por ejemplo, hasta 1897, la muchachada de la Aguada tenía al 2.º de Cazadores que mandaba el bizarro coronel don Ricardo Flores, como al batallón de mayores prestigios en todo Montevideo; y que al ser aniquilado por las balas fratricidas de Tres Arboles en la Revolución de 1897, habría de cubrirse de gloria por su temerario arrojo. El barrio Guruyú tenía al 3.º; los del Cordón y Figurita al 4.º; y así por el estilo.

¡Y había que ver el apasionamiento con que se discutía entre muchachos y hombres de barrios distintos, respecto a cuál era la unidad mejor, por su vestimenta, por su disciplina, por sus bandas de música y lisa y hasta por la estampa de los caballos de sus jefes!

Las guerrillas

Era tal el entusiasmo que dominaba el espíritu de los muchachos,

que habían realizado los paseos, que después de dejado en su cuartel al batallón, el ardor bélico los llevó a trenzarse en guerrillas de piedras con elementos del barrio por donde aquél hubiera realizado su recorrido.

Hubo guerrillas de tal magnitud que iniciadas por muchachos, se generalizaba más tarde con hombres, quienes sustitúan a las piedras arrojadas con manos y con bondas, por garrotes y cuchillos, en las cargas “a la bayoneta”, porque en estas clases de contiendas se producían también sus entreveros.

El barrio de Palermo, por ejemplo, con los hermanos Lema a la cabeza, cuatro de los cuales tuvieron trágico fin, fué el más célebre entre todos los demás no solamente por el número de sus componentes, sino que también por la bravura de los mismos. Hubo casos en que la policía fué impotente para dominar el ardor de los guerrilleros.

Como en la época que comentamos el movimiento de vehículos no era muy intenso que digamos, pues aparte del trapvía de tracción a sangre que marchaba cada quince minutos, circulaba alguno que otro vehículo, estos paseos militares resultaban siempre muy del agrado del público y no ocasionaban por otra parte mayores trastornos al desenvolvimiento del tráfico, por las razones ya dichas. Al pasaje del batallón las ventanas se abrían para dar paso al elemento femenino que no quería perderse el interesante espectáculo.

Por la Casa de Gobierno

En casi todas estas excursiones, la unidad militar pasaba por la Casa de Gobierno; y a su aproximación, salía a los balcones el Presidente de la República, acompañado de sus ministros, quienes interrumpían sus labores gubernamentales para responder a las saluciones de las unidades militares que, con paso marcial y a bandera desplegada rendían así un homenaje más al primer mandatario de la Nación.

DESDE 1829 A 1843

EN 1829

En el año 1829 se celebró un nuevo censo de población en el país, que por entonces lo constituían solo nueve departamentos, con el siguiente resultado:

Montevideo ..	14.000	habitantes
Canelones ...	11.000	"
Maldonado ..	11.000	"
San José	7.000	"
Colonia	7.000	"
Soriano	7.000	"
Paysandú	7.000	"
Durazno	5.000	"
Cerro Largo .	5.000	"

Total .. 74.000 habitantes

Que la suspicacia del cronista no ofenda a nuestros mayores y en manera muy especial al encargado o director del trabajo censal; pero mucho nos tememos, teniendo en cuenta la "redondez de las cifras" —que el recuento de los pobladores de esta patria chica, se hizo a ojos de buen cubero.

EN 1835

En 1835 se levantó un nuevo censo respecto al cual nada tenemos que objetar, pues a juzgar por la variedad de cifras numéricas que nos brindan los datos oficiales, parece que no se hizo una repartija más o menos equitativa de habitantes entre los departamentos como en el caso anterior; y que si hubo ojos de buen cubero, ellos no fue-

ron tan absolutos como seis años antes.

El censo arrojó esta vez un total de población de ciento veinte y ocho mil trescientos doce habitantes, distribuidos así:

Montevideo ..	23.404	habitantes
Soriano	13.200	"
Canelones ...	7.800	"
San Luis	8.080	"
Colonia	9.706	"
Paysandú ...	27.900	"
Cerro Largo .	10.100	"
Maldonado ..	21.296	"
Durazno	6.286	"

Total . 128.312 habitantes

EN 1843

Otro censo levantado en Montevideo, solamente, en Octubre de 1843, arrojó una población de treinta y un mil ciento ochenta y nueve habitantes, descompuestos así:

Orientales	11.431
Extranjeros	19.758

El dato oficial que nos sirve para estas breves referencias, consigna que dentro del total de los 31.189 habitantes, figuran 1.344 negros africanos, que el censo no los toma ni como orientales ni como extranjeros.

Y se explica? Los pobres morenos eran esclavos: un término medio entre el más desgraciado de los hombres y la bestia.

EL CERRITO DE LA VICTORIA

SU PRIMITIVO NOMBRE. — MONTEVIDEO CHIQUITO. — SITIOS
QUE DESDE ALLÍ SE IMPUSO A MONTEVIDEO. — HASTA
EL LLEGARON LOS FRANCISCANOS Y LAS FAMILIAS
EXPULSADAS POR VIGODET

Montevideo Chiquito

No todos nuestros lectores tendrán conocimiento de que esa pintoresca eminencia que se levanta a las puertas de la capital y que, es hoy uno de sus barrios sub urbanos con la denominación del Cerrito de la Victoria, haya sido conocido hasta los albores de nuestra vida independiente, con el nombre de Montevideo Chiquito, apareciendo así en un mapa de la época cuya copia hemos tenido a la vista.

¿Por qué el nombre de Montevideo Chiquito?

Seguramente, porque muchos, al referirse al Cerro lo llamaban Montevideo, involucrándolo así a la incipiente ciudad; y para distinguir a la otra eminencia menor mediterránea, se dió en llamarla Montevideo Chiquito, hasta que la victoria de Rondeau, obtenida contra las fuerzas españolas mandadas por Vigodet el 31 de Diciembre de 1812 substituyó el diminutivo nombre por el que hoy lleva a tan buen título.

Resultaba más agradable para los patriotas al referirse a la pintoresca localidad, recordar la hazaña de Rondeau dando a aquélla el halagüeño calificativo de la Victoria, en vez del casi despreciable de Chiquito, que hasta entonces tenía.

Aparte de este acontecimiento el Cerrito es digno de que se le preste atención por más de un concepto.

El primer sitio

El 21 de Mayo de 1811, antes de la victoria de Rondeau, Artigas, después de haber obtenido el magnífico triunfo de Las Piedras, estableció allí su campamento para poner sitio a Montevideo, regido por el Gobernador Elío, a quien el jefe de los orientales, después de haber canjeado prisioneros, para obtener

la liberación de los que habían caído en poder de los españoles durante la desgraciada campaña de Belgrano al Paraguay, intimó la rendición de la plaza.

Las salidas intentadas por los españoles fueron todas rechazadas por las fuerzas patriotas; y esos reverses provocaron una desenfrenada ira en Elío, quien, incapaz de sofocar la justa rebelión, que en afanes de independencia brotaba por todos los ámbitos del país, decretó la expulsión de nueve franciscanos del convento en donde Artigas recibiría su instrucción.

En la noche del mismo 21 de Mayo los sitiados distinguían perfectamente desde las azoteas de sus casas y desde las almenas que remataban los muros de la Ciudadela, los fogones en donde vivaqueaban las fuerzas artiguistas; y sus centinelas oían también con toda claridad las provocaciones que les dirigían aisladamente y por su cuenta los gauchos, que, llegando hasta los mismos portones y circundando los fosos, invitaban a los "godos" a pelear mano a mano.

En nombre del rey

Los sacerdotes estaban reunidos en la noche del 23 en una de las dependencias del convento, tal vez comentando los acontecimientos de esos días, cuando de pronto sonó con estrépito la aldaba de la puerta de calle.

—¿Quién va? — preguntaron desde adentro.

—¡Abrid en nombre del rey!

Y como al conjuro de una palabra mágica se dejó oír en el silencio de la noche, el ruido de trancas que se descorrían y el chirrido característico de enorme llave girando en el interior de la cerradura de la casa conventual.

La puerta quedó abierta de par en par.

—Pasad, caballeros, dijo el superior del Convento.

Un oficial seguido de fuerte escolta y con gesto adusto pasó al interior de la finca, mirando de soslayo a todos lados.

—Se os acusa de estar en connivencia con los rebeldes.

—Orábamos, señor, cuando fuimos interrumpidos por vuestro llamado...

—De orden del excelentísimo señor Virrey debéis seguirme.

—Muy bien; arreglaremos primeramente nuestras cosas...

—¡Nada de eso! Tendréis que acompañarme de inmediato, sin un segundo de dilación y así como estáis...

—¿Sin llevar nada?

—Sin llevar nada. Obedeced sin replicar. Las órdenes son terminantes y severas.

Y los frailes, que en realidad eran decididos patriotas, con José Benito Lamas a la cabeza, quien habría de ser poco después uno de los hombres más útiles a Artigas, siguieron al oficial español por las desiertas y oscuras calles de Montevideo, hasta el Portón de San Pedro, que daba precisamente sobre lo que es hoy Plaza Independencia. La fuerza era precedida por un soldado que llevaba en su diestra un farol de mano para alumbrar el recorrido.

Váyanse con sus matreros!!

Llegados que hubieron al límite de la Ciudadela se impartieron las fuerzas artiguistas; y sus brevísimas órdenes; y, de nuevo, sintióse el chirrido de llaves en funciones. El postigo practicado en el Portón de San Pedro quedó abierto para dar paso, en primer término, al soldado que portaba el farol, a quien siguió el oficial que mandaba el piquete y que llevaba su espada desenvainada; — y señalando con la punta de la misma los fogones patriotas a los frailes que lo habían seguido hasta el exterior, dijo con tono de mando y tratando de dar a su voz la inflexión de los criollos:

—¡Váyanse con sus matreros!!...

Y desde esa misma noche, el ejército patriota, contó con nueve soldados más.

Ello no paró ahí. Impotente como lo hemos dicho, para la obtención de un triunfo sobre los "matreros" como él les llamaba hizo salir igualmente de los muros y en la misma forma violenta como lo hiciera con los franciscanos, en la noche subsiguiente a cuarenta familias sindicadas como patriotas, entre las cuales se encontraba la de Artigas, — actitud que provocó la indignación de la población en general y que determinó el mayor acrecimiento de las fuerzas artiguistas.

Los Treinta y Tres

Los Treinta y Tres orientales, multiplicados ya después de los triunfos obtenidos en la campaña, hollaron también con sus plantas, las gramillas del Cerrito de la Victoria, para imponer sitio a Montevideo a la vez que obtenían de la plaza incorporaciones de hombres y el auxilio de algunos pertrechos.

En nuestras contiendas civiles

Nuestras desdichadas contiendas civiles tuvieron también como punto estratégico para sus demostraciones bélicas, el glorioso Cerrito. Allí hizo su alto el ejército rosista al mando de Oribe cuando la Guerra Grande, para anunciar a la Plaza con una salva de veinte y un cañonazos, su aparición.

Flores, triunfante en su Cruzada Libertadora en 1865, mostró a la ciudad desde la eminencia a sus pujantes lanceros; en Noviembre de 1870, Timoteo Aparicio volvió a hacer lo mismo y aún más: a tomar hasta ocuparla, la Fortaleza del Cerro.

Pero, el Cerrito de la Victoria es uno: el de Artigas y el de Rondeau, que regaron con la sangre generosa los patriotas que mandaban sin otra aspiración que la única de hacer Patria, patria grande para todos los orientales.

Por eso es que las margaritas silvestres más rojas y más hermosas que nacen en el País, son las que en Primavera brotan en las laderas del Cerrito, cuya tierra fertilizaron para toda una eternidad con las savias de sus vidas. los primeros gauchos que impusieron con las puntas de sus chuzas los primeros jalones de nuestra emancipación.

DESDE LOS DIAS DE SOLIS HASTA CIENT AÑOS ATRÁS

JUAN DIAZ DE SOLIS Y LOS SUYOS — EN EL CERRO — UN DOCUMENTO INTERESANTE — CIVILIZAR ES POBLAR — NO OLVIDARSE DE LA HORCA — EL SUEÑO DE NUESTROS ABUELOS — LAS RELOJERAS — LOS LADRONES —
COMO OPERABAN.

—————:—————

Muchas veces nos hemos ocupado de algunos detalles que tienen relación con los prolegómenos de la vida del coloniaje; pero, hasta ahora, habíamos omitido las instrucciones que se daban a los descubridores y conquistadores de estas tierras americanas, respecto a los procedimientos que debían seguir en los actos de toma de posesión, ceremonias que revestían siempre aparatosas solemnidades.

Juan Díaz de Solís y los suyos

Juan Díaz de Solís que con los suyos desembarcó en el Cerro, armados todos como se usaba en aquellos remotos tiempos, — de pies a cabeza, — después de clavar en tierra el estandarte real y de ver a algunos de su guerreros, que de rodillas desenvainaban sus largas espadas con gesto fiero, para dar mayor solemnidad al acto, — traía escritas las siguientes instrucciones, cuya ortografía y puntuación respetamos:

“La manera que habéis de tener
“ en el tomar de la posesión de las
“ tierras e partes que descubrié-
“ des ha de ser, hagais ante escri-
“ bano público y el mas número de
“ testigos que pudiéredes e los mas
“ conocidos que hubiere, un acto de
“ posesión en nuestro nombre, cor-
“ tando árboles e ramas, e cavan-
“ do o haciendo, si hubiere dispo-
“ sición, algún pequeño edificio, é
“ que sea en parte donde haya al-
“ gún cerro señalado ó árbol gran-

“ de, é decir cuantas leguas está
“ en la mar, poco mas ó menos ó
“ á que parte é que señas tiene y
“ hacer allí una horca, y que al-
“ gunos pongan demanda ante vos,
“ é como nuestro capitán ó juez,
“ lo sentenceis y determineis de
“ manera que en todo tomeis la di-
“ cha posesión, la cual ha de ser
“ por aquella parte donde la tomá-
“ redes, é por todo su partido é
“ provincia ó isla, é de ello saca-
“ reis testimonio sinado del dicho
“ escribano en manera que haga fé.
“ Fecho Mancilla a 24 días del mes
“ de noviembre de 1514 años. —
“ Yo el Rey”.

Con testigos propios

Dicho esto de un tirón, cabe suponer que Solís no habrá tenido mayores dificultades para encontrar el Cerro y aún mismo, para cortar árboles y ramas; pero, en eso de los testigos, “e los más conocidos”, sus anhelos se vieron frustrados, pues nos suponemos a los indómitos charrúas presenciando los ceremoniales desde lejitos y ocultos, para dar después a los conquistadores, el golpe que habría de quitar la vida al intrépido navegante y a muchos de sus compañeros, en las inmediaciones de Martín Chico.

La horca

En lo que no se mostraban tardos ni perezosos los visitantes era en el levantamiento de la horca pa-

ra las ejecuciones capitales, a cuyo fin paraban los palitroques correspondientes, junto a los locales que sirvieran de "cabildos" y de templos.

Habría sus asesinatos, no lo ponemos en duda, pero en lo que a ladrones se refiere, cuando Montevideo ya tenía sus casas de ventanas con rejas, aquellos empleaban procedimientos asaz rudimentarios para las sustracciones.

Bien sabido es que en un principio, no se conocía el servicio de alumbrado público; y que más tarde se empezó a dar luz con aceite de potro y velas de sebo de las llamadas de "baño", lo que quiere decir, que hasta la media noche, habría en las calles más humo apestoso, que luz.

Los "cacos"

Los "cacos" que no utilizaban los buenos servicios de las ganancias, dada las enormes proporciones de las cerraduras y porque, no obstante ello, los moradores aseguraban por dentro las puertas con sólidas trancas, lo que hacía imposible abrirlas desde afuera, se ingeniaran aunque en forma muy rudimentaria e "inocente", si se quiere, para cometer sus robachecos.

Nuestros abuelos al igual de nosotros, sentían también, la necesidad en las noches de estío, de respirar la brisa pura y vivificante, ya fuera ella la salitrosa del mar o ya la perfumada de tierra adentro; y como no habían tranvías que armaran el estrepitoso ruido de los de nuestros días, — ni grupos de muchachos que entonan las canciones del último carnaval, ni cornetas de automóviles, ni pitos de guardias civiles, porque no había ni lo uno ni lo otro, estaban bien seguros de poder dormir a pierna suelta, a poco de que se acostaran, que lo hacían momentos después de recogerse las gallinas. Y para ello dejaban abiertas las ventanas de sus dormitorios resguardadas por verjas de gruesos barrotes de hierro.

Las relojas

Los antiguos jamás dejaban el reloj y la larga cadena en los bolsillos del chaleco. En la pared y junto a la cabecera de la cama, colgaba la relojera de confección casera, en forma de corazón o de zapatilla, para guardarlos.

¡Oh, las relojas con su armazón de cartón, forradas de pana o de raso, bordadas, combinadas con gusanillo de oro o de plata y lentejuelas, con su bolsillo en la parte inferior para guardar el reloj — entonces de llave — y en la parte superior y un poquito más abajo del lacito que se abrazaba al clavo, para no caer, el gancho metálico que sostenía el barrote de la cadena la cual, al ser usada, se aseguraba con aquel cruzado por detrás de un ojal del chaleco!...

Por entre las rejas

¡Cuántas veces esas relojas con reloj y todo, desaparecieron en las horas de la noche, pese a las seguridades que en contrario ofrecerían los gruesos barrotes de las verjas y las sólidas trancas de las puertas!...

El "caco", junto a las rejas y haciendo el menor ruido posible introducía por entre los barrotes, una larga caña de cuya punta asomaba un gancho, el cual buscaba con tiento y con la complicidad de la luz de la luna, la presa codiciada. Y así llegaban a poder le los ladrones, no solamente relojes y relojas, sino que también prendas de vestir de ambos sexos y chirimboles de usos domésticos y fácilmente prendibles al rapaz anzuelo de tales pescadores de lo ajeno.

Así procedían antaño, los "ladrones de la madrugada", aunque conviene destacar también para la mejor concepción de estas noticias, que, para nuestros abuelos, — impertinentes madrugadores, — aquella empezaba a las once de la noche; ya que como lo hemos dicho se acostaban a poco de ponerse el sol...

LOS NEGROS ESCLAVOS

COMO SE IMPORTABAN. — PREPARANDOLOS PARA LA VENTA.

LIBRES AL FIN

La escasez de brazos

Allá por el año 1790 era tal la falta de brazos en ambos pueblos del Plata, que el Rey de España, en el deseo de intensificar la inmigración sin tener en cuenta la forma de conseguirla, dictó una Real Cédula dando grandes facilidades a los buques de todas las banderas que introdujeran esclavos en sus colonias de la América. Y fueron tan ha'guéñas las facilidades otorgadas que, solamente Montevideo con su escasísima población que ya hicimos conocer en capítulos anteriores, recibió en el plazo de tres años, dos mil seis cientos ochenta y nueve africanos, que se vendieron a un promedio de dos cientos cincuenta a quinientos patacones cada uno.

La caza de negros

La obtención de los desdichados morenos se hacía en el Continente Africano de distintas maneras: La guerra entre las tribus de aquellos países de selvas, aportaban siempre sus buenos contingentes de prisioneros que los vencedores se encargaban de vender mas tarde a las empresas traficantes de carne humana o a los capitanes de los buques negreros, así llamadas las embarcaciones que se dedicaban a tan inhumano comercio. Y cuando no habían prisioneros de guerra, los caciques y aún los miembros de las familias de las víctimas elegidas no titubeaban en determinados casos para enajenar bajo cualquier pretexto y a cambio de algunos chimbo's de relumbrón pero siempre de escasísimo valor, algunos cumplares de sus parientes, preferentemente jóvenes de ambos sexos, porque en pleno vigor de la Vida re-

presentaban un mayor precio.

Otras veces eran los gobernadores europeos que representando en el Africa "la civilización" realizaban los más pingües negocios, asociándose a las compañías negreras y a los mercados proveedores, representados estos por los caciques indígenas más poderosos.

Y cuando no, eran los propios capitanes que, operando por su exclusiva cuenta, realizaban sus desembarcos en cualquier punto de la costa, para dedicarse a la caza de los pobres negros.

Llenadas las bodegas de los buques con los esclavos, eran estos atados por los pies con cadenas, para hacerlos así completamente inofensivos; y la nave buscaba entonces el horizonte de la nueva América, encerrando en sus ventrudos e inmundos cascos, faltos de aire, de luz y de toda higiene, la fortuna de un aventurero capitán mercante, la de un pirata, o el aumento del capital de toda una importante compañía portuguesa, inglesa, francesa, española o italiana, que eran estas nacionalidades las que con mayores entusiasmos y mejores rendimientos se dedicaban a tan infamante comercio.

Y así fueron transplantados desde las exhuberantes selvas africanas a las incipientes poblaciones americanas, en la mísera condición de "animales para la venta", reyes que perdieron el cetro entre el frenético griterío de los vencedores, princesas que fueron tomadas por sorpresa en el remanso de un río, cerca de la costa del Océano, por un astuto pirata; y pobres diablos que, por rivalidades, odios o venganzas de caciques o de miembros

de sus propias familias, llegaron a convertirse para los mismos, en personas pocas gratas...

Operaciones de compra venta

Llegado el esclavo a poder de una persona, lo primero que ésta hacía era darle un nombre y su apellido, pero no como un honor, ni tampoco como un acto de benevolencia para el infeliz, sino como de mayor garantía de su propiedad. Las operaciones de compra venta de los desdichados morenos se garantizaban por medio de recibos en los cuales se consignaba el nombre del infeliz, si era sano o enfermo; y si el mismo llegaba a tener algún defecto físico, tuerto, rengu o manco, por ejemplo, no escapaba tampoco la consignación de tal detalle.

Algunos morenos obtuvieron su libertad antes de que Suárez los libertara, por acto espontáneo de sus dueños, en recompensa de alguna noble acción o bien por disposiciones testamentarias; pero, generalmente, sino siempre, los libertos prefirieron continuar viviendo al lado de las familias de sus amos.

Un caso de estos, nos lo ofrece la esclava María Magallanes, adquirida por don Antonio Magallanes, padre del general mismo apellido, morena que no quiso nunca abandonar a sus buenos amitos.

Un documento de compra

He aquí el documento que justificaba la propiedad de ésta morena, que nos ha sido proporcionado por el general don Juan V. Magallanes, quien recuerda con cariño a la esclava fallecida hace años en Sarandí del Yi, en casa de miembros de su familia, a la edad de setenta años y que fué durante toda su vida, un ejemplo de abnegación y de lealtad.

"Río de Janeiro 11 de Octubre de 1840. — Señor Don Saturnino Rebuerta. — Muy señor mío: — Por la goleta Oriental Aguila, remito a usted la negrita que usted me encargó le comparara aquí se llama María nación congo de 12 a 13 años de edad cuyo importe lo he recibido que son quinientos pesos.

Con tal motivo saludo a usted su afeto. y S. S. Adolfo Silva."

"Digo yo el abajo firmado que he vendido a don Antonio Magallanes, vecino de Pintado una negra de mi propiedad llamada María y que expresa el presente documento a estilo de Fresia y en la cantidad de quinientos pesos plata. — Montevideo Junio de 1842 Saturnino Rebuerta".

Como se vé, la negrita prometía porque por dos veces se dió por ella la cantidad de quinientos pesos. Su conducta posterior, no desmintió tales presunciones.



La esclava María Magallanes en sus últimos años de vida, dedicó "a su amito Juan V. Magallanes", esta fotografía.

Se crea la Junta de Sanidad

Es fácil imaginar que viajes realizados en las pésimas condiciones higiénicas, que ya hemos descripto y agravados más aún, por la enorme demora de la travesía que se realizaba a la vela, navegación su-

jeta siempre a la voluntad de los vientos, tuvieran fatales consecuencias para los esclavos, muchos de los cuales morían antes de ver nuevas tierras; y a los que no tocaba esa suerte, llegaban sino enfermos, — generalmente de sarna o viruela — en condiciones tales de postración, que daba lástima verlos.

Este estado de cosas determinó a las autoridades de Montevideo a crear la Junta de Sanidad que venía a ser algo así como lo que es hoy el Consejo Nacional de Higiene, para que dispusiera entre otras medidas, la obligatoriedad de prácticas inspecciones personales en el pasaje de las embarcaciones que nos llegaban en forma tan inescrupulosa

El caserío de los negros

Y fué así como la Compañía de Filipinas, una de las más fuertes en el comercio negrero construyó en el año 1798 una especie de depósito o lazareto, en donde hoy es la Playa Capurro, que con el correr de los años fué conocido con el nombre de "Caserío de los Negros". Otro depósito análogo se construyó a la altura del Arroyo Seco, lugar que por entonces ofrecía la característica de que hubieran grandes médanos de arena, los cuales fueron desapareciendo gradualmente a medida que la edificación exigía la contribución de ese material de construcción.

En esos caseríos quedaban los morenos reponiéndose del largo viaje, sometidos a un régimen de baños de mar para la curación de sus lacras y alimentados a base de carne, hasta que, con aspecto ya de buena salud, eran ofrecidos a la venta, porque no era de darlos "por menos de nada, por deficiencias del engorde".

Casos de insubordinación

En el año 1803 era tal el número de negros que, puede afirmarse, constituían la tercera parte de la población de Montevideo, empezando recién entonces a producirse algunos casos de insubordinación hacia sus amos, que tenían sobre ellos los mismos derechos que ahora pueda tener cualquier mortal sobre un

perro. Y a tal grado llegaron las insubordinaciones, que muchos morenos cansados de castigos y de privaciones, huyeron al campo a hacer vida de matreros y no sin que cometieran en algunos casos desde su punto de arranque o sea desde el primer paso de la escapatoria, algunas tropelías. La repetición de hechos de tal naturaleza movieron al virrey a levantar una horca en plena plaza pública (la Matriz) como saludable medida preventiva.

Trabajos que realizaban

Los hombres eran dedicados a los trabajos más rudos y tenían como única retribución, la comida y los trajes viejos de los patrones; las morenas de edad, servían para cocineras o lavanderas; y para éste último cometido cargaban sobre sus cabezas los atados de ropa y la batea, para realizar el trabajo en La Estanzuela (hoy Parque Rodó), o bien en los pozos de la Aguada. Las tareas del lavado debían darse por terminadas antes de la puesta del sol, porque, después de disparado el cañonazo de la plaza, quedaban cerrados los portones de la ciudad, no consintiéndose desde ese momento, que absolutamente nadie entrara o saliera de ella.

Otra tarea que se las encomendaba a los morenos era la de ir en las horas de la noche hasta la costa a echar al río las materias fecales que se guardaban en las fincas durante el día, en barriles, porque no había obras de saneamiento y porque no en todas las casas también, habían pozos negros.

El recado de la mita

Las morenitas más jóvenes, hacían las veces de mucamas y niñas y tenían a su cargo además de los surcidos de las ropas, cebar y "acarrear" mate, cuya tarea les absorbía todo el día, porque todo el día la familia hacía uso y abuso de la bombilla. Estas mismas morenitas eran también las encargadas de "llevar los recados", así llamadas las comisiones o mandados que les encargaban su amitas para las personas de su relación y respecto a cuyos cometidos se daban previamente las respectivas lecciones,

que, palabra más, o palabra menos, pueden traducirse en las siguientes frases, si se trataba del envío de un presente:

—Güenos días tengan vuestas mercedes. Manda decir l'amita que como están por aquí, que por allá están güenos a Dios gracias; y que les manda este trabajito de bordado hecho por ella para la señora mayor. Qué disculpen que no le salió como ella lo deseaba y ustedes se la merecen, etc., etc.

Señal de buena educación

Todas las morenas salían a la calle con un rebozo, generalmente de lana, sobre las cabezas; y, era tenido como grave irrespetuosidad, si al ir a hablar con una persona de la raza blanca, no dejaban caer sobre sus espaldas descubriendo el moterío, tal prenda de vestir. Ninguna persona de color, tampoco, fuera del sexo y edad que fuera, se permitía el lujo de tomarse el lado de la pared, cuando andando por la calle se cruzaba con alguien que no fuera de su propia raza. Más, todavía: reverente, haciendo toda clase de cumplidos y saluciones, bajaba a la calzada como señal de respeto y acatamiento.

Los domingos y días de fiesta, las esclavistas con sus vestidos de zarazas floreadas acompañaban a sus patronas a la iglesia, llevando las sillas y alfombritas para sentarse y arrodillarse, ya que por entonces los templos no contaban con los bancos reclinatorios que se usan ahora.

Arco iris de humanidad

Producido el movimiento antiguista, muchos esclavos acompañaron a sus amos o a los hijos de éstos en la patriada; y desde ese momento dejaron de ser "objetos" para convertirse en soldados y en compañeros de glorias y desventuras de quienes habían sido sus señores.

Por feliz declaratoria de la Asamblea de La Florida del 7 de Setiembre de 1825, se dió el primer paso hacia la liberación de los pobres morenos, prohibiéndose el comercio de los mismos; y por ley del 11 de Diciembre de 1842, dictada durante el gobierno del ilustre patriota don Joaquín Suárez y gracias a su feliz inspiración, dejaron de haber esclavos en todo el territorio de la República.

INDICE

INDICE

	Pág.		Pág.
¡Aura si, alcancenme una divisa	5	El 1er. faro del Río de la Plata	54
Cementerios, velorios y lutos .	6	La iglesia y los hombres . . .	56
El naufragio del "América" .	10	Carne y verduras	55
Las Bóvedas	12	Los blandengues	56
La Laguna	13	Rincón de las Gallinas	58
Como surgió el Hospital Maciel	15	Con una centenaria	60
Un guayaquí de Rivera	16	La vacuna	66
Documentos de Navegación . .	20	El primer barco construido en	
Las academias	21	el país	66
Origen de las divisas partidarias	26	El faro del Cerro	66
Metamorfosis del alumbrado pú-		Un nuevo censo	67
blico	28	Telegrafía antigua	67
La manca Ciriaca	29	Teatralerías	67
De Sargento a Teniente	30	La Capitanía del Puerto	68
Medio siglo atrás	31	Historia de una virgen	68
De todo un poco	36	La Masonería en el Uruguay . .	69
¿Es Vd. curioso?	38	La Masonería y la instrucción	
La víbora de la cruz	41	pública	73
Montevideo en gestación	44	Buenos Aires y la muy fiel	
Del Montevideo antiguo	46	y reconquistadora	75
La vieja Ciudadela	47	¡Gringos!!	77
Punta Carreta, trágica	47	Amor de india	78
Orígenes del Cordón y La		Napoleón y nosotros	79
Aguada	48	Civilización y Barbare	80
Paso del Molino	48	Con una casi centenaria	82
Buceo	48	Evolución del criollo	87
Una silueta de Zabala	49	Historia de la edificación en	
El Fandango	49	Montevideo	89
El rapé	50	Hojarasca	91
Los primeros jueces de campaña	50	Fantasmas y lobisones	92
Grajea antigua	51	Los batallones cuando paseaban	97
La primera medalla conmemora-		Desde 1829 a 1843	100
tiva	51	El Cerrito de la Victoria	101
Psicología gaucha	52	Desde los días de Solís hasta	
La historia de la imprenta en la		cien años atrás	103
América Española	53	Los negros esclavos	105

